Andrés Montero

LA MUERTE VIENE ESTILANDO

LA POLLERA

Andrés Montero

LA MUERTE VIENE ESTILANDO

LA POLLERA

Quedarse en pana en medio del campo chileno es también enredarse en su mitología. Abrir este libro es eso: escapar de la angustia cotidiana para desprenderse hacia un mundo anacrónico, desconocido.

El fundo Las Nalcas, los patrones y sus hijos, arrieros, potros chúcaros, pescadores, bandoleros y viejos que antes de partir siguen jugando al truco. Sus historias, cruzadas a través de todos los relatos, bajo el manto de una prosa líquida tan fluida como refrescante, discurren sin formas, sin predestinaciones, pero con un sentido único. Lo cierto es que la muerte, como la lluvia, siempre caerá.

Andrés Montero

La muerte viene estilando

La Pollera Ediciones

www.lapollera.cl

Índice

Para Nicole, con quien tanto he querido

Uno ha creído a veces, en medio de este camino sin orillas, que nada habría después.

Juan Rulfo

.

Nunca más todo eso. Morir era también renunciar a todo eso.

Marta Brunet

El velorio

Me acometió de pronto un sentimiento de irrealidad difícil de describir. Sucedió, debo decirlo, mientras estaba en el baño, después del almuerzo. Oí a Fernández entrando al baño y silbando una melodía alegre, luego la puerta cerrándose, el sonido del cierre del pantalón que bajaba y el líquido rebotando contra el urinario, el cierre subiendo, Fernández todavía silbando mientras se lavaba las manos y se las secaba, la puerta abriéndose y cerrándose otra vez.

Fue precisamente cuando dejé de oír el silbido de Fernández que me sentí perdido y supe que todo era irremediable. Vi mi pantalón arrugado cayendo sobre mis zapatos, vi mis muslos blancos con dos círculos enrojecidos por haber puesto encima los codos, vi mi corbata echada a un lado, por sobre el hombro, para que no se fuera a manchar, y todo me pareció falso. La oficina, los informes, el almuerzo, la colega nueva, el baño, los dos últimos botones de mi camisa desabrochados, Fernández y su silbido alegre.

Esto no tiene ninguna importancia para los hechos que voy a relatar ahora. Explican, sin embargo, por qué me ofrecí para ir a buscar al aeropuerto a un socio extranjero de la firma, misión recurrente que todos rechazábamos con las peores excusas. Había que estar en el aeropuerto a las seis de la tarde. El jefe prestaba el auto y pagaba el taxi de regreso después de dejar al socio en el hotel y en su casa al auto. Al ofrecerme recibí además una sonrisa de mi jefe.

Pero una vez en la autopista tomé la primera salida hacia el sur y seguí recto hasta que se prendió la luz de la bencina, a eso de la medianoche. No respondí en ningún momento las llamadas de mi jefe. Vi una bencinera en el camino; en vez de detenerme pasé de largo, arrastrado por algo que podía ser la locura o, mucho más probable, la certeza dolorosa de que mi vida había tocado fondo hace muchos años y no tenía absolutamente nada que perder, mucho menos algo que

ganar. La bencinera quedó atrás. Sin pensarlo salí luego de la carretera tomando un camino asfaltado hacia la costa que pronto fue un camino de tierra y luego con suerte un camino, donde el auto finalmente se detuvo.

Me sentí conforme. Pasaron todavía unos segundos antes de ser consciente del tamaño de mi estupidez.

Salí del auto pese a la lluvia. ¿Existiría alguna bencinera por esos parajes del diablo? Caminando de regreso hacia la que estaba en la carretera podía tardar unas dos horas, si no me comían primero los perros. Ante la ausencia de cualquier plan, caminé en la dirección contraria, hacia la costa, sin preocuparme de echar llave al auto. Tampoco me tomé la molestia de orillarlo para dejar el paso a otro auto perdido e improbable.

No se oía nada más que la lluvia y mis pasos y a veces el canto de un pájaro que no encontraría el nido. Sentía la imperiosa necesidad de estar en otro lugar, de tener otro pasado y otro futuro, de ser otro, alguien más, algo más. Por sobre todas las cosas, no quería seguir mojándome.

En un momento me detuve y creí oír pasos. Me quedé alerta un segundo. Me pareció ver que una sombra caminaba hacia mí, pero era imposible saberlo con certeza en medio de la oscuridad y la tormenta. Recordé las historias del diablo que contaba mi abuela por lado de los Elizalde. Había vivido en su juventud en un fundo sureño, Las Nalcas creo que se llamaba, pasando las tardes eternas mirando la lluvia, aburrida de ser la hija del patrón. Años más tarde vendió la parte que le tocó en herencia a un hermano suyo y se fue a la capital, pero la lluvia la acompañó hasta su muerte. Mi padre, su yerno, decía por lo bajo que tenía marcada la cruz del sur. Al pensar en esas historias que oí de niño un escalofrío me recorrió el cuerpo, pero me tranquilicé pensando en que si se aparecía el diablo al menos podría venderle el alma. Mi abuela también decía que la noche traía muchos ruidos y que era mejor acostumbrarse a ello. Espanté los recuerdos como quien espanta a una mosca, porque por supuesto no había

nadie más y mucho menos estaba el diablo. Retomé la marcha.

Recién después de andar cerca de una hora por ese camino oscuro de piedra y tierra surgieron las primeras casas. Quise mirar la hora en mi celular; noté que se me había quedado en el auto. Llovía cada vez más fuerte, pero no parecía posible encontrar un hospedaje entre esas casas azarosas, insertadas como por casualidad en un desierto verde y oscuro, un desierto de barro. Di vueltas por el caserío como un perro. Al final abrí los brazos, me golpeé en los muslos y comencé a caminar de regreso, con la única idea de dormir en el auto y dejar los problemas para cuando amainara la tormenta.

Entonces descubrí una casa alargada de la cual salían tímidamente algunas luces por las ventanas, una casa maltrechamente erguida en un terreno grande, solitaria. Me encaminé hacia allá. Me sentía débil por el hambre y por el frío, y quise imaginar una familia sureña terminando de cenar e invitándome a acabar lo que había sobrado. Pensé incluso en una bella mujer, tal vez la hija, que ofrecería dejarme su cama por esa noche. Imaginé una salamandra encendida, la posibilidad de secar la ropa. A medida que me acercaba, sin embargo, hube de reemplazar mis fantasías, pues de la casa se oían voces y una guitarra. Tal vez una fiesta, un cumpleaños. Había un portón rudimentario, amarrado con un alambre a un palo de madera; el tipo de cerca para animales. Me pareció poco probable una fiesta en día martes, sobre todo con ese frío y de madrugada. Avancé con cuidado, temía que salieran perros. Cuando llegué a la casa, toqué a la puerta tres veces. Me abrió al instante una mujer de mediana edad, con ojeras profundas. Parecía demacrada por el dolor o el cansancio o por ambas cosas. Iba a excusarme por la hora y a explicar mi presencia, pero no fue necesario: ella me abrazó con fuerza, sentidamente, y pese a la sorpresa creí que debía de responderle en el abrazo. Ella agradeció el gesto. Por encima de su hombro observé que dentro de la casa había más gente, doce personas según pude comprobar pronto. La penumbra era disimulada por seis velas, tres a cada lado de un cajón rectangular de madera: un ataúd.

—Pensábamos que no se había enterado —dijo la mujer a modo de saludo y me

invitó a pasar.

Entré a la casa esperando el momento oportuno para explicarme y preguntar dónde podría encontrar una bencinera. Sin embargo, el resto de las personas se puso de pie al verme y uno a uno me fueron saludando con formalidad, como si yo fuera una persona importante o como si todos los forasteros fueran personas importantes en ese caserío infame. La mayoría lloraba. Mis ojos enrojecidos por el viaje y el cansancio deben haber parecido adecuados al momento.

—Asiento, por favor —dijo la mujer que me había abierto la puerta—. ¿Tiene hambre?

Asentí con la cabeza. Pensé que podía explicar mi presencia después de comer algo. La mujer salió del pequeño living y entró a lo que, supuse, era la cocina. Tal como había imaginado, la salamandra estaba encendida y se sentía un calor reconfortante.

—Présteme la chaqueta y los zapatos, viene estilando —me dijo un hombre que, me pareció, era el marido de la mujer.

Le pasé ambas cosas intentando una sonrisa. El hombre los puso junto al fuego y luego me entregó dos calcetines de lana.

—Póngase estos si quiere, si no se va a entumecer.

Me los puse en el acto. La sensación era agradable. Me senté en una silla, como

uno más de ellos, y eso pareció incomodarles porque el de la guitarra no supo si seguir tocando o callarse de una buena vez. A mí me tenía sin cuidado, por supuesto, y de pronto me sentí tan cansado que creí que podría dormirme ahí mismo. Al final el de la guitarra se decidió por seguir cantando. La melodía era triste. Los demás acompañaban con los ojos, mirando el ataúd. La curiosidad venció al sueño y me puse de pie para acercarme al cajón. Estaba cerrado.

—Ahora se lo abro. Estábamos esperando que llegara la niña que la iba a arreglar un poquito, pero parece que va a venir mañana —me dijo un hombre joven, de bigote, y abrió la tapa superior del cajón de madera.

Se trataba de una hermosa joven de unos veinte años. Tenía los ojos cerrados y la boca un poco abierta. Coincidí en que le vendría bien un maquillaje, quizá algodón dentro de la boca como he visto hacer. El pelo, largo, liso, parecía recién peinado. Tenía la tez blanca. Me dio la impresión de que estaría fría.

—No sabemos a qué hora fue —me dijo el hombre de bigote—. La encontramos esta tarde.

—¡Tan joven! —exclamé, más para mí mismo—. ¿Estaba enferma?

El hombre de bigote me miró. Cuando habló, lo hizo en voz apenas audible para mí.

—¿No se ha enterado? Fue un asesinato.

—No puede ser —murmuré, aunque luego pensé que sí, que evidentemente podía ser: ¿qué sabía yo de todo esto?

—Pues sí. Un cobarde asesinato. Doce puñaladas, como si hicieran falta.

Lo último lo dijo mirándome fijo, como si quisiera decir algo más pero las circunstancias no se lo permitieran. Asentí con la cabeza y regresé a mi silla. Los arpegios de la guitarra y el canto alargado, cansino, terminaron por abatirme. Creo que comencé a soñar. Alguien se tropezó con mis pies y eso me obligó a abrir los ojos. No quería parecer maleducado, de modo que me dirigí hacia la cocina, donde estaba la mujer que me había abierto la puerta. Pensaba olvidar la comida y todo lo demás; el ambiente no era propicio para solicitar alojamiento. Me bastaba con que me indicaran dónde carajo podía conseguir bencina.

La mujer estaba sola, miraba la olla que estaba sobre la cocina a leña como si fueran necesarios sus ojos puestos sobre ella para que calentara. Me reconoció en la penumbra.

—Ya casi está —dijo.

—No se preocupe... —empecé a decir, pero entonces la mujer estalló en un llanto ahogado y se arrojó a mis brazos. No pude menos que sostenerla.

Busqué en mi mente alguna frase de las que se dicen en estos casos, pero no encontré ninguna. No lograba conmoverme por este drama familiar ajeno. Decidí que me iría de ahí de inmediato.

—Usted tiene que saber quién lo hizo —me dijo entonces la mujer, apoyada todavía en mi pecho.

No estuve seguro de entenderle bien.

—Júreme que lo va a averiguar.

—Señora, creo que hay una confusión.

—¡Por supuesto que hay una confusión! ¿Por qué iban a matar a Elena? Usted tiene medios de averiguarlo. Alguien tiene que saber algo.

No era momento todavía de explicarme. No ante una madre llorando la muerte de una hija. Me pareció grosero preguntar por bencina.

—Yo no sé nada, señora —fue lo que pude decir—. Lamento mucho lo que le pasó a Elena.

—¿Por qué no vino antes? —preguntó la madre, como si no me hubiese escuchado.

—Acabo de llegar, señora.

—Claro, sí, sabemos que es un hombre ocupado. No se lo estoy reprochando. Pero no puedo evitar pensar que si usted hubiese estado con ella la podría haber defendido.

—Me parece, señora, que me está confundiendo con otra persona.

—Puede ser —dijo la mujer secándose la cara con el delantal de cocina—. Conocimos mejor a su padre, sobre todo mi marido. A usted no lo veía desde que era un chiquillo. Aun así, le agradezco que haya llegado hoy. Su presencia nos honra. Venga, sírvase.

Dejó un plato de lentejas humeantes sobre la mesa y me invitó a sentarme. Olvidé todo: la confusión, el auto, la bencina, la necesidad de irme de allí. Comí apresuradamente, quemándome la lengua. Pedí repetición sin ninguna vergüenza.

—Pensé que estaría acostumbrado a otro tipo de comida —comentó ella. No había dejado de observarme mientras devoraba las lentejas.

—En absoluto. Esto está muy bueno. Y le confieso que tenía mucha hambre. Lamento haber aparecido aquí en medio del velorio, me perdí en la ruta.

—¿Cómo llegó hasta aquí?

—Caminando, por eso venía mojado.

—¿Y su caballo?

Tenía la boca llena de lentejas, de modo que arqueé las cejas para indicar que no sabía de qué hablaba.

—Entonces es verdad lo que dijo Joel —comentó ella—. Que vieron su caballo por estos lados.

—¿Mi caballo?

Ella asintió con la cabeza, lentamente. Antes de que pudiera preguntarle por la bencina, se fue de la cocina y me quedé solo. Terminé de comer sin apuro. Luego dejé mi plato sobre un montón de vajilla sucia y volví a la habitación principal. Me dirigí directamente hacia el fuego y palpé mi chaqueta y mis zapatos. No estaban secos todavía, pero ya me los podía poner. Eso hice. Parecía que nadie me prestaba atención, aunque alcanzaba a notar que en realidad no me quitaban el ojo. Me puse de pie y observé por última vez a Elena. Me pareció todavía más hermosa, y me di cuenta de que tenía un busto generoso. Me reproché mentalmente por fijarme en ese tipo de cosas ante una muerta, pero no pude evitar imaginarla viva, caminando por los campos sureños, como si la hubiera conocido.

Me sentía extraño. Al final me puse la chaqueta. Ya estaba casi seca.

—¿Sale a fumar?

El que me hablaba era el joven de bigote. Iba a responder que no, que ya me iba, pero entonces me acometieron unas ganas infinitas de fumar.

Salimos juntos. Afuera había dejado de llover, pero el frío inmovilizaba. Siempre preferí fumar con frío. El joven me ofreció un cigarrillo de una marca que yo creía desaparecida.

—No creo que sean tan buenos como los que fuma usted —comentó sonriendo.

—La verdad, no fumo hace años.

El joven me miró con sorpresa y luego se rio.

—Se dicen tantas cosas de usted. Me parece increíble conocerlo. A su padre sí lo pude tratar alguna vez.

—Es que yo no soy el que ustedes creen, amigo, he intentado explicarlo pero nadie me hace caso.

—Es posible, las historias se alargan y se agrandan y al final nunca conocemos la verdad. Disculpe, no me he presentado. Joel Ferreira, para servirle —me estiró la mano—. Soy un amigo de la familia. Con Elena nos criamos casi juntos.

—Mucho gusto.

Encendimos los cigarrillos. Me sorprendió no atorarme, como suele suceder después de que se pasa mucho tiempo sin fumar. La sensación me vino muy bien.

—Es una desgracia —dijo Ferreira, indicando con la cabeza hacia dentro de la casa.

—¿Ha dicho algo la policía?

Ferreira se rio con amargura, como si yo hubiera dicho un mal chiste.

—Lo que sí se descarta es el suicidio —dijo—. Don Aliro tiene más de un arma acá en la casa, Elena no tendría para qué haberlo hecho con un cuchillo, como si fuera un animal.

La imagen de Elena enterrándose a ella misma un cuchillo me repelió.

—Además, ¿quién se suicida poco antes de casarse? Nadie.

—A menos de que no tuviera ganas de casarse —comenté, por decir algo.

Ferreira me miró fijo.

—¿Por qué lo dice?

—No veo otra razón por la que alguien que se va a casar se suicide. ¿No sabía si la estaban obligando?

—Eso debería decirlo usted, señor.

—¿Por qué yo?

—¿No debería saber eso el novio?

Me di cuenta de que la conversación reptaba más allá de lo que yo la podía manejar. Había, además, algo oscuro en la forma en que Ferreira me miraba, y cuando asocié los nombres me di cuenta de que era él quien decía que había visto mi caballo por esos campos. No soy un gran observador pero comprendí de inmediato que ese joven estaba completamente enamorado de Elena y que odiaba a quien fuera el sujeto con el que me confundía. Me puse de parte de aquel ser fantasmal y algo dentro de mí me dijo que yo también debería odiar a Ferreira, o al menos que no podía confiar en él.

Entonces lo dije. Solo para desarmarlo. Solo porque me dio la gana: —Usted la amaba.

Ferreira se desarmó, efectivamente. Tiró la colilla lejos, sin preocuparse de apagarla. Antes de entrarse a la casa, dijo, sujetándose el sombrero con firmeza:

—Éramos como hermanos, señor.

Me quedé afuera, solo. La noche empezaba a despejar, y si caminaba a buen ritmo no sentiría demasiado el frío. Tiré lejos el cigarrillo a medio fumar, como había visto hacer a Ferreira, y sin voltear a mirar la casa bajé los dos escalones de madera y me encaminé hacia el portón que había cruzado una hora atrás. Pero cuando levantaba ya el alambre de la cerca, noté que en los bolsillos faltaban la billetera y las llaves del auto: sin duda, se habrían caído cuando el hombre puso la chaqueta a secar. Regresé rápido hasta la casa y toqué a la puerta.

—Pensábamos que se había ido —dijo don Aliro al verme—. No querrá regresar a esta hora, le tenemos preparada una pieza.

No me preocupé de explicar que ya me iba. Crucé directamente la habitación hasta la salamandra, tropezando con más de una pierna, e intenté palpar con los pies el suelo para encontrar las llaves en la penumbra.

—Por aquí, señor —me dijo don Aliro desde la puerta que estaba frente a la cocina, y que daba a un pasillo.

Dudé un segundo, pero finalmente me ganó la curiosidad o el cansancio y lo seguí, afirmándome de las murallas para no tropezar. Avanzamos algunos metros. Don Aliro cerró una puerta después de que la cruzáramos y el ruido del velorio se apagó casi por completo. Finalmente, me indicó una habitación.

—Es esta, la pieza de Elena y Amanda. Puede acostarse ahora, si quiere. Le dejo la vela.

Lo miré sin comprender. El hombre me puso una mano en el hombro.

—La Negra no me lo quiso advertir, pero estoy seguro de que sabía. Estoy destrozado, hijo.

Iba a preguntar quién era la Negra, quién era él, qué carajo pasaba en esa casa de locos, pero el hombre salió cerrando suavemente la puerta. Tuve la intención de abrirla de golpe y gritar por mis llaves y por mi billetera, pero un cansancio infinito me obligó a sentarme primero sobre una de las dos camas que había en la habitación. El colchón era duro; sin embargo, una cantidad increíble de frazadas auguraban una noche espléndida. Me saqué la chaqueta y me recosté, todavía vestido, solo para cerrar por un instante los ojos, pues no podía pensar con claridad.

Me pareció que pasaron pocos segundos antes de que la puerta se abriera de golpe, y quizás efectivamente fue poco tiempo, pero también puedo haberme quedado dormido un buen rato. Sospecho lo último porque sentí mucho frío al abrir los ojos.

Me incorporé y vi a una mujer muy parecida a Elena en el umbral, sosteniendo una vela que le transfiguraba la cara. Al verme, la muchacha pareció asustarse más de lo que me había asustado yo.

—¡Estabas aquí!

—Disculpe, señorita —balbuceé—, don Aliro me ofreció esta habitación. Salgo

ahora.

—No te preocupes, puedes dormir en mi cama. Hablaremos mañana.

Iba a salir, pero entonces pareció darse cuenta de algo y dijo: —Nunca me habías tratado de usted.

—¿Perdón?

—¿A qué la formalidad? —preguntó, bajando la voz—. Aquí nadie nos escucha.

Me mantuve en silencio, expectante.

—No vi tu caballo afuera. ¿Cómo llegaste?

—Caminando.

—Entonces es verdad lo que se dice. Que vieron tu caballo perdido, sin jinete. ¿No te das cuenta?

—¿Cuenta de qué?

Miró hacia el pasillo y luego cerró la puerta.

—Mi mamá sospecha algo —dijo en un susurro—. Creo que no deberías quedarte aquí.

—No tengo dónde ir, he dejado… —Tienes que esconderte.

—Me iré en la mañana, señorita, si no le molesta.

—¿Por qué me hablas así? ¿Estás arrepentido?

—¿De qué?

Se acercó a mí, vacilante.

—Si me engañaste lo contaré todo y Joel te va a matar.

—¿Por qué me va a matar?

—Joel no es un imbécil. Ya lo sabe todo. Apenas pueda comprobarlo te va a matar.

—A mí no me va a matar nadie.

—Eso espero.

Entonces se acercó a mí y me dio un beso en la boca.

—Toca —me dijo, y llevó mi mano a su corazón, sobre su seno izquierdo. Sentí una feroz excitación—. ¿Sientes cómo late?

Arrebatado, quise seguir besándola, pero ella se alejó.

—Ahora no. Tienes que irte. ¿Cómo pudiste perder el caballo?

—Nunca tuve un caballo.

—No seas ingenuo, todo el mundo te ha visto alguna vez montado arriba de Fausto. Me dijeron que Fermín lo estaba buscando. Tal vez es mejor que te quedes, pero duerme vestido, porque si lo encuentra va a venir a buscarte. Nos veremos cuando pase todo. Y si dejas de responderme una sola carta, abro la boca y te hundo.

Me dio otro beso en la boca y salió. Quise salir a buscarla, obligarla a quedarse conmigo en esa noche helada, pero de pronto cambié de idea: en la puerta había una tranca. Decidí ponerla, sin saber qué era realmente lo que temía.

Me dormí profundamente, escuchando la guitarra y los cantos tristes del velorio que llegaban de lejos, como si fueran parte de un sueño.

Desperté de nuevo un par de horas después, con unos suaves golpecitos en la ventana. Amanecía, y la luz del alba comenzaba a entrar tímidamente en la habitación. El frío era glacial.

Miré por la ventana. El rostro de un hombre de barba y sombrero de paja me hacía señas urgentes. Supe de inmediato que ese hombre debía ser Fermín. Me incorporé e hice ademán de sacar la tranca para salir por el pasillo, pero los golpeteos en la ventana se hicieron mucho más fuertes. Volví a mirar al hombre, que me indicaba desesperado que no saliera por ahí. Entonces me acerqué a la ventana y la abrí.

—¡Por allá no, patrón! No lo van a dejar irse.

—¿Por qué?

—¿Cómo se le ocurrió dormir aquí? Es una trampa, Ferreira no lo va a dejar irse. Está armado, el de la guitarra también. Apenas tengan pruebas, lo matan.

—¿Cómo salgo?

—Por la ventana nomás, no hay de otra. Le tengo ensillado al Fausto, putas que me costó encontrarlo.

—¿Adónde me voy?

—Vuélvase al fundo al galope.

—No sé llegar.

—Pero Fausto sabe. Igual yo voy detrás de usted.

Salí como pude por la ventana, de pronto urgido. Fermín me ayudó a bajar. Sentí que hice mucho ruido, pero nadie salió de la casa. Estábamos en el patio trasero.

—Súbase, está ensillado.

Monté arriba de Fausto y tomé las riendas. Fermín miraba hacia todos lados.

—Se me quedó la chaqueta adentro de la pieza —dije, bajando como pude la voz.

—Ya está, no la puede recuperar.

Entonces Fermín se fijó en mi camisa e hizo una mueca de horror.

—Tiene sangre todavía en la manga, patrón.

Me di cuenta aterrado de que tenía razón. Sangre esparcida, oscura. Me arremangué lo más rápido que pude y golpeé en las ancas de Fausto. Fermín subió a su caballo y salió detrás de mí. Creí escuchar voces que salían de la casa, tal vez una escopeta cargando.

Los primeros disparos nos encontraron lejos, ya perdidos en el desierto verde oscuro, aquel desierto de barro, galopando hacia donde no nos alcanzara el sol que subía, lento, detrás de nosotros. Arriba de Fausto, con un viento frío que me quemaba el rostro, sentí unas ganas irresistibles de fumar.

Formas de ganar el cielo

De dónde habrá sacado el viejo la cuestión esa de las monedas en los ojos. Es el moribundo más porfiado que le ha tocado ver. Hasta hereje se está poniendo. Eulalia no puede entender a qué viene tanto miedo a la muerte, tanto quédese conmigo, vieja, para no estar solo cuando me llegue la hora. ¿Quién le habrá estado metiendo cosas en la cabeza? Si en la Biblia ya está dicho que todos nos vamos a ir al cielo, y que habrá un gran banquete, y que uno va a poder ver a Cristo sentado a la derecha de su Padre. Eso a veces Eulalia no lo entiende tan bien, porque el cura dice que Cristo y su Padre son la misma persona. ¿Cómo se va a sentar al lado de Él mismo? Lo que daría por leer ella misma la Biblia y sacar sus propias conclusiones. Pero claro, eso no es posible y a su edad ya no se va a poner a aprender. La Eulalia se volvió loca, se imagina diciendo a las parroquianas y hasta al mismo cura, resulta que ahora quiere aprender a leer. Pero ella no está loca, al contrario, está segura de ser la única persona cuerda en toda la caleta. Y si en la familia hay alguien raro en cualquier caso es Florencio, con sus historias de fantasmas que le regresaron a la memoria en el lecho de muerte, como aquellas veces en que el mar le devuelve con años de retraso un remo o una red perdida, cuando ya no sirven para nada.

Ahora Florencio porfía postrado en la cama desde que anunciara, una semana atrás, que se va a morir, que se muere en cualquier momento, y claro, no tiene a nadie más a quien molestar que a ella, a la tonta de la Eulalia, con eso de enterrarlo con unas monedas encima de los ojos para pagarle al barquero. Ojalá que se apure Martín en llegar, piensa la Eulalia, para que saque al viejo de su locura. Florencio dice que quiere despedirse de Martín antes de que se lo lleve la pálida, pero la Eulalia está empezando a sospechar que lo que más le importa es alcanzar a pedirle al hijo que le ponga las monedas encima los ojos, porque sabe que ella no lo va a hacer jamás.

—Es que si no me voy a quedar errando, vieja.

—Si en la muerte no hay caballos, Florencio.

—No, errar como el Judío Errante, no herrar de herrar caballos.

—¿Pero de qué judío está hablando?

—Del Judío Errante.

—¿De dónde saca tanta tontera, Florencio? ¿Cuándo escuchó al cura hablar de eso?

—Si no fue el cura. Son cuestiones que yo sabía de chico pero que se me habían olvidado, todas las historias que contaba don Salomón Elizalde en el tiempo en que trabajé en el fundo Las Nalcas. Era un malnacido, yo sé, pero eso no quita que hablara cosas con sentido. Y él decía que a los muertos había que enterrarlos con dos monedas encima de los ojos para pagarle al barquero que lo lleva a uno por el río hasta el lugar final. El que no tiene plata, no se puede subir al barquito y se queda errando. Ahora que me voy a morir me acordé, y menos mal que me acordé.

—Se me hace que ese patrón suyo no era cristiano, por eso hablaba leseras. O las leseras las recuerda usted: si trabajó de cabro chico en Las Nalcas y capacito que a su memoria ya se le fueron los puntos. Mire, está botando la sopa.

Sentada en el borde de la cama, puesta al fondo de aquella pieza húmeda y

penumbrosa, Eulalia habría respirado con dificultad el hedor de las sábanas, de no ser porque desde hace un par de noches duerme otra vez al lado de su marido, velando su intermitente sueño de moribundo, acostumbrada ya a los olores del viejo que no se baña hace una semana. La primera noche no pudo dormir, hasta que se puso el pañuelo rebosante de colonia inglesa encima de la nariz.

—Ayúdeme, vieja. Toda una vida juntos y justo ahora me quiere fallar.

—Es que eso es una herejía, ¿usted sabe lo que es una herejía?

—Sí sé lo que es una herejía, pero esto no tiene nada que ver. Yo no ofendo a Dios por querer que me entierren con dos chauchas para pagarle al barquero. Es más: Dios tiene que estar de acuerdo con eso, si no nadie llegaría a su lado.

—Ya, termínese la sopa que me tiene cansada con los judíos y los barqueros y la tontera.

—¿Está segura de que ya le avisó a Martincito que se venga del norte?

—¿No le dije ya que hablé con él por teléfono?

—¿Y entonces por qué no llega?

—No sé. Tendrá que resolver algunos asuntos. El viaje es largo. Qué se yo.

—A lo mejor no entendió bien que me voy a morir.

—Sí entendió, le digo.

—¿No se habrá escuchado mal en ese teléfono de la Carmencita?

—Ya no se escucha mal, eso era antes.

—Tan lejos, el norte. Yo no entiendo.

—¿Qué cosa?

—Cómo dice usted que se escucha bien.

—Porque usted está sordo, Florencio, por eso no escucha bien. Pero yo no estoy sorda y ya hablé con Martincito y le dije que a usted le bajó la lesera de que se quiere morir.

—Si no me quiero morir, pero es que me llegó la hora. Me están pidiendo de arriba.

—Ah, ¿vio? —dice triunfal la Eulalia—. Ahora dice que es para arriba la cosa. ¿Y para qué es el barquero entonces? ¿Para cruzar el cielo?

—No, el agua. Un río parece que es. El río que separa el mundo de los vivos del mundo de los muertos. Si no tengo la moneda, voy a quedarme errando por cien años.

—¡Cien años!

—Sí, vieja, usted se ríe porque no se va a morir todavía, pero ya la quiero ver cuando esté como yo. La estoy viendo cómo va a pedir una moneda para el barquero. Nosotros los moribundos entendemos las cosas así, de repente.

—¿Pero usted ha visto algún finado con monedas en los ojos?

—No, pero seguro que andan errando ahora. Por algo se ven tantos fantasmas en esta caleta.

—Qué fantasmas, por Dios santo.

—Si quiere le cuento de cuando vi al Rubén.

—Uh, esa ya me la ha contado cien veces, viejo.

—Eran las seis de la mañana, yo venía de vuelta con las redes vacías, entonces me dije que iba a tener que meterme de nuevo a la mar porque a lo mejor los peces se habían quedado dormidos e iban a llegar más tarde. Y en eso que me doy la vuelta para regresarme al bote, veo que está el Rubén parado, mirándome y como pidiéndome ayuda, pero sin decir nada. Y yo me acerco a él y cuando se me ocurre pestañear, ya se había hecho humo.

—Ya sabe qué pienso yo.

—Sí, que me lo imaginé, pero es que usted no me cree cuando yo le digo que no me lo imaginé. Total, que ahí estaba Rubén. Dígame entonces cómo lo iba a haber visto si se había ahogado varios meses atrás.

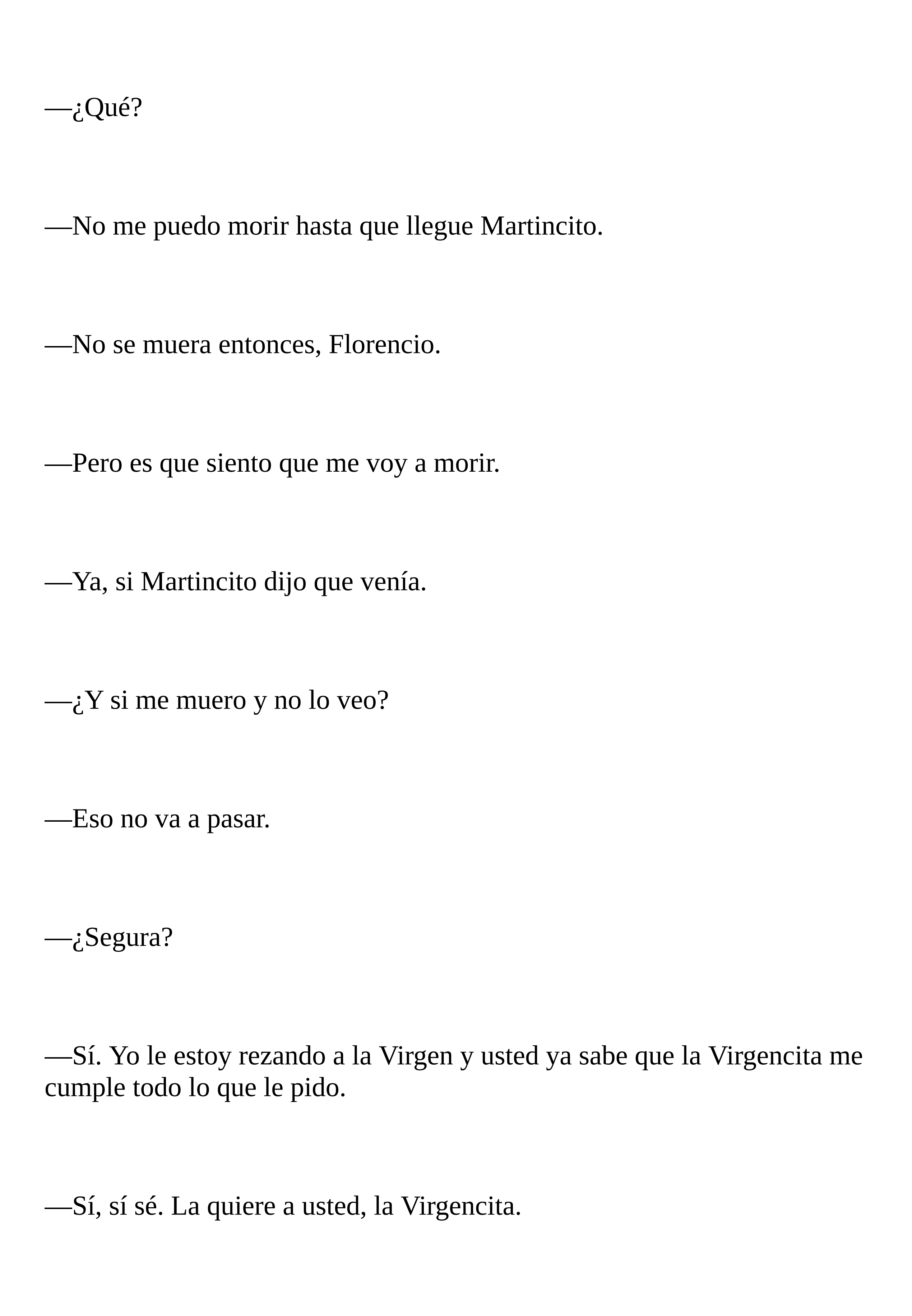
—Fácil: no lo vio, se lo imaginó porque venía pensando en él.

—No, vieja, yo lo vi porque anda errando. ¿Y por qué anda errando? Porque cuando encontraron su cuerpo y lo enterraron, lo mandaron sin monedas y no le pudo pagar al barquero.

El viejo le clava los ojos claros, lo único bonito que tiene Florencio en la cara, ahora vidriosos. La Eulalia se pregunta si los suyos se ven así también, cubiertos por esa tela triste, o si será cosa de los moribundos.

—Me voy a entrar la ropa que va a llover de nuevo.

—Vieja…



—¿Qué?

—No me puedo morir hasta que llegue Martincito.

—No se muera entonces, Florencio.

—Pero es que siento que me voy a morir.

—Ya, si Martincito dijo que venía.

—¿Y si me muero y no lo veo?

—Eso no va a pasar.

—¿Segura?

—Sí. Yo le estoy rezando a la Virgen y usted ya sabe que la Virgencita me cumple todo lo que le pido.

—Sí, sí sé. La quiere a usted, la Virgencita.

—Me voy a recoger la ropa.

En la puerta, la Eulalia se detiene. Se gira y ve la penumbra inmensa de la pieza. Al fondo, sobre la cama, su marido parece un fantasma.

—Viejo…

—¿Mm?

—Si necesita algo, me grita.

—Ya, Eulalia. Si me sale la voz.

—A lo mejor esta semana baja el doctor y lo puede venir a ver.

—Bah, la semana pasada pensamos lo mismo. Yo lo que necesito es que llegue Martín. Tengo que decirle una cosa.

—¿Qué cosa?

—Algo que le tengo que decir a Martín, porque si uno se va con secretos no lo

dejan subirse al barquito. A lo mejor eso le pasó al Rubén, ahora que lo pienso, porque se murió de repente. No se pudo preparar ni contar los secretos.

—Me voy a entrar la ropa.

—Ya.

—Descansa, viejo.

Mares revueltos, chubascos sueltos, se dice la Eulalia al ver las nubes grises sobre el océano. Igual a esa hora no deben haber pescadores en el mar, y aunque los haya no puede estar con ellos el viejo porfiado, que desde hace una semana que no se levanta de la cama porque se cree moribundo. Un moribundo porfiado, si ni siquiera se siente mal. Como que le dieron ganas de morirse nomás al viejo, desde la noche en que regresó tambaleándose de la taberna. Ah, ese Julián que le sigue vendiendo cañas, si sabe que las tiene prohibidas por el doctor, igual que la mitad de los hombres de la caleta que no hacen caso de nada, que lo único que les importa son sus botes y sus pescados y las chauchas que les dan por ellos para comprarse cañas. Nunca un pie en la iglesia, excepto para los responsos y la misa del gallo y, bueno, y el Vía Crucis y la Pascua también, para qué se va a engañar, si tan descreídos no son, al menos algo de respeto guardan todavía los más viejos, que los más jóvenes sí que no se aparecen por la capilla, aunque quizá sea porque no hay jóvenes en la caleta: apenas cumplen los quince años se van a estudiar a la ciudad y ya no vuelven, apenas para los veranos y eso si es que, porque allá, claro, encuentran mujeres de su edad y tabernas elegantes, no como la de Julián que da un vino aguado según el mismo Florencio, entonces se van quedando, y se van quedando, y se van quedando y después ya para qué volver a un pueblo tan muerto y tan frío.

La Eulalia descuelga la ropa apurada, porque ya siente que está llegando el

primer trueno, y todos lo deben saber porque en la casa de la María están todos guardados y en la casa de la Jimena también. Miente: alguien camina por el patio de la casa de la Jimena. Claro, el Panchito, que no sabe nada ni de nubes ni de truenos ni de mares revueltos porque le nació bruto a la Jimena, porque bruto debe haber sido el padre del que jamás se supo nada, aunque la Eulalia no juzga porque Dios es el único que juzga, pero igual siempre le ha parecido que la Jimena tuvo como un castigo con el niño ese, bah, qué dice niño si ya tiene como cuarenta años, pero un niño al fin, que eso parece porque no entiende nada. Ahí hay uno que nunca se fue de la caleta, que siguió yendo a pescar con Florencio toda la vida y con ese otro hombre, el Cholo, que nunca le gustó a la Eulalia porque nunca le gustaron los hombres que dejan ese halo de tristeza cuando caminan, como el Cholo y como Rubén, también, aunque al menos Rubén se aparecía por los responsos y en la misa del gallo, en cambio el Cholo nunca, nada, y la gente dice que le tiene miedo a la muerte y capaz que tiene razón la gente, porque lo único que se sabe de él es que llegó a la caleta escapando de algo, igual nomás que la Negra, aunque la Negra es harto más risueña y más cariñosa también, y en verdad es una cosa inexplicable que pueda aguantar a un tipo tan callado que arrastra una sombra en los ojos y en la espalda.

La Eulalia termina de descolgar la ropa y entonces piensa que su viejo también parece que se está escapando de algo: de la vida, claro, pero de algo más, y como ella no es tonta lo va a averiguar apenas llegue Martincito.

Los días pasan iguales, grises y mojados, y la Eulalia trabaja en el telar más que nunca porque algo hay que vender, aunque duda que lleguen gringos con este clima de miéchica que debe tener los caminos cortados, pero hay que estar preparados ahora que el Florencio no sale a pescar: con un poncho vendido tiene para un mes, y no falta tanto para el verano donde puede vender hasta seis ponchos, o diez si es tan bueno como el anterior, y como ella es ahorradora todavía no le falta para comprar alguna cosita y así no estar viviendo a puro pan amasado y huevos revueltos, ni tampoco para echar su monedita en la ofrenda de los domingos, aunque el Florencio se ande preguntando de dónde sacará plata la Eulalia, que es como todos los hombres que piensan que solo ellos pueden ser proveedores del hogar. O quizá Florencio no anda pensando en esas cosas, porque lo único que pregunta es cuándo llega Martincito.

—Es que están las rutas cortadas parece —le dice al final la Eulalia—. Por eso no llega el hijo.

—¿Y cómo lo hago con lo que tengo que decirle?

—Me lo dice a mí y yo se lo digo a él cuando llegue.

—No, no, a él se lo tengo que decir.

—¿Y por qué no me lo dice a mí?

Florencio la mira con los ojos vidriosos. Es verdad que se está poniendo chupado, pese a que come bien, y la Eulalia empieza a creer que de verdad se le va a morir.

—A Martín tiene que ser.

—¿Sabe qué más? Dígale a Martín y pídale que él mismo le ponga las monedas en los ojos, que no ando para leseras yo.

—Es que lo de las monedas tiene que ser usted.

—¡Putas que salió porfiado el moribundo! —se le escapa a la Eulalia, que jamás dice un garabato.

Sale de la pieza y se dirige a la cocina a leña, que siempre está encendida y por eso el agua de la tetera siempre está lista, porque no hay cosa peor que querer un tecito y tener que esperar a que hierva el agua. Se prepara un agüita de boldo con dos cucharadas colmadas de azúcar, como cada vez que está enojada. Afuera está helado, pero se abriga bien y se sienta abajo del techito de la entrada a tomarse su agua y a rumear la rabia. Desde ahí ve al Panchito que se moja bajo la lluvia como si fuera algo que no tiene nada que ver con él. ¿Tan bruto es el niño que ni siquiera siente la lluvia? Su vecina, la Jimena, sale de pronto y le grita desesperada a Panchito que se entre, que acaso no siente la lluvia, que ella no va a andar lavándole la ropa otra vez. La Eulalia le hace un gesto de saludo y la Jimena le responde rápido, sin preguntarle ni cómo está, y claro, puede ser porque el Panchito la agota, pero igual le parece curioso que su vecina no tenga ni una palabrita para ella, por último para preguntar cómo sigue el viejo chupado que está ahí en la pieza y que dice que se está muriendo desde la noche en que regresó tambaleándose de la taberna de Julián.

Entonces la Eulalia, que nunca toma decisiones apresuradas, se entra a la casa y se va directo a buscar otra chomba y el paraguas, se calza las botas, y vestida así, sin decirle ni una cosa al viejo que la está llamando desde su lecho de moribundo, sale en dirección a la costa pisando los charcos con la determinación de las viejas enojadas.

Dentro de la taberna, Julián limpia vasos mientras cuatro pescadores juegan truco: lo de siempre, solo que ahora les falta Florencio. Ven entrar a la Eulalia con sorpresa.

—No está acá don Florencio, señora Eulalia —dice Julián.

—Sí sé que no está acá, si hace dos semanas que lo tengo en la casa porque dice que se va a morir.

—Ah, entonces era verdad lo que dijo Tamayo —dice uno de los hombres que juegan, sin sacar la vista de los naipes.

—¿Qué dijo?

—Nada, que no estaba saliendo a pescar. Andaba raro la última vez el Florencio. Tomó harto, sabe Eulalia, me refiero, harto para lo que toma de normal. Y andaba hablando de la vida y las sorpresas de la vida. Después se puso a hablar de la muerte y las sorpresas de la muerte. Total, que no le entendimos ni jota.

—Eso vengo a averiguar. Ese día llegó a la casa borracho, se metió a la cama y en la mañana no salió a pescar. Desde entonces que no se levanta ni se baña y anda hablando de unas monedas y de un barquero y de un judío.

Los hombres se quedan en silencio. Eso ya les parece grave, aunque hayan escuchado a Florencio hablar de fantasmas toda la vida. ¿Qué monedas, qué judío? Prometen que van a ir a verlo al día siguiente, quizá hasta puedan jugar truco, a ver si levanta el ánimo, y usted no se preocupe, Eulalia, dicen los pescadores, que también podemos jugar tomando un tecito, tampoco le vamos a llevar vino al viejo, ¿cierto que no? Julián escucha sin intervenir, lavando sus vasos como si fueran sus hijos, pero cuando Eulalia ya va de vuelta hacia su casa el tabernero la alcanza a medio camino y le dice que no quiere ser metiche, que no es lo suyo, pero que don Florencio ha sido su parroquiano muchos años y que si está chalándose él quiere ayudar.

—Yo lo vi conversando con su vecina, la Jimena, muy temprano, cuando don Florencio venía volviendo del mar —asegura el tabernero—. Serían las seis o siete de la mañana y a esa hora yo me levanto a fumar, por eso los vi y bueno, qué le digo, me llamó la atención verlos en la cháchara tan temprano.

—¿Y de qué hablaban?

—Pero doña Eulalia, si estaban en la orilla del mar, ¿cómo iba a poder oírlos? Los veía nomás. Don Florencio se agarraba la cabeza. Al principio parecía enojado, pero después terminaron abrazándose, como amigos, doña Eulalia, ¿ah? Ella como que lo sostenía porque algo le había dado pena, parece. Y en la noche vino a la taberna y es cierto lo que le decían ahora, que andaba hablando cosas raras sobre la vida y la muerte y el cielo.

—Voy a ver a la Jimena ahora mismo.

—Yo no he visto nada.

—No se preocupe, Julián. Y le agradezco.

—Es lo menos por usted y por don Florencio.

Al final resulta que el tabernero no es tan mala persona, piensa la Eulalia, solo demasiado bruto como todos los hombres de la caleta. La que anda rara es la Jimena, con eso de ir por ahí diciéndole cosas a Florencio y después ni saludarla a ella, a su vecina de toda la vida.

Tal vez lo único que pasa es que en ese pueblo están todos locos y ella recién ahora se está dando cuenta.

Panchito está sentado afuera de la casa, bajo un techito igual al de su propia entrada, sin hacer nada. Tal vez echa de menos a Florencio, que es el único que lo lleva a pescar de vez en cuando, que le había enseñado a jugar truco. Tiene barba de cinco días por lo menos, calcula la Eulalia. Si fuera su hijo, andaría vestido como todos los hombres y no con esos buzos de niño chico. Y afeitado, bien afeitado, que también le queda mal la barba a un hombre que es en realidad un niño. Hasta hace algunos años la gente lo quería, pero desde lo de la hija de la Hilda que prefieren hacer la vista gorda cuando pasa. Esas cosas desesperan a la Eulalia, porque no sabe qué pensar: por supuesto que está mal intentar abusar de las mujeres y sobre todo de las menores, pero qué culpa tiene Panchito de haber nacido bruto y además sin figura paterna, o al revés, con demasiadas, porque no se le escapa a ella lo que hacía la Jimena para ganarse unos pesos. Pero la Eulalia no juzga porque eso le corresponde a Dios, aunque igual le da algo en la guata cuando la ve hacer la fila para la comunión, los días en que hay cura, claro, que los otros domingos hacen la liturgia entre ellas mismas nomás y no hay quién consagre las hostias. Igual el padre Jerónimo siempre ha sido bien claro para esas cosas: hay que darle comida al que tenga hambre, y la Jimena, pobrecita ella, en el fondo es una hambrienta. Aunque ya no, supone la Eulalia, porque se va poniendo vieja, no tanto como ella, pero igual ya ve difícil que le arranque suspiros a los hombres. La vida es así.

—¿Y tu mamá?

Panchito se encoge de hombros.

—No sé. Salió.

La Eulalia va a preguntarle a dónde se fue, pero entonces Panchito la queda mirando y ella lo mira de vuelta, y en los ojos claros del niño con barba descubre otra claridad que nunca había visto o nunca le había sorprendido, y son esos ojos claros donde se reflejan los suyos los que le hacen marearse, los que la miran como si en vez de eso, de mirarla nomás, le estuvieran estrujando el corazón.

—¿Cuándo va a salir el sol? —pregunta Panchito apuntando al cielo.

Florencio dormita en su lecho de enfermo y la Eulalia lo mira desde la puerta.

—¿Estás ahí, vieja? —lo escucha decir.

Eulalia no responde. Va la cocina a leña y se prepara un té hirviendo, colmado de azúcar.

A los cuatro días de responso logran convencer a la Eulalia de que no pueden seguir esperando a Martín, que no es solo porque el cajón ocupa espacio en la capilla y no se puede hacer nada mientras el cadáver del viejo siga ahí, sino que también hay temas de salud y temas de leyes y que por lo demás ya están un poco cansados y va siendo hora de enterrar al viejo, que buena vida había tenido, que querido era por todos, y que seguro que ahora descansaría en paz.

La Eulalia no dice ni que sí ni que no, y eso a nadie le sorprende porque desde que se supo que finalmente Florencio había fallecido, como él mismo había anunciado un par de semanas atrás, la buena de la Eulalia parecía haber perdido la voz y hasta la mirada. Durante el eterno responso los vecinos la saludaban con

cariño, le expresaban sus respetos y su pesar por la pérdida y le ofrecían su ayuda en lo que fuera necesario, pero ella no hacía más que asentir, como si la muerta fuera ella y no el viejo que yacía dentro del ataúd. Solamente repetía a veces, como en un suspiro de otro mundo, que había que esperar a Martincito antes de ir al cementerio, y como la veían tan solitaria y triste les pareció que lo mínimo era concederle aquello. Pero cuatro días después la piedad se había agotado y por eso es que ahora los viejos amigos del mar, después de una improvisada reunión fuera de la capilla, sacan solemnemente el cajón y lo suben a una carreta repleta de flores marchitas que llevan cuatro días esperando lucirse, y después de hacer correr la voz por el pueblo los tres centenares de personas que lo conforman caminan lentamente en procesión tras la carreta, en dirección al cementerio que tiene más de tres centenares de tumbas, tambaleándose al caminar como si emularan el vaivén del ataúd o como si no los abandonara nunca la resaca del mar, cantando las mujeres con voces desafinadas y sobrios los hombres sin sombrero ni boinas ni gorros de lana, dejando ver como pocas veces las canas y las calvas bajo una lluvia tan fina que es casi como si no existiera.

El padre Jerónimo ha venido expresamente en su caballo, porque a Florencio sí que había que despedirlo, sobre todo para acompañar a la fiel Eulalia, y cuando todo el mundo ya está en el cementerio circundando el ataúd y el nicho ya cavado, dice palabras bonitas y esperanzadoras que todos escuchan con la cabeza gacha y como reflexionando, menos la Eulalia que mira el cajón como si no escuchara palabra, sin que le caiga todavía una sola lágrima, y mientras el cura habla más de una mujer codea a otra para comentarlo, que saben que la Eulalia lo había querido al viejo, está como espirituada, murmuran, a veces pasa que cuando muere uno en un matrimonio bien avenido el otro lo sigue ligerito, eso debe ser, que la Eulalia ya está haciendo las maletas del alma para ir a acompañar a su Florencio.

El padre Jerónimo abre la palabra, por si alguien quiere decir alguna cosa, pero esos hombres no son hombres de palabras profundas, y si las tienen aparecen sin premeditación, en medio de alguna historia de pescas tormentosas y de mujeres de otras caletas, mujeres inventadas o ciertas que ninguno ha visto jamás, o en el recuerdo de los dolores de infancias tristes que salen, a veces, cuando el vino les

calienta los cogotes y permite que fluyan por ahí las cosas ocultas, y al otro día el mar otra vez, y los pescados, y el truco, y el vino y un plato caliente en el hogar, y la alegría nunca dicha de no estar solos en el mundo, de tener a sus viejas aunque nunca se lo vayan a decir.

—Era bueno el Florencio —dice de pronto Tamayo, y todos piensan que va a empezar un discurso sentido, pero Tamayo solo quiere decir eso, y tal vez dice en esas cuatro palabras tantas cosas que finalmente los deudos piensan que hay en ellas una gran verdad y quieren hacerse parte de esa gran verdad.

—Sí, era bueno.

—Un tipo como ninguno, el Florencio.

—El mejor pescador que hubo en esta caleta.

—Y el que más enseñaba.

—Es que era muy generoso, don Florencio.

—¡Pero malo jugando truco! —dice otro, y las risas se hacen sentir, y las palabras siguen saliendo de esas almas perdidas en el final del poniente del mundo, sencillas pero profundas, y hasta a la Eulalia la ven primero sonreír levemente, capaz que acordándose de su viejo, y luego soltar una lágrima gruesa, y otra, y entonces todo el mundo respira y viene la María y le da un abrazo, y luego doña Hilda, y la Eulalia siente que se le vienen encima todas las lágrimas

como si la lluvia se hubiera tomado sus ojos ahora sí vidriosos y mojados como los de Florencio en los días previos a su muerte.

Cuando las palabras se agotan se acercan dos viejos amigos del mar al cajón y se disponen a cerrarlo al fin para poder depositarlo en el nicho que lo espera. Mientras se suceden los abrazos a la viuda, se acerca a ella la misma Jimena, que la mira largo rato con Panchito de la mano y finalmente la abraza con fuerza, y la Eulalia no rechaza su abrazo porque qué culpa tiene ella, al fin y al cabo, qué culpa tienen las mujeres del silencio de los hombres, qué culpa de su hijo bruto, y sola, siempre sola para no joderla a ella, a la Eulalia que mira el cajón todavía abierto para que pasen a dar el último adiós los hombres y las mujeres de la caleta, que no entienden que Florencio parece muerto pero en verdad está inquieto porque no alcanzó a confesar su secreto a Martincito, al hijo que sigue estancado quién sabe dónde por ese clima de miéchica. Hubiera podido decírselo a ella, pero el viejo no quiso, tal vez porque pensó que peor era irse del mundo odiado por la compañera de toda la vida que quedarse errando por cien años. Así que se iba nomás el Florencio sin saber que su mujer lo había entendido todo al ver los ojos claros del niño bruto, que su secreto ya estaba confesado, pero como no lo supo, porque ni siquiera se atrevió a decir una palabra sobre Panchito ni sobre la Jimena ni sobre nada que tuviera que ver con el pasado, va a quedarse errando como Rubén y como todos los fantasmas de ese pueblo olvidado.

Ya empieza a cerrarse el cajón para depositarlo al fin en el hoyo rectangular que espera tragárselo, y no entienden aquellos que están a punto de cerrar la tapa del cajón que no es en la tierra donde se va a quedar Florencio sino que se va a un río, un río parece que es, y entonces la Eulalia se suelta de las buenas gentes que la consuelan y corre hasta el ataúd ante la mirada curiosa de quienes alcanzan a ver el vuelo de esas dos monedas, esas dos monedas que podrían pagar una caña pero que tienen otra misión ahora, y que por eso saben que deben ir a posarse, redondas, sobre los ojos cerrados del muerto.

La revuelta

Juan de Dios Elizalde despertó aquella mañana de invierno con un dejo de culpa que disipó rápido, como si espantara a una mosca. Se incorporó en la cama, aplaudió tres veces y esperó a que entrara alguien con el desayuno. Como no pasó nada, volvió a aplaudir. Al final optó por levantarse e ir al baño, imaginando diez maneras de castigar la falta. No tenía hambre, en realidad. Podía ser la culpa, pero antes de dar espacio a los pensamientos metió la cabeza bajo el chorro de agua y la mente se le despejó.

Ese día tenía que domar al semental rebelde, porque visto estaba que nadie más lo podría hacer: ni Fermín, ni Gustavo, ni ninguno de sus hombres eran capaces de demostrarle a un caballo tan chúcaro quién carajo mandaba ahí. Por su mente galopó la imagen de la Negra, pero la volvió a apartar. Luego regresó a ella, como quien regresa a una fotografía en la que creyó ver un detalle inusual. Comprendió de inmediato la relación: se trataba de lo mismo. Se trataba de demostrar a la Negra, al caballo y a los inquilinos qué clase de hombre era él. El espejo le devolvió la imagen de uno satisfecho. Creyó que la culpa se había disipado del todo, pero en realidad se había quedado estampada en el reflejo como el cadáver de una mosca.

Tenía otros asuntos que resolver. Las hijas de don Aliro habían entrado en una franca disputa, aunque la menor no lo sabía. Maldijo a su padre, que lo ofreció de esposo sin consultarle. Con todo, pensaba que una hembra en la casa sería una buena cosa. El problema radicaba en que no se decidía entre las dos hermanas: la menor sería una mejor madre, pero la mayor era una amante apasionada. Era la única mujer que le hablaba de igual a igual, que lo tuteaba sin miramientos, que nunca le obedecía. Juan de Dios Elizalde había terminado por amarla y odiarla con locura. En el fondo negro de su alma temía que, de hacerla su esposa, se convirtiera en la verdadera patrona del fundo, y por eso había dicho que se casaría con Elena, la menor. Eso no quería decir que hubiera dejado de ver todas las semanas a Amanda.

En una de esas noches de pasión desenfrenada, totalmente borracho, se dijo que la única forma de zanjar el asunto sería sacar a Elena del camino. Lo dijo en voz alta, aunque no sabía exactamente a qué se refería, pero Amanda abrió mucho los ojos y murmuró que por ella estaría bien. Luego había procedido a hacerle una felación furiosa. A Elena, en cambio, recién había logrado darle unos besos. No podía hacer como con las otras mujeres, porque, aunque lo detestaba, la palabra de su padre, tan estúpidamente recto, pesaba sobre él.

Tales eran las cavilaciones de Juan de Dios Elizalde la mañana del día de su muerte.

Don Aliro no trabajaba en el fundo Las Nalcas, pero su fama de baqueano y el ojo experto en ganado ajeno le convertían en un acompañante ideal para la compra de animales. Octavio Elizalde tenía en alta estima a ese hombre, y Juan de Dios sospechaba que si su padre insistía en seguir yendo a cada viaje, pese a la edad y el asma, no era tanto por asegurar una buena compra como por disfrutar de la compañía del baqueano. Cien veces su padre había querido contratarlo, pero don Aliro se negaba con la sonrisa de los hombres plenos. Solo aceptaba acompañar al viejo don Octavio una o dos veces al año para ayudarlo con la compra de los animales, porque, según decía, solo un loco podría rechazar un viaje a caballo por los caminos verdes y embarrados del sur. Nunca le cobró un peso, aunque después de los primeros viajes se acostumbró a que, al regresar a la hacienda, el patrón le obligara a elegir el animal que quisiese para él. Juan de Dios recordaba que su futuro suegro elegía, indefectiblemente, al ejemplar más flaco y enfermo. Podía recordar también a su padre asentir silencioso después de cada elección, como si estuviera de acuerdo, como si él mismo hubiese pedido ese ejemplar visto en la obligación de elegir uno solo. Alguna vez Juan de Dios le había preguntado cómo era capaz de confiar en un hombre que elegía el peor animal de todos para sí mismo. Don Octavio había respondido que el hecho de que ellos no lo pudieran comprender no significaba que fuera una mala decisión.

Por desgracia, Juan de Dios fue, desde siempre, incapaz de aprender algo de su padre.

En uno de esos viajes en busca de ganado nuevo (viaje que, a la postre, sería el último), la expedición comandada por don Octavio y el baqueano experto llegó hasta las faldas de la Cordillera de los Andes después de siete agotadoras jornadas a caballo. El mismo don Aliro sugirió regresar al fundo antes de alcanzar el destino final, porque el frío congelaba las piernas y don Octavio tenía una tos ronca que empeoraba día a día. Una mañana despertaron con las carpas cubiertas de nieve, y se vieron forzados a esperar que amainara.

—Anda la Lola —había dicho don Aliro, y luego se había pasado la mañana entera contando las leyendas de la mujer de nieve que traía las tormentas y enloquecía a los arrieros.

Cuando escucharon los relinchos fue demasiado tarde: los cuatreros habían entrado sigilosos al campamento y los hombres, refugiados en el calor de las historias, no los oyeron.

—¡Se llevaron a la Bruja y a Caronte! —gritó uno de los hombres después de echar una mirada rápida a los caballos.

Se decía que don Aliro no lo había dudado ni un segundo: tomando sin preguntar un caballo salió raudo y al galope, anunciando su determinación con un disparo al aire. Otros hombres intentaron seguirlo, pero el baqueano ya se había perdido en la nieve.

Recorrieron los campos nevados durante todo el día, sin encontrar rastro. Don

Octavio mandó a permanecer en el campamento, porque estaba seguro de que don Aliro los buscaría ahí mismo.

Esa noche no hubo historias. En vano intentaron los hombres convencer al patrón de que al menos regresara él al fundo.

—Solo voy a regresar montado en Caronte y acompañado de Aliro.

Recién cuando el sol ganaba la altura de la cordillera y en el campamento se prendían las primeras hogueras del día, distinguieron a lo lejos las siluetas. Un hombre corpulento montaba a Caronte, con las manos atadas. Atrás suyo, montado en el mismo caballo que había tomado la mañana anterior, don Aliro sonreía sin dejar de apuntar con su pistola al cuatrero.

—El otro se escapó en la Bruja —dijo a modo de saludo el baqueano—. Pero le recuperé a Caronte, patrón.

Don Octavio acarició a su caballo largo rato. Luego miró a don Aliro a los ojos.

—Lamento que haya perdido a su yegua.

El baqueano se permitió una palabra de añoranza.

—Era como una hija, patrón.

—Usted no quiere trabajar para mí, pero yo necesito tenerlo cerca del fundo —dijo don Octavio—. Si usted así lo quiere, mi hijo se va a casar con una de sus hijas.

Los que escucharon el diálogo contarían más tarde que parecía que don Aliro iba a rechazar el ofrecimiento, porque ni siquiera parpadeó. Solo habló al bajarse de la montura.

—Gracias, patrón. Pero ahora no me haga elegir a mí.

Don Octavio falleció pocas semanas después de regresar al fundo, producto de una neumonía de la que le fue imposible recuperarse. Desde entonces Juan de Dios era el nuevo dueño del fundo, sin reina todavía, porque aplazaba la inminente boda esperando decidirse entre Dios y el diablo.

Había dicho Dios, pero había elegido al diablo.

Después de vestirse, Juan de Dios Elizalde salió de la pieza dando un grito ensordecedor, dispuesto a averiguar quién había fallado en la miserable misión de entrar a la pieza con su desayuno. No tuvo respuesta, pero escuchó que abajo el ruido se detenía como se detenía el zumbido de una mosca aplastada.

—¿Quién anda ahí? —llegó una voz firme de hombre desde la primera planta.

La sorpresa lo dejó en silencio unos segundos. Estuvo a punto de responder con

otro grito furioso, pero había reconocido la voz de Eduardo. Su castigo sería ejemplar, se dijo, de modo que bajó pisando firme las escaleras y cuando vio a Eduardo y a otras dos criadas en la primera planta, mirándolo con espanto, simplemente les dirigió una mirada de muerte antes de salir de la casona.

No reconocer, se dijo satisfecho, ese es mi castigo: ni siquiera son dignos de mi reconocimiento, ni siquiera de mi ira. Los imaginó discutiendo entre los tres, intentando definir quién era el culpable. Estarían todo el día así, esperando verlo para ofrecer las disculpas que se negaría a aceptar. Para él, en todo caso, lo del desayuno ya estaba olvidado después de que Eduardo tuviera la osadía de preguntar quién andaba ahí, como si no supiera que en la segunda planta tenía su habitación el patrón.

Encendió el primer cigarrillo de la mañana sin sospechar que sería el último que fumaría en su vida. Se apretó el grueso cinturón de cuero y se dirigió a paso firme hacia la caballeriza, como el asesino que regresa al lugar del crimen, aunque esto no lo pensó Juan de Dios Elizalde. Solo quería ver al semental, mirarlo a los ojos antes de salir a domarlo.

Gustavo acariciaba a una yegua mientras le daba el heno. Siempre le pareció que ese hombre mimaba demasiado a las bestias, pero no podía dejar de reconocer que las tenía en forma. El hombre sabía de caballos, aunque no fuera capaz de someter al semental recién llegado.

—A ver si acariciando al semental lo vas a terminar domando —se rio Juan de Dios.

Gustavo dio un respingo. No lo había visto venir.

—A ver, hombre, ¿dónde tienes a la bestia?

Gustavo lo observó unos segundos, indeciso. Luego preguntó: —Perdone, señor. ¿A usted quién lo manda?

Juan de Dios se quedó estupefacto. Luego soltó una risotada. Las vueltas del lenguaje de los campesinos siempre terminaban por hacerlo reír.

—¡Me manda el deber, Gustavo! —dijo, de buen ánimo—. Porque visto está que tú no eres capaz de ablandar a un caballo salvaje. Solo los indomables somos capaces de domar. Vamos, ¿dónde lo tienes?

Gustavo no se rio ni un poco. Ni siquiera por temor. Ni siquiera por respeto. Juan de Dios Elizalde comenzó a preocuparse de tener mal aspecto, de parecer enfermo, pero se había visto en el espejo apenas unos minutos atrás y no se lo había parecido. Seguramente el mal rato por el asunto del desayuno le había dejado alguna huella.

—Estoy bien —dijo, como si Gustavo se lo hubiera preguntado—. Tuve un disgusto, eso es todo. Vengo a ver al semental, quiero verle los ojos y mostrarle quién manda aquí.

Gustavo aún no decía palabra. Juan de Dios Elizalde terminó por exasperarse.

—¡Dónde lo tienes, imbécil!

El hombre indicó con el dedo al fondo de la caballeriza, donde un ejemplar robusto relinchaba inquieto. Juan de Dios caminó por el pasillo, aprovechando de dar una mirada al resto de los caballos. Al final, el semental fibroso, negro y brillante, tan grande como era posible imaginar a un caballo, con las orejas puntiagudas como los cachos de diablo y una cola tan soberbia que las moscas no se atrevían a acercarse a ella. Había pagado un dineral por él, pero seguramente menos de lo que en realidad valía. ¡Qué potrillos nacerían de ese animal!

Sin embargo, primero había que domarlo. Juan de Dios le buscó los ojos. Siempre le resultaba increíble ver lo grande que eran los ojos de los caballos. Y todavía más increíble que se dejaran domar por unos seres que no tenían ni un tercio de su fuerza, ni su porte, ni sus dientes. El caballo movió la cabeza, gigantesca, de lado a lado.

—Mírame, jetón —murmuró Juan de Dios. El caballo bufó y siguió moviéndose inquieto. No le prestaba la más mínima atención—. Mírame, carajo, mírame —volvió a decir, preocupado de Gustavo que lo seguía observando desde el otro extremo del establo.

Como el caballo no lo miró en ningún momento, cargó contra Gustavo.

—¿Y tú qué mierda estás mirando?

—No me ha dicho quién lo manda —dijo el hombre, poniendo voz firme—. Acá solo entro yo.

Juan de Dios Elizalde sintió que la rabia se agolpaba en las sienes y estuvo a

punto de dar un paso hacia el hombre, dispuesto a reventarlo a golpes. Pero entonces el caballo volvió a relinchar y sin pensarlo Juan de Dios Elizalde abrió la puerta, tomó las riendas del semental y jaló hacia afuera con toda su fuerza. El caballo, que hasta hace un segundo estaba desesperado por salir de su encierro, no se movió ni un centímetro.

—Si lo que pretende es robarse el caballo, le aconsejo que elija otro —se rio Gustavo.

El hombre caminó tranquilamente hasta Juan de Dios, le quitó con facilidad las riendas y volvió a cerrar la puerta.

—Ahora váyase, por favor. El patrón no está en el fundo y no tengo órdenes de recibir a nadie.

Juan de Dios Elizalde quiso dirigirle una mirada de odio, pero se había agotado por el esfuerzo. Por primera vez en su vida vio a Gustavo como lo que era: un hombre corpulento a quien no tenía ninguna oportunidad de vencer en un duelo mano a mano. Con todo, escupió en el suelo y logró decir, todavía agitado, que le daba quince minutos para tomar sus cosas y mandarse a cambiar con toda la prole.

Gustavo se cruzó de brazos.

—Yo solo recibo órdenes del patrón —espetó, y escupió al suelo, cayendo la saliva justo encima de la que él había lanzado recién.

Juan de Dios salió del establo y caminó raudo hasta la casona. Tomaría el rifle y a los diez minutos lanzaría el primer disparo al aire. A los quince, le apuntaría a Gustavo si no se había ido ya.

Se encontró, sin embargo, con tres hombres apostados en los escalones de la entrada, cargando sendos rifles. Eduardo era uno de ellos. No recordaba el nombre de los otros dos.

—Se me van ahora a ver que el imbécil del establo esté buscando sus cuatro pilchas para irse. Si sigue en el establo, un tiro al aire. Si no sale, a él.

Subió al trote las escaleras con intención de entrar a la casa, pero los tres hombres cerraron filas.

—¿Quién es usted y qué hacía en la habitación del patrón? —preguntó Eduardo.

Juan de Dios Elizalde no pudo soportarlo más. Se abalanzó sobre Eduardo y lo botó al suelo. Con una mano le sujetó el cuello y con la otra le dio un golpe en el rostro que hizo que saltara la sangre de la nariz.

—¡Me van a decir qué carajo pasa! ¡Me lo van a decir los hijos de puta!

En pocos segundos, los otros dos hombres lo redujeron y pronto fue él quien estuvo aplastado contra el suelo. Eduardo se había reincorporado y le dio una patada feroz en los testículos. Mientras sentía que se desvanecía del dolor, escuchó murmurar a uno de los hombres.

—No te pases, Eduardo, que puede ser invitado del patrón.

—Nos habría dicho algo —respondió el aludido—. Y en ningún caso le habría pasado su pieza.

—¿Qué hacemos?

—Al Lloradero, hasta que regrese don Juan de Dios.

—¿Y dónde está?

—No se sabe, debe haber salido bien de alba, porque cuando Gustavo entró en el establo ya no estaba el Fausto.

Eduardo se tocó la cara y la mano le quedó roja. Conteniendo la rabia, dibujó con su sangre dos rayas en la mejilla de Juan de Dios Elizalde. Se acercó al oído y le dijo: —Estai marcado, huevón.

El Lloradero era un invento de Salomón Elizalde, el abuelo de Juan de Dios. Aquel hombre era, como su hijo Octavio, capaz de escuchar a sus inquilinos y hasta de tener de vez en cuando algún gesto de agradecimiento por su trabajo, pero era inflexible respecto a las reglas que él mismo inventaba. No soportaba escuchar el llanto de los niños, propios o ajenos, y por eso había mandado a construir el Lloradero: una pequeña pero sólida celda hecha con barrotes de fierro y alejada de la casa patronal, donde era llevado quien no pudiera contener

las lágrimas. Por ahí pasaron Octavio Elizalde y sus hermanas muchas veces, hasta que aprendieron a ser estoicos.

Cuando Octavio tenía quince años su padre mandó a que fuera encerrada allí su propia esposa, que no podía parar de llorar hace días por alguna razón que nunca se conoció pero que alimentó rumores durante varios lustros. El joven Octavio la sacó de allí de inmediato y juró que no volvería a pisar el fundo hasta que muriera su padre. Pasaron más de veinte años. Cuando finalmente llegó a sus oídos la noticia, los inquilinos y sus hermanas lo vieron regresar trayendo a un niño pequeño. Nunca explicó quién era la madre ni qué había hecho en todos esos años. Se puso al mando del fundo como si no hubiera ocurrido nada y repartió tierras y dinero entre sus hermanas, que estuvieron encantadas de poder dejar el frío del sur y comenzar una nueva vida en la capital. Solo su madre, ya anciana, se quedó en el fundo hasta su muerte, sin mencionar en todo lo que le quedó de vida al marido muerto.

El Lloradero nunca volvió a recibir lágrimas de niños, pero fue utilizado en contadas ocasiones como celda provisoria para cuatreros y bandidos. Al morir don Octavio, sin embargo, Juan de Dios había comenzado otra vez a enviar a los niños tristes a ese lugar. El Lloradero lo recibía a él ahora, con dos marcas de sangre en el rostro y la rabia enredándose en las palabras.

—Se los juro, hijos de puta, se los juro —repetía apenas, pero no alcanzaba a explicar qué era lo que juraba.

—No va a salir de acá hasta que deje de llorar —le dijo el hombre que quedó a cargo de vigilarlo. Juan de Dios no recordaba su nombre. Casi nunca recordaba el nombre de los inquilinos.

—No estoy llorando, imbécil.

—Yo diría que sí.

—Te voy a cocinar los huevos y te voy a obligar a tragártelos.

—¿Como unas criadillas?

Juan de Dios sabía que esa no era una celda segura. Estaba construida para niños llorones, no para forajidos peligrosos. Si no hubiera vigilancia podría ingeniárselas para saltar por arriba, aunque fueran tres metros de altura: el Lloradero no tenía techo porque la lluvia obligaba al niño de turno a dejar de llorar más rápido para evitar mojarse. El hombre que lo vigilaba estaba armado. En algún momento tendrían que hacer cambio de guardia: entonces se afirmaría entre los barrotes y escalaría de alguna forma. Una vez afuera, tendría que ingeniárselas para conseguir su pistola o al menos un cuchillo.

Un cuchillo, pensó el prisionero. Todos sus hombres andaban con un cuchillo en alguna parte, era impensable que salieran sin él. Algunos los tenían enfundados en el cinturón, otros dentro de las botas.

—Vamos a ver, hijo —Juan de Dios cambió el tono—. Vamos a ver. ¿Esto es una revuelta?

—Qué revuelta ni que nada.

—¿Entonces por qué apresan a su patrón?

El hombre soltó una carcajada.

—Ya se oía por el fundo que había llegado un loco diciendo que era el patrón. ¿Usted creerá que somos huevones?

Iba a responder que sí, que siempre había pensado que no eran más que un rebaño de imbéciles.

—Para nada. ¿Por qué piensas eso, muchacho? Si me voy aclarando, lo que pasa aquí es que tú no crees que yo sea Juan de Dios Elizalde, aunque hayamos estado ayer mismo discutiendo sobre la necesidad de vender al menos dos terneros.

—¿Y usted cómo sabe eso?

—Porque yo soy el patrón, aunque algo me haya pasado en la cara que no me reconoces. ¿Qué es? No me he afeitado, no he cambiado de ropas… —Usted no es el patrón —lo interrumpió el hombre, aunque parecía querer convencerse más bien a sí mismo.

—Pregúntame lo que quieras. Te lo voy a demostrar. Y no te preocupes, vamos a dejar el tema de los huevos en el olvido. Has sido algo insolente pero eres un buen trabajador, siempre lo has sido.

—Si quiere convencerme de que es el patrón, partió mal —se rio el hombre—. Nunca me ha dicho que soy un buen trabajador.

—Escucha, hijo —Juan de Dios recordaba a su padre llamando así a sus inquilinos—. No pasa nada. Pregúntame lo que quieras.

El hombre se rascó la cabeza. Parecía aburrido.

—Bueno, a ver. ¿Cómo se llamaba el padre de don Juan de Dios?

—Octavio.

—¿Y su abuelo?

—Salomón.

—¿Y su madre?

Juan de Dios se quedó en silencio.

—¿Esa no se la sabe, señor?

—Nunca lo supe —murmuró Juan de Dios.

El hombre lo miró. Algo en la voz del prisionero volvía a hacerlo dudar. Pero él conocía bien a su patrón.

—¿Y de qué murió su padre?

—Una neumonía, el 20 de junio del año pasado.

—¿Y cómo se llama este lugar?

—Las Nalcas.

—Todos saben cómo se llama el fundo, me refiero aquí donde está encerrado.

—Este es el Lloradero, lo ideó mi abuelo Salomón, a quien no tuve la fortuna de conocer. Aquí traían a los niños para que no le molestaran con su llanto.

—Bueno, y el caballo de su padre, ¿cómo se llamaba ese caballo?

—Caronte. Todavía vive. Se llama así en honor al barquero de la mitología griega que transporta a los muertos.

—Ah, eso no lo sabía —dijo el hombre, comenzando a olvidar que custodiaba a un preso.

—Sí, mi abuelo, don Salomón Elizalde del Águila, era un lector apasionado. Solía contar historias a sus inquilinos sobre la mitología griega y romana. También a mi padre, por supuesto. Por eso fue que lo enterramos con dos monedas sobre los ojos: decía que las monedas eran para pagarle al barquero y que quien no las llevaba no podía llegar a la morada final.

—Eso es verdad —murmuró asombrado el vigilante—. Yo mismo vi a don Octavio con esas monedas y pregunté por qué las tenía ahí, pero nadie me supo responder.

—Porque no me preguntaste a mí, pues. Yo sí sabía.

—¿Y cómo le iba a preguntar si no estuvo en el entierro? —preguntó con sorna el hombre.

—Sí estaba, porque yo soy el hijo de Octavio Elizalde.

—Supongamos que lo que usted dice es verdad y yo estoy loco. ¿Qué fue lo que dijo en ese entierro? ¿Con qué palabras despidió a su taita?

Juan de Dios Elizalde guardó un silencio largo. El hombre lo vio bajar la cabeza, las manos todavía aferradas a los barrotes.

—Nada. No dije nada.

El hombre terminó por sorprenderse. Lo miró detenidamente.

—Usted no es don Juan de Dios, pero sabe todo de él.

—Yo soy Juan de Dios.

—Le voy a hacer una última pregunta. Si me contesta bien, voy a buscar a Eduardo.

—Lo sé todo. No hay forma de que no lo sepa.

—¿Cómo me llamo yo?

Juan de Dios miró a ese hombre. Era joven, tendría treinta años a lo sumo. Sabía que era soltero y que trabajaba hace unos seis o siete años en el fundo. Pero no podía recordar su nombre.

—¿Cómo no voy a saberlo? —intentó ganar tiempo Juan de Dios.

—¿No se sabe mi nombre y dice ser el patrón?

—Te llamas Pedro —aventuró.

—Respuesta incorrecta. Me llamo José. Pero el patrón no se sabe mi nombre. Si usted fuera él, habría escupido al suelo y habría dicho que no tenía ni puta idea de cómo me llamaba.

Juan de Dios se sintió perdido. Comenzaban a caer algunas gotas. Si venía un temporal, tendrían que sacarlo de ahí tarde o temprano. Pero no podía esperar.

—Tienes razón, muchacho. No soy el patrón.

—¿Y entonces quién es y qué hace aquí?

Juan de Dios suspiró.

—A tu patrón lo agarramos anoche. Somos bandidos, ¿entiendes? Vine a exigir una suma de dinero para decirles dónde lo tenemos. Si no, lo matamos.

—No creo que pueda llevar el mensaje de vuelta —dijo el hombre—. ¿Dónde lo tienen?

—Si no me sueltas no te lo voy a decir.

—Entonces aquí se queda. No puede estar muy lejos. Lo vamos a salir a buscar y lo vamos a encontrar.

—Mira, ya me olvidé de la plata. Ahora solo quiero salvar el pellejo. Me da igual lo que les hagan a los otros. Ni siquiera los conozco, me contrataron para este trabajo. Si te digo dónde está, ¿me sueltas?

—Usted me dice dónde está y yo decido después qué hago.

—Bien. Pero dame agua. Me muero de sed.

El hombre dudó, pero retrocedió unos pasos y sacó de la alforja una petaca.

—¿Eso es agua?

—Agüita nomás, el patrón no permite que bebamos durante el día.

—Pásamela abierta, que tengo las manos congeladas.

Sin dejar de mirarlo, el hombre se acercó a los barrotes y se dispuso a abrir la petaca con la mano derecha, mientras la sostenía con la izquierda. Entonces Juan de Dios sacó velozmente ambas manos por entre los barrotes del Lloradero y alcanzó el cuello lampiño de José.

Juan de Dios Elizalde corría por el bosque de alerces como perseguido por un batallón de moscas. Sabía que tenía algunos minutos de ventaja: podía ser que aún nadie se hubiera dado cuenta de que el Lloradero no estaba vigilado, y que en vez de un prisionero estaba encerrado un inquilino medio muerto. El rifle habría significado demasiado peso, de modo que se contentó con quitarle la petaca y el cuchillo de la bota. Todo se solucionaría cuando llegara a la casa de don Aliro y le explicara lo que estaba sucediendo: una rebelión en su propio fundo. Sabía que don Aliro no le tenía en alta estima, pero era su futuro suegro y él seguía siendo el único hijo de don Octavio. El baqueano tenía rifles por montón, podría armar a unos cuantos hombres y ayudarlo a recuperar el fundo. En un par de horas, si avanzaba a buen tranco, llegaría a la casa de don Aliro y explicaría el asunto. Entre tanto, la tormenta seguía anunciándose sin decidirse a explotar. A lo lejos oía algunos gritos, disparos al aire. Estarían buscando a los bandidos, se dijo, felicitándose de no haber terminado de matar a José. Le bastó ahogarlo para quitarle las llaves y el cuchillo. Las marcas en el cuello se irían en algunos días, pero el miedo al patrón no lo dejaría en toda la vida.

Ya no oía voces. No era a él a quien buscaban, sino al patrón, supuestamente apresado. Por un segundo Juan de Dios se confundió pensando que efectivamente él era un forajido y existía otro patrón, otro Juan de Dios, a quien sus fieles hombres buscaban para liberarlo. Apartó estos pensamientos sin dejar de correr. Se sentía fatigado.

Donde acababa el bosque se abría el campo. Juan de Dios permaneció unos segundos allí, inseguro de salir de entre aquellos árboles que lo habían cobijado. A lo lejos se veía la casa de don Aliro. ¿Y si sus hombres andaban por ahí, buscando al patrón o al forajido? Esperaría la tormenta. Caería tarde o temprano, y entonces él podría correr a campo traviesa hasta llegar a la casa del baqueano sin que nadie pudiera distinguir a quién pertenecía la sombra que atravesaba la lluvia. Esperó en el bosque, agazapado, conteniendo la respiración. Pasó una hora y el temporal no se decidía a estallar. Meditaba sobre la posibilidad de arriesgarse, cuando desde su escondite alcanzó a ver que una de las hijas de don Aliro sacaba al rebaño, acompañada del pastor alemán. La distancia no le

permitía distinguir si se trataba de Elena o Amanda, pero al caso era lo mismo. Esperó largos minutos: tendría que pasar por allí si quería llevar a las ovejas hacia los pastizales. La muchacha se demoraba contándolas una por una.

—Apúrate, mierda —murmuró Juan de Dios.

Finalmente las ovejas se pusieron en marcha, empujadas por el tierno bastoncito de la mujer. El perro esperó que todas cruzaran la reja y luego se puso al frente. Las ovejas lo siguieron. El mar de lana se movía acompasado, mientras la muchacha echaba miradas hacia el cielo que seguía cubriéndose de negro.

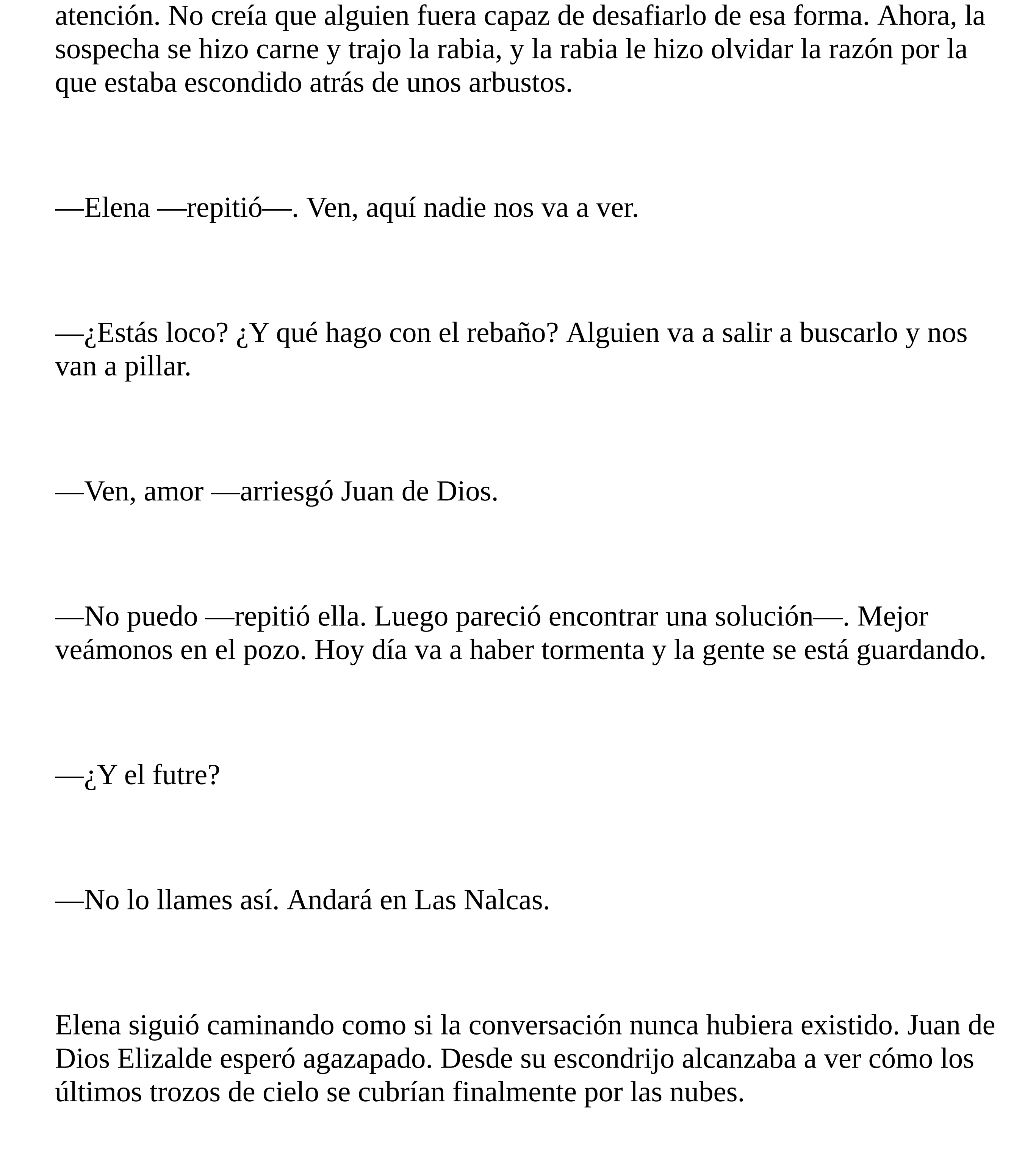
Las ovejas pasaron frente a los ojos de Juan de Dios Elizalde como en un sueño o la búsqueda de un sueño. Podría haberlas tocado si estiraba la mano, pero permaneció escondido bajo unos arbustos como el puma que espera a la presa fácil. Cerrando el desfile blanco venía la mujer. Era Elena.

—¡Elena! —susurró Juan de Dios.

La joven miró hacia todos lados, hasta que al fin sus ojos cayeron sobre los ojos claros del hombre agazapado.

—¿Joel? —preguntó ella, intentando reconocer el rostro de quien le hablaba—. ¿Eres tú? ¿Qué haces ahí? No puedo verte ahora, tengo que apurarme con el rebaño.

Juan de Dios se sorprendió. Nunca había visto a Joel, pero sabía quién era. Había



escuchado un tímido rumor sobre su relación con Elena, pero nunca le prestó atención. No creía que alguien fuera capaz de desafiarlo de esa forma. Ahora, la sospecha se hizo carne y trajo la rabia, y la rabia le hizo olvidar la razón por la que estaba escondido atrás de unos arbustos.

—Elena —repitió—. Ven, aquí nadie nos va a ver.

—¿Estás loco? ¿Y qué hago con el rebaño? Alguien va a salir a buscarlo y nos van a pillar.

—Ven, amor —arriesgó Juan de Dios.

—No puedo —repitió ella. Luego pareció encontrar una solución—. Mejor veámonos en el pozo. Hoy día va a haber tormenta y la gente se está guardando.

—¿Y el futre?

—No lo llames así. Andará en Las Nalcas.

Elena siguió caminando como si la conversación nunca hubiera existido. Juan de Dios Elizalde esperó agazapado. Desde su escondrijo alcanzaba a ver cómo los últimos trozos de cielo se cubrían finalmente por las nubes.

Elena lo aguardaba junto al pozo. La lluvia había empezado a caer con fineza, sin atreverse a explotar. Las ovejas pastaban tranquilas, ajenas o acostumbradas

al agua. Juan de Dios Elizalde llegó hasta ella por la espalda. Elena dio un grito.

—¿Quién es usted?

Aunque Juan de Dios se había preparado para esa pregunta, no pudo evitar que en el rostro se le formara una mueca de sorpresa. Elena lo miraba fijo. Le pareció que mostraba una determinación que él nunca había conocido.

—Me envía Joel —dijo al fin, recuperando el plan.

Elena se tranquilizó.

—¿Es un amigo, entonces?

—Joel pide que lo disculpe. Surgió un asunto urgente. Dice que se verán a la noche donde siempre.

Elena asintió con la cabeza.

—Espero que usted sea una persona de confianza.

—Puede estar segura.

—Nunca lo había visto por aquí.

—Vengo de lejos. Conocí a Joel hace tiempo. Casualmente vine a verlo y me pidió que me encontrara con usted en el pozo.

—Aquí me tiene. Gracias por darme el mensaje. Creo que me voy a volver, porque la tormenta ya tiene ganas de mandarse. Algo alcanzaron a pastar las ovejitas.

—Hay una cosa más, señorita —carraspeó Juan de Dios.

—Dígame.

—Es un asunto delicado. No piense mal de mí.

—Pregunte nomás, con confianza.

Juan de Dios simuló que le costaba mucho hacer la pregunta. O tal vez no simulaba.

—Joel quiere saber si no ha quedado embarazada.

La muchacha se ruborizó. Juan de Dios esperó la respuesta apretando el cuchillo bajo el poncho.

—No lo sé —dijo Elena en un suspiro.

El temporal finalmente se había desatado. Juan de Dios cruzó los bosques sin plan ni destino, completamente empapado, hasta que se hizo de noche. No sabía exactamente dónde estaba, pero esperaba haberse alejado de la casa de don Aliro. Tendría que regresar primero a Las Nalcas para evitar las sospechas, pero solo podía regresar armado y acompañado de otros hombres. Nadie lo había visto, de eso estaba seguro.

Después de perderse por campos y bosques, tal vez dando vueltas en círculos, encontró un sendero ancho y desamparado por el que caminó a paso firme. Intuía que avanzaba hacia la cordillera. Pronto aparecería algún pueblo, un caserío. Entonces podría contratar hombres prometiendo un pago a futuro. Se armarían de pies a cabeza. De alguna forma iba a recuperar el fundo. Las ideas se le cruzaban sin sentido por la mente, mientras la lluvia terminaba de limpiar el rastro de la sangre en la manga de la camisa.

Iba a morir de frío, pensó de pronto. Se iba a agarrar una neumonía como su padre. Pero no moriría en su fundo, acompañado por sus hombres, ni con dos monedas sobre los ojos para pagarle al barquero. Moriría solo, perdido en un desierto verde y oscuro: un desierto de barro.

De pronto distinguió una silueta que caminaba hacia él. Juan de Dios salió del camino y esperó que la sombra pasara. Un hombre empapado como él maldecía entre dientes, como un fantasma en la penumbra. Juan de Dios podría haberlo detenido, pedirle ayuda, pero no lo hizo. Aunque no se lo admitiría jamás a él mismo, su silencio tenía mucho más que ver con las historias del diablo que

contaban los inquilinos que con el temor de que fuera uno de sus hombres.

Esperó varios minutos hasta que estuvo seguro de que el hombre no lo había visto y no regresaría. Juan de Dios Elizalde siguió caminando con la inercia de los que no tienen nada más que perder. Cada cierto tiempo escuchaba el graznido de un pájaro perdido y se quedaba detenido unos segundos. Luego regresaba el silencio, que en realidad era una mezcla del ruido de la lluvia con el latir aterrado de su propio corazón.

El frío se hizo más intenso y la lluvia no dejó de caer en ningún momento. De pronto, distinguió en la oscuridad un bulto y se detuvo, petrificado. Era demasiado grande para ser un hombre o un animal. Dio un par de pasos. La sombra no se movió. Solo cuando terminó de acercarse comprendió que se trataba de un automóvil. Había visto algunos, pero ninguno como este. Juan de Dios lo observó pasmado. Pese al barro y la oscuridad, pudo notar que era la máquina más increíble que había visto en su vida.

Echó una mirada rápida por las ventanas, y cuando estuvo seguro de que no había nadie dentro abrió una puerta y se refugió. Seguía aterido, pero al menos podría capear la lluvia hasta que amainara. Entonces pensaría qué hacer. Se cobijó en el asiento del copiloto y cerró los ojos. Por su mente galopó la imagen de la Negra, pero la apartó como quien aparta a una mosca. Luego José ahogándose entre sus manos. Y finalmente Elena.

Tuvo los sueños más horribles que puede tener un ser humano, hasta que despertó, horas después, con unos golpecitos en la ventana. Al abrir los ojos, vio a dos oficiales con un uniforme inusual. Juan de Dios Elizalde salió del auto. Había amanecido.

—Buenos días, oficiales —saludó con toda la cortesía de la que fue capaz—.

Tengo que solicitar su ayuda.

Los hombres se miraron con incredulidad.

—Este auto fue robado en la capital ayer por la tarde. ¿Qué hace usted con él?

Juan de Dios sonrió.

—No sé qué hace aquí esta máquina, pero debo explicarles que no fui yo quien la robó. Vengo escapando del fundo Las Nalcas, soy el patrón. Mis inquilinos organizaron una rebelión y me echaron de mis propias tierras. Con quince de sus compañeros podremos recuperarlo.

Los dos hombres guardaron silencio.

—Pagaré generosamente —agregó Juan de Dios.

—¿El fundo Las Nalcas? —preguntó uno de los oficiales—. Mi padre trabajó ahí unos años, cuando era joven.

—¡Ah, ya ve! —respiró aliviado Juan de Dios—. Ese fundo. Mi fundo. Solicito su ayuda.

—No le salió muy buena la historia, amigo. Ese fundo está abandonado hace muchos años. En ese lugar solo pena el diablo desde que asesinaron al último patrón.

—¿Qué? —preguntó Juan de Dios sin poder contenerse.

—Sí, lo mató un campesino. Un lío de faldas. Pero hace un montón de años.

—Vamos —dijo el otro oficial, que parecía aburrido—. Andando con este que se va a largar de nuevo la lluvia.

Juan de Dios Elizalde descubrió, varios metros más allá, un automóvil verde y blanco, mucho más grande que aquel en el que había dormido. Lo coronaba una luz rojiza. Dentro había otros dos oficiales.

—¡Pero si yo soy el patrón! ¡Yo soy Juan de Dios Elizalde!

Los oficiales se rieron y lo tomaron de los brazos.

—Putas la chiva mala, amigo.

—¡Yo soy Juan de Dios Elizalde! —insistió—. ¿Dónde me llevan?

—Vamos a buscar refuerzos para que recupere el fundo.

—¡Usted no me cree! ¡Yo soy Juan de Dios Elizalde! ¡Soy el dueño de Las Nalcas! ¡Yo soy Juan de Dios Elizalde, carajo!

El oficial lo miró como se mira a una mosca irritante. Porque no sabía que las palabras podían ser cuchillos, pronunció las siguientes con cierta liviandad, como explicando un hecho conocido a un niño o a un orate. No sabía, pues, que dictaba sentencia, que solo al pronunciar esas palabras se estaba haciendo realidad su enunciado, que ellas enterraban a un hombre en lo más profundo de la oscuridad del alma.

—Juan de Dios Elizalde está muerto.

Juan de Dios Elizalde despertó aquella mañana de invierno con un dejo de culpa que disipó rápido, como si espantara a una mosca. Se incorporó en la cama, aplaudió tres veces y esperó a que entrara alguien con el desayuno. Como no pasó nada, volvió a aplaudir. Al final optó por levantarse e ir al baño, imaginando diez maneras de castigar la falta. No tenía hambre, en realidad. Podía ser la culpa, pero antes de dar espacio a los pensamientos metió la cabeza bajo el chorro de agua y la mente se le despejó.

Ese día tenía que domar al semental rebelde, porque visto estaba que nadie más lo podría hacer: ni Fermín, ni Gustavo, ni ninguno de sus hombres eran capaces de demostrarle a un caballo tan chúcaro quién carajo mandaba ahí. Por su mente galopó la imagen de la Negra, pero la volvió a apartar. Luego regresó a ella, como quien regresa a una fotografía en la que creyó ver un detalle inusual. Comprendió de inmediato la relación: se trataba de lo mismo. Se trataba de demostrar a la Negra, al caballo y a los inquilinos qué clase de hombre era él. El espejo le devolvió la imagen de uno satisfecho. Creyó que la culpa se había

disipado del todo, pero en realidad se había quedado estampada en el reflejo como el cadáver de una mosca.

Tenía otros asuntos que resolver. Las hijas de don Aliro habían entrado en una franca disputa, aunque la menor no lo sabía. Maldijo a su padre, que lo ofreció de esposo sin consultarle. Con todo, pensaba que una hembra en la casa sería una buena cosa. El problema radicaba en que no se decidía entre las dos hermanas: la menor sería una mejor madre, pero la mayor era una amante apasionada. Era la única mujer que le hablaba de igual a igual, que lo tuteaba sin miramientos, que nunca le obedecía. Juan de Dios Elizalde había terminado por amarla y odiarla con locura. En el fondo negro de su alma temía que, de hacerla su esposa, se convirtiera en la verdadera patrona del fundo, y por eso había dicho que se casaría con Elena, la menor. Eso no quería decir que hubiera dejado de ver todas las semanas a Amanda.

En una de esas noches de pasión desenfrenada, totalmente borracho, se dijo que la única forma de zanjar el asunto sería sacar a Elena del camino. Lo dijo en voz alta, aunque no sabía exactamente a qué se refería, pero Amanda abrió mucho los ojos y murmuró que por ella estaría bien. Luego había procedido a hacerle una felación furiosa. A Elena, en cambio, recién había logrado darle unos besos. No podía hacer como con las otras mujeres, porque, aunque lo detestaba, la palabra de su padre, tan estúpidamente recto, pesaba sobre él.

Tales eran las cavilaciones de Juan de Dios Elizalde la mañana del día de su muerte.

Don Aliro no trabajaba en el fundo Las Nalcas, pero su fama de baqueano y el ojo experto en ganado ajeno le convertían en un acompañante ideal para la compra de animales. Octavio Elizalde tenía en alta estima a ese hombre, y Juan de Dios sospechaba que si su padre insistía en seguir yendo a cada viaje, pese a la edad y el asma, no era tanto por asegurar una buena compra como por disfrutar de la compañía del baqueano. Cien veces su padre había querido

contratarlo, pero don Aliro se negaba con la sonrisa de los hombres plenos. Solo aceptaba acompañar al viejo don Octavio una o dos veces al año para ayudarlo con la compra de los animales, porque, según decía, solo un loco podría rechazar un viaje a caballo por los caminos verdes y embarrados del sur. Nunca le cobró un peso, aunque después de los primeros viajes se acostumbró a que, al regresar a la hacienda, el patrón le obligara a elegir el animal que quisiese para él. Juan de Dios recordaba que su futuro suegro elegía, indefectiblemente, al ejemplar más flaco y enfermo. Podía recordar también a su padre asentir silencioso después de cada elección, como si estuviera de acuerdo, como si él mismo hubiese pedido ese ejemplar visto en la obligación de elegir uno solo. Alguna vez Juan de Dios le había preguntado cómo era capaz de confiar en un hombre que elegía el peor animal de todos para sí mismo. Don Octavio había respondido que el hecho de que ellos no lo pudieran comprender no significaba que fuera una mala decisión.

Por desgracia, Juan de Dios fue, desde siempre, incapaz de aprender algo de su padre.

En uno de esos viajes en busca de ganado nuevo (viaje que, a la postre, sería el último), la expedición comandada por don Octavio y el baqueano experto llegó hasta las faldas de la Cordillera de los Andes después de siete agotadoras jornadas a caballo. El mismo don Aliro sugirió regresar al fundo antes de alcanzar el destino final, porque el frío congelaba las piernas y don Octavio tenía una tos ronca que empeoraba día a día. Una mañana despertaron con las carpas cubiertas de nieve, y se vieron forzados a esperar que amainara.

—Anda la Lola —había dicho don Aliro, y luego se había pasado la mañana entera contando las leyendas de la mujer de nieve que traía las tormentas y enloquecía a los arrieros.

Cuando escucharon los relinchos fue demasiado tarde: los cuatreros habían entrado sigilosos al campamento y los hombres, refugiados en el calor de las

historias, no los oyeron.

—¡Se llevaron a la Bruja y a Caronte! —gritó uno de los hombres después de echar una mirada rápida a los caballos.

Se decía que don Aliro no lo había dudado ni un segundo: tomando sin preguntar un caballo salió raudo y al galope, anunciando su determinación con un disparo al aire. Otros hombres intentaron seguirlo, pero el baqueano ya se había perdido en la nieve.

Recorrieron los campos nevados durante todo el día, sin encontrar rastro. Don Octavio mandó a permanecer en el campamento, porque estaba seguro de que don Aliro los buscaría ahí mismo.

Esa noche no hubo historias. En vano intentaron los hombres convencer al patrón de que al menos regresara él al fundo.

—Solo voy a regresar montado en Caronte y acompañado de Aliro.

Recién cuando el sol ganaba la altura de la cordillera y en el campamento se prendían las primeras hogueras del día, distinguieron a lo lejos las siluetas. Un hombre corpulento montaba a Caronte, con las manos atadas. Atrás suyo, montado en el mismo caballo que había tomado la mañana anterior, don Aliro sonreía sin dejar de apuntar con su pistola al cuatrero.

—El otro se escapó en la Bruja —dijo a modo de saludo el baqueano—. Pero le

recuperé a Caronte, patrón.

Don Octavio acarició a su caballo largo rato. Luego miró a don Aliro a los ojos.

—Lamento que haya perdido a su yegua.

El baqueano se permitió una palabra de añoranza.

—Era como una hija, patrón.

—Usted no quiere trabajar para mí, pero yo necesito tenerlo cerca del fundo —dijo don Octavio—. Si usted así lo quiere, mi hijo se va a casar con una de sus hijas.

Los que escucharon el diálogo contarían más tarde que parecía que don Aliro iba a rechazar el ofrecimiento, porque ni siquiera parpadeó. Solo habló al bajarse de la montura.

—Gracias, patrón. Pero ahora no me haga elegir a mí.

Don Octavio falleció pocas semanas después de regresar al fundo, producto de una neumonía de la que le fue imposible recuperarse. Desde entonces Juan de Dios era el nuevo dueño del fundo, sin reina todavía, porque aplazaba la inminente boda esperando decidirse entre Dios y el diablo.

Había dicho Dios, pero había elegido al diablo.

Después de vestirse, Juan de Dios Elizalde salió de la pieza dando un grito ensordecedor, dispuesto a averiguar quién había fallado en la miserable misión de entrar a la pieza con su desayuno. No tuvo respuesta, pero escuchó que abajo el ruido se detenía como se detenía el zumbido de una mosca aplastada.

—¿Quién anda ahí? —llegó una voz firme de hombre desde la primera planta.

La sorpresa lo dejó en silencio unos segundos. Estuvo a punto de responder con otro grito furioso, pero había reconocido la voz de Eduardo. Su castigo sería ejemplar, se dijo, de modo que bajó pisando firme las escaleras y cuando vio a Eduardo y a otras dos criadas en la primera planta, mirándolo con espanto, simplemente les dirigió una mirada de muerte antes de salir de la casona.

No reconocer, se dijo satisfecho, ese es mi castigo: ni siquiera son dignos de mi reconocimiento, ni siquiera de mi ira. Los imaginó discutiendo entre los tres, intentando definir quién era el culpable. Estarían todo el día así, esperando verlo para ofrecer las disculpas que se negaría a aceptar. Para él, en todo caso, lo del desayuno ya estaba olvidado después de que Eduardo tuviera la osadía de preguntar quién andaba ahí, como si no supiera que en la segunda planta tenía su habitación el patrón.

Encendió el primer cigarrillo de la mañana sin sospechar que sería el último que fumaría en su vida. Se apretó el grueso cinturón de cuero y se dirigió a paso firme hacia la caballeriza, como el asesino que regresa al lugar del crimen, aunque esto no lo pensó Juan de Dios Elizalde. Solo quería ver al semental, mirarlo a los ojos antes de salir a domarlo.

Gustavo acariciaba a una yegua mientras le daba el heno. Siempre le pareció que ese hombre mimaba demasiado a las bestias, pero no podía dejar de reconocer que las tenía en forma. El hombre sabía de caballos, aunque no fuera capaz de someter al semental recién llegado.

—A ver si acariciando al semental lo vas a terminar domando —se rio Juan de Dios.

Gustavo dio un respingo. No lo había visto venir.

—A ver, hombre, ¿dónde tienes a la bestia?

Gustavo lo observó unos segundos, indeciso. Luego preguntó: —Perdone, señor. ¿A usted quién lo manda?

Juan de Dios se quedó estupefacto. Luego soltó una risotada. Las vueltas del lenguaje de los campesinos siempre terminaban por hacerlo reír.

—¡Me manda el deber, Gustavo! —dijo, de buen ánimo—. Porque visto está que tú no eres capaz de ablandar a un caballo salvaje. Solo los indomables somos capaces de domar. Vamos, ¿dónde lo tienes?

Gustavo no se rio ni un poco. Ni siquiera por temor. Ni siquiera por respeto. Juan de Dios Elizalde comenzó a preocuparse de tener mal aspecto, de parecer enfermo, pero se había visto en el espejo apenas unos minutos atrás y no se lo

había parecido. Seguramente el mal rato por el asunto del desayuno le había dejado alguna huella.

—Estoy bien —dijo, como si Gustavo se lo hubiera preguntado—. Tuve un disgusto, eso es todo. Vengo a ver al semental, quiero verle los ojos y mostrarle quién manda aquí.

Gustavo aún no decía palabra. Juan de Dios Elizalde terminó por exasperarse.

—¡Dónde lo tienes, imbécil!

El hombre indicó con el dedo al fondo de la caballeriza, donde un ejemplar robusto relinchaba inquieto. Juan de Dios caminó por el pasillo, aprovechando de dar una mirada al resto de los caballos. Al final, el semental fibroso, negro y brillante, tan grande como era posible imaginar a un caballo, con las orejas puntiagudas como los cachos de diablo y una cola tan soberbia que las moscas no se atrevían a acercarse a ella. Había pagado un dineral por él, pero seguramente menos de lo que en realidad valía. ¡Qué potrillos nacerían de ese animal!

Sin embargo, primero había que domarlo. Juan de Dios le buscó los ojos. Siempre le resultaba increíble ver lo grande que eran los ojos de los caballos. Y todavía más increíble que se dejaran domar por unos seres que no tenían ni un tercio de su fuerza, ni su porte, ni sus dientes. El caballo movió la cabeza, gigantesca, de lado a lado.

—Mírame, jetón —murmuró Juan de Dios. El caballo bufó y siguió moviéndose inquieto. No le prestaba la más mínima atención—. Mírame, carajo, mírame —

volvió a decir, preocupado de Gustavo que lo seguía observando desde el otro extremo del establo.

Como el caballo no lo miró en ningún momento, cargó contra Gustavo.

—¿Y tú qué mierda estás mirando?

—No me ha dicho quién lo manda —dijo el hombre, poniendo voz firme—. Acá solo entro yo.

Juan de Dios Elizalde sintió que la rabia se agolpaba en las sienes y estuvo a punto de dar un paso hacia el hombre, dispuesto a reventarlo a golpes. Pero entonces el caballo volvió a relinchar y sin pensarlo Juan de Dios Elizalde abrió la puerta, tomó las riendas del semental y jaló hacia afuera con toda su fuerza. El caballo, que hasta hace un segundo estaba desesperado por salir de su encierro, no se movió ni un centímetro.

—Si lo que pretende es robarse el caballo, le aconsejo que elija otro —se rio Gustavo.

El hombre caminó tranquilamente hasta Juan de Dios, le quitó con facilidad las riendas y volvió a cerrar la puerta.

—Ahora váyase, por favor. El patrón no está en el fundo y no tengo órdenes de recibir a nadie.

Juan de Dios Elizalde quiso dirigirle una mirada de odio, pero se había agotado por el esfuerzo. Por primera vez en su vida vio a Gustavo como lo que era: un hombre corpulento a quien no tenía ninguna oportunidad de vencer en un duelo mano a mano. Con todo, escupió en el suelo y logró decir, todavía agitado, que le daba quince minutos para tomar sus cosas y mandarse a cambiar con toda la prole.

Gustavo se cruzó de brazos.

—Yo solo recibo órdenes del patrón —espetó, y escupió al suelo, cayendo la saliva justo encima de la que él había lanzado recién.

Juan de Dios salió del establo y caminó raudo hasta la casona. Tomaría el rifle y a los diez minutos lanzaría el primer disparo al aire. A los quince, le apuntaría a Gustavo si no se había ido ya.

Se encontró, sin embargo, con tres hombres apostados en los escalones de la entrada, cargando sendos rifles. Eduardo era uno de ellos. No recordaba el nombre de los otros dos.

—Se me van ahora a ver que el imbécil del establo esté buscando sus cuatro pilchas para irse. Si sigue en el establo, un tiro al aire. Si no sale, a él.

Subió al trote las escaleras con intención de entrar a la casa, pero los tres hombres cerraron filas.

—¿Quién es usted y qué hacía en la habitación del patrón? —preguntó Eduardo.

Juan de Dios Elizalde no pudo soportarlo más. Se abalanzó sobre Eduardo y lo botó al suelo. Con una mano le sujetó el cuello y con la otra le dio un golpe en el rostro que hizo que saltara la sangre de la nariz.

—¡Me van a decir qué carajo pasa! ¡Me lo van a decir los hijos de puta!

En pocos segundos, los otros dos hombres lo redujeron y pronto fue él quien estuvo aplastado contra el suelo. Eduardo se había reincorporado y le dio una patada feroz en los testículos. Mientras sentía que se desvanecía del dolor, escuchó murmurar a uno de los hombres.

—No te pases, Eduardo, que puede ser invitado del patrón.

—Nos habría dicho algo —respondió el aludido—. Y en ningún caso le habría pasado su pieza.

—¿Qué hacemos?

—Al Lloradero, hasta que regrese don Juan de Dios.

—¿Y dónde está?

—No se sabe, debe haber salido bien de alba, porque cuando Gustavo entró en el establo ya no estaba el Fausto.

Eduardo se tocó la cara y la mano le quedó roja. Conteniendo la rabia, dibujó con su sangre dos rayas en la mejilla de Juan de Dios Elizalde. Se acercó al oído y le dijo: —Estai marcado, huevón.

El Lloradero era un invento de Salomón Elizalde, el abuelo de Juan de Dios. Aquel hombre era, como su hijo Octavio, capaz de escuchar a sus inquilinos y hasta de tener de vez en cuando algún gesto de agradecimiento por su trabajo, pero era inflexible respecto a las reglas que él mismo inventaba. No soportaba escuchar el llanto de los niños, propios o ajenos, y por eso había mandado a construir el Lloradero: una pequeña pero sólida celda hecha con barrotes de fierro y alejada de la casa patronal, donde era llevado quien no pudiera contener las lágrimas. Por ahí pasaron Octavio Elizalde y sus hermanas muchas veces, hasta que aprendieron a ser estoicos.

Cuando Octavio tenía quince años su padre mandó a que fuera encerrada allí su propia esposa, que no podía parar de llorar hace días por alguna razón que nunca se conoció pero que alimentó rumores durante varios lustros. El joven Octavio la sacó de allí de inmediato y juró que no volvería a pisar el fundo hasta que muriera su padre. Pasaron más de veinte años. Cuando finalmente llegó a sus oídos la noticia, los inquilinos y sus hermanas lo vieron regresar trayendo a un niño pequeño. Nunca explicó quién era la madre ni qué había hecho en todos esos años. Se puso al mando del fundo como si no hubiera ocurrido nada y repartió tierras y dinero entre sus hermanas, que estuvieron encantadas de poder dejar el frío del sur y comenzar una nueva vida en la capital. Solo su madre, ya anciana, se quedó en el fundo hasta su muerte, sin mencionar en todo lo que le quedó de vida al marido muerto.

El Lloradero nunca volvió a recibir lágrimas de niños, pero fue utilizado en contadas ocasiones como celda provisoria para cuatreros y bandidos. Al morir

don Octavio, sin embargo, Juan de Dios había comenzado otra vez a enviar a los niños tristes a ese lugar. El Lloradero lo recibía a él ahora, con dos marcas de sangre en el rostro y la rabia enredándose en las palabras.

—Se los juro, hijos de puta, se los juro —repetía apenas, pero no alcanzaba a explicar qué era lo que juraba.

—No va a salir de acá hasta que deje de llorar —le dijo el hombre que quedó a cargo de vigilarlo. Juan de Dios no recordaba su nombre. Casi nunca recordaba el nombre de los inquilinos.

—No estoy llorando, imbécil.

—Yo diría que sí.

—Te voy a cocinar los huevos y te voy a obligar a tragártelos.

—¿Como unas criadillas?

Juan de Dios sabía que esa no era una celda segura. Estaba construida para niños llorones, no para forajidos peligrosos. Si no hubiera vigilancia podría ingeniárselas para saltar por arriba, aunque fueran tres metros de altura: el Lloradero no tenía techo porque la lluvia obligaba al niño de turno a dejar de llorar más rápido para evitar mojarse. El hombre que lo vigilaba estaba armado. En algún momento tendrían que hacer cambio de guardia: entonces se afirmaría entre los barrotes y escalaría de alguna forma. Una vez afuera, tendría que

ingeniárselas para conseguir su pistola o al menos un cuchillo.

Un cuchillo, pensó el prisionero. Todos sus hombres andaban con un cuchillo en alguna parte, era impensable que salieran sin él. Algunos los tenían enfundados en el cinturón, otros dentro de las botas.

—Vamos a ver, hijo —Juan de Dios cambió el tono—. Vamos a ver. ¿Esto es una revuelta?

—Qué revuelta ni que nada.

—¿Entonces por qué apresan a su patrón?

El hombre soltó una carcajada.

—Ya se oía por el fundo que había llegado un loco diciendo que era el patrón. ¿Usted creerá que somos huevones?

Iba a responder que sí, que siempre había pensado que no eran más que un rebaño de imbéciles.

—Para nada. ¿Por qué piensas eso, muchacho? Si me voy aclarando, lo que pasa aquí es que tú no crees que yo sea Juan de Dios Elizalde, aunque hayamos estado ayer mismo discutiendo sobre la necesidad de vender al menos dos terneros.

—¿Y usted cómo sabe eso?

—Porque yo soy el patrón, aunque algo me haya pasado en la cara que no me reconoces. ¿Qué es? No me he afeitado, no he cambiado de ropas… —Usted no es el patrón —lo interrumpió el hombre, aunque parecía querer convencerse más bien a sí mismo.

—Pregúntame lo que quieras. Te lo voy a demostrar. Y no te preocupes, vamos a dejar el tema de los huevos en el olvido. Has sido algo insolente pero eres un buen trabajador, siempre lo has sido.

—Si quiere convencerme de que es el patrón, partió mal —se rio el hombre—. Nunca me ha dicho que soy un buen trabajador.

—Escucha, hijo —Juan de Dios recordaba a su padre llamando así a sus inquilinos—. No pasa nada. Pregúntame lo que quieras.

El hombre se rascó la cabeza. Parecía aburrido.

—Bueno, a ver. ¿Cómo se llamaba el padre de don Juan de Dios?

—Octavio.

—¿Y su abuelo?

—Salomón.

—¿Y su madre?

Juan de Dios se quedó en silencio.

—¿Esa no se la sabe, señor?

—Nunca lo supe —murmuró Juan de Dios.

El hombre lo miró. Algo en la voz del prisionero volvía a hacerlo dudar. Pero él conocía bien a su patrón.

—¿Y de qué murió su padre?

—Una neumonía, el 20 de junio del año pasado.

—¿Y cómo se llama este lugar?

—Las Nalcas.

—Todos saben cómo se llama el fundo, me refiero aquí donde está encerrado.

—Este es el Lloradero, lo ideó mi abuelo Salomón, a quien no tuve la fortuna de conocer. Aquí traían a los niños para que no le molestaran con su llanto.

—Bueno, y el caballo de su padre, ¿cómo se llamaba ese caballo?

—Caronte. Todavía vive. Se llama así en honor al barquero de la mitología griega que transporta a los muertos.

—Ah, eso no lo sabía —dijo el hombre, comenzando a olvidar que custodiaba a un preso.

—Sí, mi abuelo, don Salomón Elizalde del Águila, era un lector apasionado. Solía contar historias a sus inquilinos sobre la mitología griega y romana. También a mi padre, por supuesto. Por eso fue que lo enterramos con dos monedas sobre los ojos: decía que las monedas eran para pagarle al barquero y que quien no las llevaba no podía llegar a la morada final.

—Eso es verdad —murmuró asombrado el vigilante—. Yo mismo vi a don Octavio con esas monedas y pregunté por qué las tenía ahí, pero nadie me supo responder.

—Porque no me preguntaste a mí, pues. Yo sí sabía.

—¿Y cómo le iba a preguntar si no estuvo en el entierro? —preguntó con sorna el hombre.

—Sí estaba, porque yo soy el hijo de Octavio Elizalde.

—Supongamos que lo que usted dice es verdad y yo estoy loco. ¿Qué fue lo que dijo en ese entierro? ¿Con qué palabras despidió a su taita?

Juan de Dios Elizalde guardó un silencio largo. El hombre lo vio bajar la cabeza, las manos todavía aferradas a los barrotes.

—Nada. No dije nada.

El hombre terminó por sorprenderse. Lo miró detenidamente.

—Usted no es don Juan de Dios, pero sabe todo de él.

—Yo soy Juan de Dios.

—Le voy a hacer una última pregunta. Si me contesta bien, voy a buscar a Eduardo.

—Lo sé todo. No hay forma de que no lo sepa.

—¿Cómo me llamo yo?

Juan de Dios miró a ese hombre. Era joven, tendría treinta años a lo sumo. Sabía que era soltero y que trabajaba hace unos seis o siete años en el fundo. Pero no podía recordar su nombre.

—¿Cómo no voy a saberlo? —intentó ganar tiempo Juan de Dios.

—¿No se sabe mi nombre y dice ser el patrón?

—Te llamas Pedro —aventuró.

—Respuesta incorrecta. Me llamo José. Pero el patrón no se sabe mi nombre. Si usted fuera él, habría escupido al suelo y habría dicho que no tenía ni puta idea de cómo me llamaba.

Juan de Dios se sintió perdido. Comenzaban a caer algunas gotas. Si venía un temporal, tendrían que sacarlo de ahí tarde o temprano. Pero no podía esperar.

—Tienes razón, muchacho. No soy el patrón.

—¿Y entonces quién es y qué hace aquí?

Juan de Dios suspiró.

—A tu patrón lo agarramos anoche. Somos bandidos, ¿entiendes? Vine a exigir una suma de dinero para decirles dónde lo tenemos. Si no, lo matamos.

—No creo que pueda llevar el mensaje de vuelta —dijo el hombre—. ¿Dónde lo tienen?

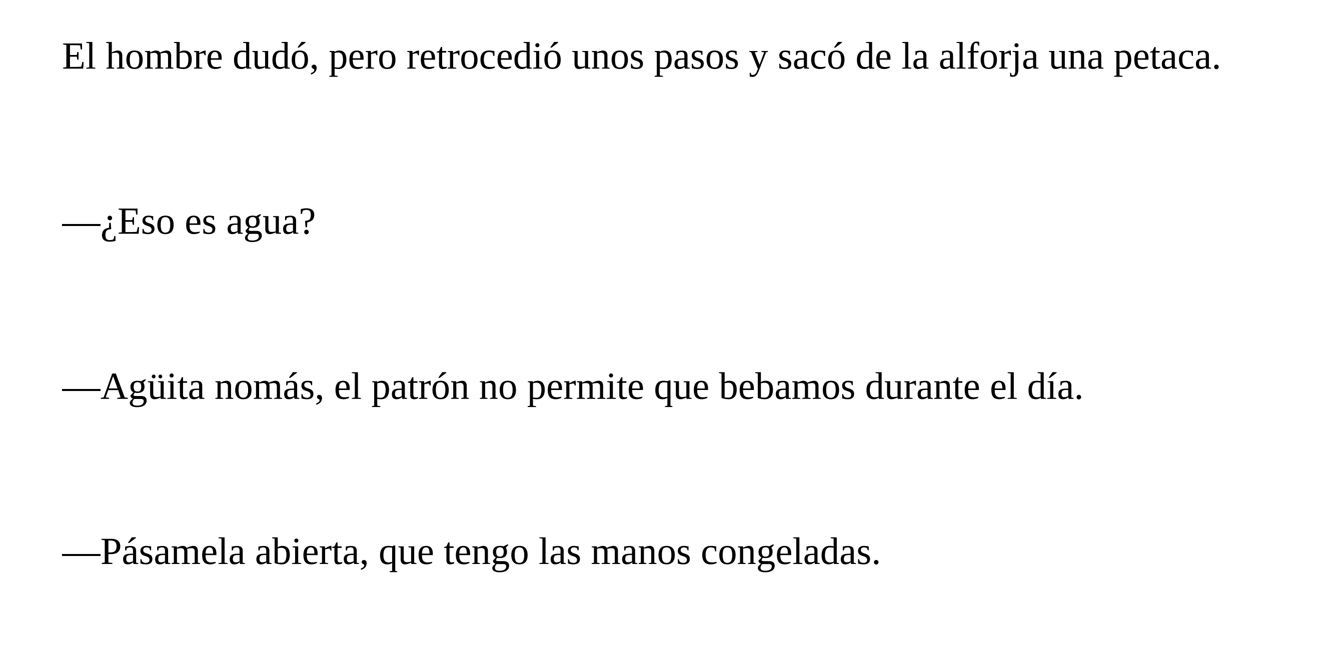
—Si no me sueltas no te lo voy a decir.

—Entonces aquí se queda. No puede estar muy lejos. Lo vamos a salir a buscar y lo vamos a encontrar.

—Mira, ya me olvidé de la plata. Ahora solo quiero salvar el pellejo. Me da igual lo que les hagan a los otros. Ni siquiera los conozco, me contrataron para este trabajo. Si te digo dónde está, ¿me sueltas?

—Usted me dice dónde está y yo decido después qué hago.

—Bien. Pero dame agua. Me muero de sed.



El hombre dudó, pero retrocedió unos pasos y sacó de la alforja una petaca.

—¿Eso es agua?

—Agüita nomás, el patrón no permite que bebamos durante el día.

—Pásamela abierta, que tengo las manos congeladas.

Sin dejar de mirarlo, el hombre se acercó a los barrotes y se dispuso a abrir la petaca con la mano derecha, mientras la sostenía con la izquierda. Entonces Juan de Dios sacó velozmente ambas manos por entre los barrotes del Lloradero y alcanzó el cuello lampiño de José.

Juan de Dios Elizalde corría por el bosque de alerces como perseguido por un batallón de moscas. Sabía que tenía algunos minutos de ventaja: podía ser que aún nadie se hubiera dado cuenta de que el Lloradero no estaba vigilado, y que en vez de un prisionero estaba encerrado un inquilino medio muerto. El rifle habría significado demasiado peso, de modo que se contentó con quitarle la petaca y el cuchillo de la bota. Todo se solucionaría cuando llegara a la casa de don Aliro y le explicara lo que estaba sucediendo: una rebelión en su propio fundo. Sabía que don Aliro no le tenía en alta estima, pero era su futuro suegro y él seguía siendo el único hijo de don Octavio. El baqueano tenía rifles por montón, podría armar a unos cuantos hombres y ayudarlo a recuperar el fundo. En un par de horas, si avanzaba a buen tranco, llegaría a la casa de don Aliro y explicaría el asunto. Entre tanto, la tormenta seguía anunciándose sin decidirse a explotar. A lo lejos oía algunos gritos, disparos al aire. Estarían buscando a los bandidos, se dijo, felicitándose de no haber terminado de matar a José. Le bastó ahogarlo para quitarle las llaves y el cuchillo. Las marcas en el cuello se irían en

algunos días, pero el miedo al patrón no lo dejaría en toda la vida.

Ya no oía voces. No era a él a quien buscaban, sino al patrón, supuestamente apresado. Por un segundo Juan de Dios se confundió pensando que efectivamente él era un forajido y existía otro patrón, otro Juan de Dios, a quien sus fieles hombres buscaban para liberarlo. Apartó estos pensamientos sin dejar de correr. Se sentía fatigado.

Donde acababa el bosque se abría el campo. Juan de Dios permaneció unos segundos allí, inseguro de salir de entre aquellos árboles que lo habían cobijado. A lo lejos se veía la casa de don Aliro. ¿Y si sus hombres andaban por ahí, buscando al patrón o al forajido? Esperaría la tormenta. Caería tarde o temprano, y entonces él podría correr a campo traviesa hasta llegar a la casa del baqueano sin que nadie pudiera distinguir a quién pertenecía la sombra que atravesaba la lluvia. Esperó en el bosque, agazapado, conteniendo la respiración. Pasó una hora y el temporal no se decidía a estallar. Meditaba sobre la posibilidad de arriesgarse, cuando desde su escondite alcanzó a ver que una de las hijas de don Aliro sacaba al rebaño, acompañada del pastor alemán. La distancia no le permitía distinguir si se trataba de Elena o Amanda, pero al caso era lo mismo. Esperó largos minutos: tendría que pasar por allí si quería llevar a las ovejas hacia los pastizales. La muchacha se demoraba contándolas una por una.

—Apúrate, mierda —murmuró Juan de Dios.

Finalmente las ovejas se pusieron en marcha, empujadas por el tierno bastoncito de la mujer. El perro esperó que todas cruzaran la reja y luego se puso al frente. Las ovejas lo siguieron. El mar de lana se movía acompasado, mientras la muchacha echaba miradas hacia el cielo que seguía cubriéndose de negro.

Las ovejas pasaron frente a los ojos de Juan de Dios Elizalde como en un sueño

o la búsqueda de un sueño. Podría haberlas tocado si estiraba la mano, pero permaneció escondido bajo unos arbustos como el puma que espera a la presa fácil. Cerrando el desfile blanco venía la mujer. Era Elena.

—¡Elena! —susurró Juan de Dios.

La joven miró hacia todos lados, hasta que al fin sus ojos cayeron sobre los ojos claros del hombre agazapado.

—¿Joel? —preguntó ella, intentando reconocer el rostro de quien le hablaba—. ¿Eres tú? ¿Qué haces ahí? No puedo verte ahora, tengo que apurarme con el rebaño.

Juan de Dios se sorprendió. Nunca había visto a Joel, pero sabía quién era. Había escuchado un tímido rumor sobre su relación con Elena, pero nunca le prestó atención. No creía que alguien fuera capaz de desafiarlo de esa forma. Ahora, la sospecha se hizo carne y trajo la rabia, y la rabia le hizo olvidar la razón por la que estaba escondido atrás de unos arbustos.

—Elena —repitió—. Ven, aquí nadie nos va a ver.

—¿Estás loco? ¿Y qué hago con el rebaño? Alguien va a salir a buscarlo y nos van a pillar.

—Ven, amor —arriesgó Juan de Dios.

—No puedo —repitió ella. Luego pareció encontrar una solución—. Mejor veámonos en el pozo. Hoy día va a haber tormenta y la gente se está guardando.

—¿Y el futre?

—No lo llames así. Andará en Las Nalcas.

Elena siguió caminando como si la conversación nunca hubiera existido. Juan de Dios Elizalde esperó agazapado. Desde su escondrijo alcanzaba a ver cómo los últimos trozos de cielo se cubrían finalmente por las nubes.

Elena lo aguardaba junto al pozo. La lluvia había empezado a caer con fineza, sin atreverse a explotar. Las ovejas pastaban tranquilas, ajenas o acostumbradas al agua. Juan de Dios Elizalde llegó hasta ella por la espalda. Elena dio un grito.

—¿Quién es usted?

Aunque Juan de Dios se había preparado para esa pregunta, no pudo evitar que en el rostro se le formara una mueca de sorpresa. Elena lo miraba fijo. Le pareció que mostraba una determinación que él nunca había conocido.

—Me envía Joel —dijo al fin, recuperando el plan.

Elena se tranquilizó.

—¿Es un amigo, entonces?

—Joel pide que lo disculpe. Surgió un asunto urgente. Dice que se verán a la noche donde siempre.

Elena asintió con la cabeza.

—Espero que usted sea una persona de confianza.

—Puede estar segura.

—Nunca lo había visto por aquí.

—Vengo de lejos. Conocí a Joel hace tiempo. Casualmente vine a verlo y me pidió que me encontrara con usted en el pozo.

—Aquí me tiene. Gracias por darme el mensaje. Creo que me voy a volver, porque la tormenta ya tiene ganas de mandarse. Algo alcanzaron a pastar las ovejitas.

—Hay una cosa más, señorita —carraspeó Juan de Dios.

—Dígame.

—Es un asunto delicado. No piense mal de mí.

—Pregunte nomás, con confianza.

Juan de Dios simuló que le costaba mucho hacer la pregunta. O tal vez no simulaba.

—Joel quiere saber si no ha quedado embarazada.

La muchacha se ruborizó. Juan de Dios esperó la respuesta apretando el cuchillo bajo el poncho.

—No lo sé —dijo Elena en un suspiro.

El temporal finalmente se había desatado. Juan de Dios cruzó los bosques sin plan ni destino, completamente empapado, hasta que se hizo de noche. No sabía exactamente dónde estaba, pero esperaba haberse alejado de la casa de don Aliro. Tendría que regresar primero a Las Nalcas para evitar las sospechas, pero solo podía regresar armado y acompañado de otros hombres. Nadie lo había visto, de eso estaba seguro.

Después de perderse por campos y bosques, tal vez dando vueltas en círculos, encontró un sendero ancho y desamparado por el que caminó a paso firme. Intuía

que avanzaba hacia la cordillera. Pronto aparecería algún pueblo, un caserío. Entonces podría contratar hombres prometiendo un pago a futuro. Se armarían de pies a cabeza. De alguna forma iba a recuperar el fundo. Las ideas se le cruzaban sin sentido por la mente, mientras la lluvia terminaba de limpiar el rastro de la sangre en la manga de la camisa.

Iba a morir de frío, pensó de pronto. Se iba a agarrar una neumonía como su padre. Pero no moriría en su fundo, acompañado por sus hombres, ni con dos monedas sobre los ojos para pagarle al barquero. Moriría solo, perdido en un desierto verde y oscuro: un desierto de barro.

De pronto distinguió una silueta que caminaba hacia él. Juan de Dios salió del camino y esperó que la sombra pasara. Un hombre empapado como él maldecía entre dientes, como un fantasma en la penumbra. Juan de Dios podría haberlo detenido, pedirle ayuda, pero no lo hizo. Aunque no se lo admitiría jamás a él mismo, su silencio tenía mucho más que ver con las historias del diablo que contaban los inquilinos que con el temor de que fuera uno de sus hombres.

Esperó varios minutos hasta que estuvo seguro de que el hombre no lo había visto y no regresaría. Juan de Dios Elizalde siguió caminando con la inercia de los que no tienen nada más que perder. Cada cierto tiempo escuchaba el graznido de un pájaro perdido y se quedaba detenido unos segundos. Luego regresaba el silencio, que en realidad era una mezcla del ruido de la lluvia con el latir aterrado de su propio corazón.

El frío se hizo más intenso y la lluvia no dejó de caer en ningún momento. De pronto, distinguió en la oscuridad un bulto y se detuvo, petrificado. Era demasiado grande para ser un hombre o un animal. Dio un par de pasos. La sombra no se movió. Solo cuando terminó de acercarse comprendió que se trataba de un automóvil. Había visto algunos, pero ninguno como este. Juan de Dios lo observó pasmado. Pese al barro y la oscuridad, pudo notar que era la máquina más increíble que había visto en su vida.

Echó una mirada rápida por las ventanas, y cuando estuvo seguro de que no había nadie dentro abrió una puerta y se refugió. Seguía aterido, pero al menos podría capear la lluvia hasta que amainara. Entonces pensaría qué hacer. Se cobijó en el asiento del copiloto y cerró los ojos. Por su mente galopó la imagen de la Negra, pero la apartó como quien aparta a una mosca. Luego José ahogándose entre sus manos. Y finalmente Elena.

Tuvo los sueños más horribles que puede tener un ser humano, hasta que despertó, horas después, con unos golpecitos en la ventana. Al abrir los ojos, vio a dos oficiales con un uniforme inusual. Juan de Dios Elizalde salió del auto. Había amanecido.

—Buenos días, oficiales —saludó con toda la cortesía de la que fue capaz—. Tengo que solicitar su ayuda.

Los hombres se miraron con incredulidad.

—Este auto fue robado en la capital ayer por la tarde. ¿Qué hace usted con él?

Juan de Dios sonrió.

—No sé qué hace aquí esta máquina, pero debo explicarles que no fui yo quien la robó. Vengo escapando del fundo Las Nalcas, soy el patrón. Mis inquilinos organizaron una rebelión y me echaron de mis propias tierras. Con quince de sus compañeros podremos recuperarlo.

Los dos hombres guardaron silencio.

—Pagaré generosamente —agregó Juan de Dios.

—¿El fundo Las Nalcas? —preguntó uno de los oficiales—. Mi padre trabajó ahí unos años, cuando era joven.

—¡Ah, ya ve! —respiró aliviado Juan de Dios—. Ese fundo. Mi fundo. Solicito su ayuda.

—No le salió muy buena la historia, amigo. Ese fundo está abandonado hace muchos años. En ese lugar solo pena el diablo desde que asesinaron al último patrón.

—¿Qué? —preguntó Juan de Dios sin poder contenerse.

—Sí, lo mató un campesino. Un lío de faldas. Pero hace un montón de años.

—Vamos —dijo el otro oficial, que parecía aburrido—. Andando con este que se va a largar de nuevo la lluvia.

Juan de Dios Elizalde descubrió, varios metros más allá, un automóvil verde y blanco, mucho más grande que aquel en el que había dormido. Lo coronaba una

luz rojiza. Dentro había otros dos oficiales.

—¡Pero si yo soy el patrón! ¡Yo soy Juan de Dios Elizalde!

Los oficiales se rieron y lo tomaron de los brazos.

—Putas la chiva mala, amigo.

—¡Yo soy Juan de Dios Elizalde! —insistió—. ¿Dónde me llevan?

—Vamos a buscar refuerzos para que recupere el fundo.

—¡Usted no me cree! ¡Yo soy Juan de Dios Elizalde! ¡Soy el dueño de Las Nalcas! ¡Yo soy Juan de Dios Elizalde, carajo!

El oficial lo miró como se mira a una mosca irritante. Porque no sabía que las palabras podían ser cuchillos, pronunció las siguientes con cierta liviandad, como explicando un hecho conocido a un niño o a un orate. No sabía, pues, que dictaba sentencia, que solo al pronunciar esas palabras se estaba haciendo realidad su enunciado, que ellas enterraban a un hombre en lo más profundo de la oscuridad del alma.

—Juan de Dios Elizalde está muerto.

El duelo

Oye, Cholo. Afuera hay uno que pregunta por ti.

El Cholo escuchó las palabras del tabernero sin sorpresa. Llevaba quince años esperándolas. No las deseaba, pero sabía que alguien las traería tarde o temprano. ¿La Negra? ¿Un niño? ¿Alguno de los pescadores? Resultó ser el tabernero.

Todo el resto del pueblo se encontraba a esas horas en el responso del viejo Florencio. Quizá ya caminaban hacia el cementerio con las caras tristes, porque decía la Negra que ese día sí que lo enterraban al viejo. Nadie lo estaría echando de menos: sabían que el Cholo no iba a responsos ni ponía un pie en el cementerio. Esa mañana la Negra le había insistido por primera vez: don Florencio fue bueno con él, le había enseñado el arte de la pesca, correspondía ir al menos a saludar a la viuda. El Cholo le había mirado espantado.

—No va a venir la muerte a este entierro —aseguró la Negra después de echar una mirada hacia el cielo gris.

Al final la Negra había tenido razón. La muerte no había ido al funeral de don Florencio porque acababa de aparecerse afuera de la taberna y había enviado un mensaje a través de Julián, el tabernero. Julián no cerraba jamás si tenía un cliente, por lo que era el único hombre, aparte del Cholo, que no se aparecía en los entierros.

El Cholo se pasó la mano por la barbilla. Se había afeitado esa misma mañana,

como cada vez que iba a haber un entierro, pero había sido distinto: le pareció que, esta vez sí, iba a llegar la muerte a buscarlo. Escuchó alguna vez que cuando la muerte anda rondando las cosas se entienden de golpe, como si se despertara un nuevo y efímero sentido. Una última ironía de la vida. Un juego, al fin y al cabo. ¿Qué había sido su vida entera sino un largo juego con la muerte? Recordó las faenas en la nieve, las noches gélidas, la comida magra, una gallina en un corral, una cuchillada evitable, un arriero cayendo al suelo. Recordó los meses en la cárcel, el plan al que se unió Romero y una fuga imposible por la cordillera nevada. Y todo lo que vino después. Al final, la Negra, el mar, la posibilidad de ser un hombre nuevo.

Pero nunca lo fue realmente. Si fuera otro hombre, no habría nadie afuera preguntando por él.

Esperó todavía unos segundos, mirando el fondo del vaso vacío, circundado por un círculo morado. Apenas alcanzó a tomar la primera caña. Solo una, a la salud de la muerte.

Se preguntó si quien lo buscaba habría sentido también el merodear cansino de la muerte alrededor suyo. Se preguntó si la muerte podría ser una espectadora sin bando, que avisa a todos por justicia y no por presagio. Se preguntó si la justicia y la muerte tenían algo que ver.

—Voy.

El Cholo se levantó y volvió a ponerse el poncho.

—¿No vuelve, entonces?

La pregunta del tabernero lo sorprendió. Luego observó que estaba apuntando la botella aún sin pagar.

—No sé —respondió pasándole unas monedas.

—¿Qué hago con la botella?

Iba a responderle que se la bebiera, como haría cualquiera que sabe que no va a volver, pero en vez de eso se encogió de hombros. Vislumbró en ese gesto involuntario una señal de la muerte: estaba ahí, pero no sabía aún a quién debía llevarse. Que decidan los humanos.

Afuera lo recibió la brisa marina y una lluvia tan fina que era casi como si no existiera. Entre él y el mar, un hombre corpulento hacía girar un cigarrillo apagado entre los dedos de la mano derecha, la izquierda guardada bajo el poncho. La barba tupida no alcanzaba a ocultar las cicatrices del rostro.

Se mantuvieron un rato en silencio.

—¿Cómo va a ser? —preguntó finalmente el Cholo, con las manos en los bolsillos.

—Acá no. Lejos.

—Ya ha andado mucho, Romero.

—Por eso no me importa andar un poco más. No quiero enredos.

—Está todo el pueblo en el cementerio.

—El tabernero ya me vio. Vamos lejos y un tiro cada uno. Es justo.

El Cholo asintió con la cabeza.

—Al otro lado de las rocas tiene que ser —dijo, después de pensar un poco—. Allá no vive nadie.

—Así entonces.

—Voy a buscarla.

—¿No la trae encima?

—No.

—No me esperaba entonces.

El Cholo no contestó. Sería inútil explicarle a Romero que sí lo esperaba, que lo esperaba desde el mismo día en que robaron los caballos, aquella mañana gélida donde tuvo que decidir entre su libertad o la de Romero. El Cholo estaba seguro de que si la pistola la hubiese tenido Romero habría hecho lo mismo que él: salvar el pellejo.

—Si no hubiese sido por mí, no se habría fugado jamás —dijo el Cholo—. Me debe la vida.

—La pistola era una, pero nos pertenecía a los dos. Lo que hizo fue una canallada y es culpable de todo esto —respondió Romero apuntándose con el cigarrillo su propio rostro demacrado.

Y aunque no lo dijeron, los dos pensaron en ese momento que, de no haber sido por el otro, jamás habrían sobrevivido a la nieve.

—Voy a buscarla —dijo otra vez el Cholo, y entonces se dio vuelta y comenzó a caminar lentamente hacia el caserío, de espaldas al mar y a Romero.

¿Qué le impedía a ese hombre perdido dispararle ahí mismo? No era la presencia del tabernero, que seguro estaba mirando la escena. Era otra cosa. El Cholo lo sabía y Romero también, aunque ninguno hubiera sido capaz de explicarlo con palabras.

—Apúrese —le oyó decir, y estuvo seguro de que ahora sí se había llevado el cigarrillo a la boca.

Media hora más tarde caminaban por la arena de la playa, uno al lado del otro. Ambos llevaban los mismos ponchos que les habían salvado de morir congelados quince años atrás. Definitivamente, no eran hombres nuevos. ¿Podía un hombre llegar a serlo?

—Si me toca a mí, me tira al mar y le lleva el poncho a la Negra —dijo el Cholo después de un rato—. Pregunte por ella en cualquier parte. Le van a decir dónde vive.

—Lo dejo afuera de la taberna y no le pregunto nada a nadie.

—Pero no va a entender. Alguien tiene que avisarle.

—Ese no es problema mío. Le cumplo con el poncho.

El Cholo no insistió. Romero era un hombre de palabra, pero su palabra era escueta. Además, seguro que la Negra iba a entender. Probablemente a esa altura ya lo había entendido todo.

—Si soy yo, me tira con poncho y todo —dijo Romero.

—¿Nadie lo va a echar de menos?

Romero no contestó. Los pies se hundían en la arena y el camino se hacía lento. Después de la lluvia había salido el sol entre las nubes, que ahora comenzaba a acercarse cada vez más al mar.

De pronto se encontraron ante una disyuntiva. Podían seguir por arriba de las rocas, escalando un poco, o bien irse por la orilla: un pasadizo de buena anchura se abría camino entre la inmensa pared rocosa y el mar.

—A veces hay parejas —comentó el Cholo apuntando hacia arriba.

—¿No estaba todo el mundo en el cementerio?

—Sí, bueno. Vamos por arriba entonces.

—No, por abajo —dijo Romero.

El Cholo se encogió de hombros. Se dio cuenta de que era segunda vez que lo hacía.

Continuaron caminando por la arena. La pared rocosa impedía ver ya la caleta, como un muro que les separaba del resto de los destinos humanos. El Cholo encontró una pluma de gaviota y siguió el camino haciéndola raspar contra la roca.

—Deje de hacer eso.

—¿Por qué?

—Me molesta.

—En una hora me pega el tiro, Romero.

—¿Una hora? ¿Cuándo llegamos al otro lado?

—Eso demora el camino. Si quiere lo hacemos acá. O si prefiere volvemos y vamos por arriba, aunque nos vamos a demorar lo mismo.

—No, ya dije.

Apenas se oía otra cosa que el monótono ir y venir del mar. A lo lejos se dibujó un barco y ambos, sin ponerse de acuerdo, se detuvieron a mirarlo. Las gaviotas cruzaban frente a ellos en su vuelo hacia quién sabe dónde. Cuando los recuerdos amenazaban con convertir el mar en nieve y el barco en un caballo ajeno, el Cholo sintió que se le mojaban los pies. No había visto venir la marea.

—Vamos a tener que ir más rápido —comentó, porque sabía que Romero no lo diría.

—Usted adelante.

—Como quiera.

¿Qué le impedía a Romero dispararle por la espalda y echarlo al mar, con poncho y todo?

La marea seguía subiendo y el sol estaba a punto de desaparecer bajo la línea del horizonte. Las nubes regresaban juntas, negras, uniformes.

—Más rápido, Cholo, que ya tengo los pies empapados.

La pared de roca se extendía más allá de lo que permitían ver los ojos. El Cholo avanzaba lo más rápido que podía, pero se resistía a echarse a correr. Notaba la respiración agitada de Romero atrás suyo y saboreaba una especie de placer, una última victoria. Quizá los nervios le impidieran acertar el tiro.

Veinte minutos después las olas ya comenzaban a mojarles las rodillas. Intentaron sujetarse a la roca para no resbalar, pero era plana y húmeda. No había ninguna posibilidad de escalarla y lo sabían. Ni siquiera ayudándose uno al otro, como en esa otra pared rocosa y cubierta de nieve que se tiñó de rojo al saltarla ellos.

Ahora era el mar quien los teñía a ellos. El mar y las primeras sombras de la noche.

El primero en caerse fue el Cholo. Poco después, Romero. Las olas empezaban a reventar con fuerza, ya a la altura de la cintura. Al recogerse el mar, tenían algunos segundos para correr por la arena húmeda. Luego esperaban la siguiente oleada abriendo las piernas para mantener el equilibrio. El ruido del mar se hacía cada vez más fuerte y luego explotaba contra ellos.

—¡Cuánto falta, Cholo!

—¡Y yo qué sé! ¡Nunca me había metido por aquí a esta hora!

Una ola los cubrió por completo y Romero perdió totalmente el equilibrio. El Cholo alcanzó a tomarle el brazo e impidió que se lo tragara el mar. Cuando se recogió la marea, corrieron como diablos hasta que notaron que se preparaba la siguiente marejada.

Sin ponerse de acuerdo, se tomaron de las manos para resistir, pegados a la roca. Alcanzaron a mirarse a los ojos y tal vez recordaron la visión horrenda de un aluvión blanco antes de que el agua les explotara en la cara y se revolcaran juntos. Pero no se soltaron las manos.

Romero se puso de pie primero y levantó al Cholo.

Ya no existía pasadizo de arena por más que algunos segundos entre marejada y marejada. La oscuridad impedía ver el final, que de todas formas se presentía lejano y hasta inexistente. Entonces los hombres se quitaron los ponchos empapados y los dejaron caer al mar. Como una materialización doble del cuero, aquel ser diabólico del que tanto se oía hablar en los lagos y las costas, los dos ponchos se estiraron y navegaron lentamente, casi ajenos a las olas furiosas,

como sospechando que aún tenían a dos almas fatales bajo su enredo de lanas. Romero y el Cholo los observaron durante un segundo largo y luego se lanzaron a correr. No había tiempo para ceremonias. El mar iba y venía, pero no traía ya a los ponchos, que comenzaban a hundirse y a desaparecer para siempre.

Cada vez que el mar los golpeaba, se afirmaban uno al otro con los brazos, haciendo de cadena, esperando el reventón. A lo mejor el mar es como la muerte, pensaba el Cholo, que primero avisa y luego grita.

—¡Cholo! ¡No puedo más! —gritó Romero.

—¡Falta poco!

—¡Espéreme, un segundo! ¡No tengo de qué afirmarme!

El Cholo aguantó dos, tres marejadas sin correr, afirmando a Romero, llenándose la boca de agua y de sal. A la cuarta dio un grito y recuperaron el tranco a ciegas entre el mar, la noche y la muerte. El Cholo se preguntó si, aun llegando al otro lado, aguantarían el frío. Se preguntó si la pólvora serviría todavía. El cinturón estaba empapado, pero quizá dentro de la funda la pistola no se había terminado de estropear. Atrás suyo, Romero lanzaba gritos ahogados, fatigados, moribundos, pero ya no volvió a dejar de correr.

Los dos hombres escupían agua y sal por la boca, echados sobre la arena, bajo las primeras estrellas de la noche. La pared rocosa se fue abriendo hacia la playa y pronto el pasadizo se hizo lo suficientemente ancho como para correr sin ser alcanzados por la marea. Unos cientos de metros después el promontorio eterno de roca se hundió finalmente en la arena.

El Cholo, cinco años más joven y con varios kilos menos que Romero, fue el primero en reincorporarse. Metió la mano en la funda del cinturón. Romero lo observó desde el suelo con los ojos atónitos, sin dejar de toser. El Cholo sacó un encendedor e intentó prenderlo cinco, diez veces, hasta que surgió una llama azulina como un milagro.

Caminó hasta la última línea de playa, donde se erguía una hilera interminable de eucaliptos, enormes y quietos como una primera línea de gigantes delgados. Romero lo vio regresar trayendo un montón de palos y hojas secas. Lo observó mientras encendía la hoguera. No dejó de mirarlo cuando se ponía cerca de la lumbre. Le pareció que era el mismo hombre de siempre, y que él también lo era, y eso le animó a moverse al fin. Se quitó los zapatos y los acercó al fuego. Despedían humo y olor a cuero quemado. El Cholo se sacó el cinturón y también lo puso cerca del fuego. Después guardó el encendedor y sacó la pistola de la funda.

Romero lo observó largamente. ¿Qué le impedía al Cholo matarlo ahí mismo? No era la falta de pólvora. Romero lo sabía y el Cholo también, aunque habrían sido incapaces de explicarlo con palabras.

Sin ponerse de acuerdo, ambos dejaron sus pistolas cerca de la fogata, a distancia prudente.

Bajo las estrellas, las dos almas fatales intentaron calentar los cuerpos en silencio. Una ráfaga de viento helado les hizo recordar que habían perdido los ponchos.

—¿Cómo le aviso a su mujer ahora? —preguntó Romero.

El Cholo se encogió de hombros.

—Primero hay que ver si para mañana se seca la pólvora. Y si funcionan las pistolas.

Romero asintió.

—A mí me deja en la orilla nomás, para que me lleve el mar.

El Cholo se recostó en la arena, con la vista hacia el cielo. El fuego calentaba el lado izquierdo de su cuerpo y dejaba que el derecho se helara. A lo lejos, como el eco de la muerte, llegaba el sonido del oleaje del mar. Pensó en la Negra y de golpe supo que hasta ese momento no había visto el cielo estrellado ni había oído realmente al mar. Supo también que su cuerpo no había sentido el viento helado ni el calor del fuego, y que la arena de esa playa llevaba cientos de años así, inamovible, y que así seguiría cientos de años después de su muerte, que el mar sería siempre igual aunque él no lo pudiera ver, y que los destinos de los hombres no interesaban a las estrellas ni al viento ni al frío y tampoco al mar. Como los moribundos, lo entendió todo de golpe. Entendió, sobre todo, que había amado a la Negra con toda su alma y su silencio. Sintió que las palabras subían a su boca y descubrió que nunca las había dejado salir.

Giró la cabeza para ver a Romero, que tenía la vista clavada en la cruz del sur.

—¿Un tiro cada uno, entonces? —preguntó en un susurro.

Romero se quedó en silencio durante unos segundos, y ambos supieron que eso, que precisamente aquello era el silencio, y que ni siquiera en lo profundo de la cordillera nevada y solitaria lo habían podido oír.

—Un tiro cada uno.

Ahijada

Esta noche me toca esperar. Por eso he dejado tres leños en la salamandra y he tomado la madeja y los palillos, y así, con la manta envuelta sobre las piernas me he sentado al lado de la ventana y he dejado abiertas las cortinas, aunque poco sea lo que pueda ver hacia afuera. Porque si algo he aprendido en la vida es a esperar.

También he aprendido que la espera tiene muchas formas. Por ejemplo, puedo esperar sabiendo bien qué es lo que espero y a qué hora llegará: así aguardo el amanecer de cada día.

Hay otras cosas que espero y que sé que llegarán en algún momento, pero no exactamente cuándo. Si espero de esta forma todos los ruidos se convierten en avisos que me hacen dar pequeños sobresaltos, y cuando esos ruidos no resultan ser de lo que espero siento una profunda desilusión o un profundo alivio. Así esperaba mi luna, cuando todavía me venía. Así espero también cada mañana al Cholo, aunque cuando llegue finja que he estado durmiendo, pasando las horas en un mundo donde él no es mi hombre ni sale a pescar de madrugada.

Me he dado cuenta de que aquí, en la caleta, hay personas que esperan cartas o que la vecina Carmencita les avise que tienen una llamada. Yo nunca he recibido una carta ni una llamada, pero intento sentir dentro de mí lo que les pasa a mis vecinos cuando esa carta o ese aviso no llega, y no llega, y no llega, y deambulan por la playa mirando al horizonte como si las cartas las trajeran las olas o las gaviotas o las nubes.

Algunos días espero sin saber qué es lo que viene, pero sí la hora en que llegará.

Creo que esto no le pasa a todo el mundo, porque no todo el mundo tiene una madrina como la mía. Esta espera ciega puede ser dulce si pienso que espero una sorpresa, o amarga si le doy paso al miedo y me temo lo peor. Casi siempre depende del ánimo con que me haya levantado o de las señales que me haya enviado mi madrina. También espero, todos los días, las señales de mi madrina.

Por lo general espero sin saber qué espero ni si aquello vendrá algún día. Sospecho que a mis vecinos les pasa lo mismo, porque se les nota en lo profundo de los ojos, aunque estén sonrientes y me den los buenos días con amabilidad. Hay otros que no esconden esa espera incierta en los ojos, y diría que son los únicos realmente felices. Pero son pocos. Los demás y yo nos hemos acostumbrado a vivir en esa espera, y la recordamos a veces en tardes tranquilas, cuando nos reconocemos en un suspiro como eternos esperadores de algo que no sabemos qué es, pero que aguardamos con un anhelo tan grande que termina siendo lo que nos hace levantarnos todas las mañanas.

Olvidaba decir que a veces esperamos a los muertos. Esa debe ser la espera más común en mi tierra.

Yo espero de todas estas formas esta noche.

En la espera aparecen los recuerdos y mi espera es tan sincera y silenciosa que se me aparecen por montones. Por olvidar esta angustia intento hacerlo en orden, como si la vida tuviera realmente un orden. Esta ilusión me reconforta. Sin ella la vida sería mucho más difícil.

¿Qué recuerdo? Recuerdo una espera lejana, una casa crujiente, un fuego de ayer. Recuerdo los ruidos de los pájaros y del viento y de la lluvia. Me acuerdo de mí misma esperando algo que no sabía qué era ni cuándo llegaría, aguardando a los muertos que no sabía que eran muertos. En ese recuerdo estoy sola, sentada

sobre un suelo de madera, sin jugar ni hacer nada más que esperar en silencio, como ahora, medio siglo después.

Lo que llegó no era lo que esperaba: era una mujer que nunca había visto y que me abrazó llorando y me dijo que me iba a llevar a otro lugar. También me dijo que no me iba a dejar sola. La seguí, monté a una carreta y nunca volví a esa casa. Tampoco volví a ver a mi madre. No recuerdo su rostro y sé que está muerta, pero de todas formas la sigo esperando. Incluso esta noche la espero. O tal vez sea ella la que me está esperando a mí.

Esa mujer tenía olor a flores. Recuerdo que me explicó que mi madre se había ido al cielo y que ella se había enterado, y que por eso me llevaba. Dijo que íbamos a un lugar bonito y lleno de árboles, donde nunca me faltaría la comida. Dijo también que tendría que trabajar, pero que no sería pesado para mí, no al menos hasta que fuera mayor. Dijo que podría contar siempre con ella, que no tenía que temer. Nada de lo que dijo fue realmente una mentira, pero después ella murió y entonces sí tuve miedo. Para entonces yo ya era una mujer.

Ay, se me desordenan los recuerdos y no quiero ir tan rápido, porque si termino mi historia me enfrento a mi espera, a esta espera que parecer ser la última, la definitiva, y aunque me he preparado toda la vida para ella no sé cómo enfrentarla, y entre la espera y los recuerdos prefiero los segundos porque al menos los conozco y hasta los puedo modificar. Mas la espera no acepta cambios ni correcciones, no acepta el orden ni el desorden, la espera es como el mar calmo que no dice nada y que a la vez lo puede estar anunciando todo. En cambio los recuerdos son como la lluvia, que cae ordenadita de arriba hacia abajo, aunque a veces, cuando anda desatada, cuando hay demasiada agua cayendo como para ver las gotas, puede caer de lado y a veces hasta parece que en realidad está subiendo hacia el cielo negro.

Sin embargo, mis recuerdos no son demasiados: son solamente algunas gotas gruesas que han caído sobre el mismo charco. Yo soy el charco donde caen mis

recuerdos. Yo estoy hecha de recuerdos y estoy hecha de la espera. Soy un charco negro de lluvia negra, porque mi memoria es oscura y porque yo soy oscura. Tengo un nombre, pero ya no sé si lo inventé yo misma o si de verdad me llamaron así mis padres. Desde el día en que llegué a ese lugar bonito con la mujer desconocida he sido la Negra. Una vez un inquilino me dijo que no le gustaba que me llamaran así, que le parecía que se estaban riendo de mí porque era tan morena, que ese era un nombre de yegua y no de mujer. Él también era moreno, pero no tanto como yo. Le respondí que no recordaba mi nombre y que me parecía bien ser como una yegua, porque me hacía pensar que cualquier día podía pegar una patada y salir al galope y perderme entre los bosques o conocer al fin el mar. El hombre no entendió nada de lo que dije y desde entonces me llamó Rayén. Ahora recuerdo que fue él quien me bautizó así. En cualquier caso, solo él me decía así, cuando nos escondíamos entre los arrayanes y los peumos para hacer el amor, y él repetía Rayén, Rayén, nunca supe si para evitar decirme Negra o porque había amado a una mujer que sí se llamaba Rayén. Después se fue a trabajar a otro lugar y olvidé que tuve un nombre. También me olvidé de los hombres, porque ese me hizo sufrir cuando se fue y me juré que nunca más iba a sufrir por uno de ellos.

No cumplí esa promesa. Ahora en las mañanas sufro cuando el Cholo se demora, porque pienso que tal vez la mar, que tal vez la lluvia, que tal vez ese bote tan frágil entre las olas. Y sufro esta noche porque no lo he visto desde que partí con mis vecinos a despedir a don Florencio. Sufro porque no fui capaz de protegerlo, de quedarme con él en este día.

Sufro porque quise engañar a mi madrina.

Ella vino un día, de noche. Yo dormía sobre la paja, y aunque estaba cubierta con un poncho tiritaba de frío. Había llegado a ese lugar bonito pocos días atrás, o tal vez fueran meses. Ella vino y yo estaba soñando, pero entonces desperté y la vi. Estaba parada frente a mí, y aunque no podía verle la cara supe que estaba sonriendo con dulzura.

—¿Quién eres? —le pregunté sin miedo, con pura curiosidad.

Ella no respondió nada, porque no habla, pero sí hablaron los queltehues que empezaron a graznar. Hacían tanto ruido que pensé que los otros niños también se despertarían, pero no pasó nada. Luego mi madrina se fue y yo me volví a dormir.

Al día siguiente pregunté a los hijos de los inquilinos si habían oído a los queltehues. Hasta entonces casi no les había dicho una sola palabra. No me respondieron, porque todavía me tenían miedo, pero partieron a decirle a sus madres que yo había oído a los queltehues. Las madres me miraron a lo lejos y abrazaron a sus hijos.

Ese día murió la madre de la mujer que me había traído. Era una señora anciana, podía haber muerto en cualquier momento, pero a mí me lo habían anunciado los queltehues. Eso me dijo mamá Yanara, una señora chiquitita y arrugada que era puro corazón. Creo que en esos días yo ya era más alta que ella. Sabía de plantas y de yerbas y era la que cuidaba a los más viejos. También me cuidaba a mí. Por eso me dijo que si oía a los queltehues me tenía que quedar callada, porque esas señales eran solo para mí.

Le conté lo que había visto en la noche y me miró con sus ojos pequeñitos.

—La muerte se llevó a tu madre, pero ha decidido protegerte. Ella va a ser tu madrina.

—¿Cómo lo sabe?

—No lo sé yo, lo sabes tú.

—Yo no lo sé.

—Entonces lo sabrás.

Fui obediente y nunca volví a mencionar el ruido de los queltehues, aunque los volví a escuchar muchas veces. Una vez los oí en la mañana, pero no murió nadie. Lo que pasó fue que el hijo de la mujer que me había traído, un joven muy apuesto a quien llamábamos patroncito, tomó su caballo y se fue. No volvió hasta que mi madrina me anunció la muerte de su padre, el viejo don Salomón. Esa vez los queltehues cantaron de noche anunciando su muerte y semanas después cantaron de día avisándome que regresaba el patroncito, que desde entonces fue el patrón y se llamaba don Octavio. Don Octavio fue bueno conmigo y con todos los inquilinos, pero trajo la desgracia al anca: un niño que no se parecía en nada a él. Era el nuevo patroncito.

Cuando lo queltehues lo anunciaron, enterramos a don Octavio y el miserable de su hijo fue entonces el patrón. Mi vida fue durante mucho tiempo una continua sucesión de patrones: uno malo, otro bueno y otro peor. Este fue el último.

Cuando era niña el patrón era don Salomón y su mujer era la señora Francisca, que fue la que me llevó hasta el fundo Las Nalcas, donde tuve que acarrear agua, alimentar a los animales, sembrar y cosechar durante muchos años. No me parecía una mala vida, porque en realidad no recordaba que se podía vivir de otra forma. Solo mamá Yanara me decía a veces que algún día tendría que irme del fundo a encontrarme a mí misma, porque mi madrina era poderosa y si me quedaba traería la desgracia.

—¿Y si me voy?

—Entonces dependerá de ti.

Aunque no volví a mencionar a los queltehues ni a mi madrina, los demás niños me siguieron teniendo miedo mucho tiempo. Después crecí y fui una mujer hermosa. Nadie me lo dijo jamás, pero yo era capaz de mirarme a mí misma en el reflejo del agua y entenderlo. Mis caderas se ensancharon y me crecieron los senos, y mi piel brillaba tanto que hasta las flores se giraban para verme pasar. Para entonces ya no estaba entre nosotros mamá Yanara y la señora Francisca se iba haciendo vieja y no me cuidaba como antes, pero yo ya sabía cuidarme sola. O tal vez era mi madrina la que me protegía.

Los hombres querían acercarse a mí todo el tiempo, como si yo fuera una yegua en celo permanente y ellos los sementales que debían fecundarme, pero al final no se atrevían. Yo ya había tenido en la adolescencia mis encuentros amorosos con el hombre que me decía Rayén y no quería volver a tenerlos. A veces, en las noches, oía los pasos de alguno que quería llegar hasta mi lecho. Esas noches llegaba también mi madrina, y aunque ellos no la veían algo les decía que no podían ir más allá. Dormía tranquila y pese a que no era feliz tampoco quería irme del fundo porque me asustaba lo que podría encontrar afuera. Temía también que mi madrina no me quisiera proteger más allá de donde se acababa el fundo. Y tenía miedo de mí misma, porque las palabras de mamá Yanara me rondaban por la cabeza. Me lo dijo cuando se murió la Toyita, una yegua que yo quería mucho pero que una vez me botó en pleno galope. Nunca he sabido qué edad tengo, pero recuerdo que en ese entonces todavía no me llegaba la primera luna. Era una niña aún. Y por eso tuve un pensamiento infantil: mientras lloraba de dolor por la caída y veía mis codos llenos de sangre, deseé que la Toyita se muriera porque había sido mala.

Cuando en la noche cantaron los queltehues yo no sabía a quién se llevaría mi madrina al día siguiente. Lo descubrí en la mañana y lloré todo el día. Fue la única vez que don Salomón me envió al Lloradero, porque yo no lloraba nunca. Mamá Yanara me fue a ver al Lloradero y me habló tras los barrotes para que me calmara. Le conté lo que había pasado y ella arrugó la frente.

—Tienes que aprender a pedir —me dijo.

—Pero yo no sé qué quiero pedir —respondí.

—Seguro que sí lo sabes.

Recordé al patrón diciendo que me llevaran al Lloradero. Miré los barrotes, el suelo de tierra, mojado por la lluvia y las lágrimas de todos los niños. Vi a mamá Yanara y quise confundirla con mi propia madre, tal como la recordaba en el último día: enferma, yendo sola a encontrar a alguien para que la sanara, no regresando jamás.

—Lo que yo quiero es salir de este lugar —dije de pronto—. Lo que yo quiero es ver a mi mamá. Lo que yo quiero es que no se haya muerto la Toyita. Pero lo que más quiero, mamá Yanara, es ver algún día al patrón en el Lloradero.

Mamá Yanara me acarició la mano tras los barrotes.

—Hubo un tiempo en que fuimos todos iguales, mi niña. Pero un día ellos no nos reconocieron más. Nosotros no entendimos qué pasaba y así perdimos la

tierra y la memoria. Sin embargo la tierra es sabia y algún día nos hará recordar. Algún día nos volveremos a reconocer como hermanos de esta tierra y olvidaremos a los que nos han hecho olvidar. Entonces sí seremos libres.

—Yo quiero que eso pase ahora.

—Primero tienes que aprender a pedir. Todavía eres muy pequeña.

—¿Y si me equivoco? —pregunté, pensando en lo que había pasado con la Toyita.

—Entonces pide aprender a pedir —me sonrió mamá Yanara.

Nunca volví a desear la muerte de nadie, ni animales ni hombres, porque eso le correspondía a mi madrina y porque yo no sabía pedir. Con el tiempo ella me fue dando señales más precisas sobre los que habrían de partir. Comenzó a darse vueltas por el fundo de día, con ese caminar sin pasos que siempre me extrañaba, y de pronto señalaba a un animal y a veces a una persona. Luego seguía en su deambular tranquilo, como si no le gustara su trabajo pero lo asumiera con mansedumbre.

Yo hablaba entonces con el capataz y recomendaba vender a ese animal. Al principio, por supuesto, no me hacían caso, pero con el tiempo venían a buscarme para que les dijera qué animal iba a morir. No decía nada de los hombres y las mujeres, pero todos sospechaban que también podía predecir sus muertes y en ello llevaban razón.

Cuando mamá Yanara ya no estaba, me iban a buscar también para que sanara a los enfermos. Yo sabía algo de yerbas, pero sobre todo sabía si había cura o si, en cambio, mi madrina ya lo había señalado y no había nada que hacer. No importaba lo que recetara, lo importante era dejar claro si a uno había que dejarlo descansar o si, por el contrario, no había que preocuparse demasiado. Pronto comenzaron a venir gentes de otros fundos a visitarme, pero sobre ellos no tenía información porque nunca salía de Las Nalcas, de modo que nunca veía a mi madrina en otros lugares.

Un día en que don Octavio salía de viaje con varios hombres para la compra de animales, descubrí a mi madrina sentada al anca de Caronte, su caballo, y sentí mucho frío, muchísimo, como en las peores heladas del invierno. Supe que el patrón iba a coger un frío grande y que no se iba a poder recuperar. Se lo dije a don Aliro, el hombre que siempre lo acompañaba en esos viajes, pero no me hizo caso. Los hombres regresaron algunas semanas después y don Octavio murió de neumonía. Don Aliro vino a pedirme perdón y me preguntó por su familia. En sus ojos intuí la desgracia pero no se lo quise decir, porque todavía no estaba segura de las señales de mi madrina.

Mi cuerpo se fue arrugando poco a poco. Dos hombres me pidieron con los ojos llorosos que por favor me casara con ellos, pero yo no los amaba. Con el tiempo nunca más tuve pretendientes, porque me iba haciendo mayor y los hombres ya no estaban seguros de si podría ser madre, y lo que esos hombres querían, mucho más que una mujer, era tener un hombrecito para enseñarle lo que ellos sabían y que los cuidara cuando fueran viejos.

Don Octavio murió, entonces, y su hijo fue el nuevo patrón. Todos los días esperaba ver a mi madrina señalándolo; parecía no tener apuro por llevarse a esa bosta humana. Los inquilinos lo respetaban porque era el patrón, pero nadie le tenía estima. No era como su padre. Pensaba que algún día se aburrirían de él y lo agarrarían a palos entre todos, aunque en el fondo sabía que eso no iba a ocurrir jamás. Esos hombres y mujeres, como yo, no sabían ni esperaban tener otra vida. Esta no era buena, pero al menos era una vida. Eso parecía ser

suficiente.

Una vez me dijeron que el nuevo patrón me estaba buscando.

Recuerdo que caminamos juntos hacia un lugar alejado donde nadie nos oyera, aunque yo no sabía qué quería de mí. Era la primera vez que me hablaba sin gritarme. Me dijo que sabía que yo era adivina. Yo no lo contradije porque me intrigaba saber adónde quería llegar.

—Mi padre me ofreció de esposo sin consultarme. Pero tengo que elegir entre dos hermanas. Quiero saber con cuál me irá mejor.

Yo lo había visto revolcarse con una de esas dos hermanas, de modo que no tenía nada que adivinar.

—Usted ya eligió, patrón.

Él se sorprendió. Interpretó mi respuesta como lo que quiso, pero todos en el fundo sabían las mismas cosas que yo.

—Puede ser, pero no he elegido esposa. Una esposa es otra cosa. ¿Entiendes lo que digo?

—Yo no adivino, patrón, solo a veces intuyo cosas, pero tengo que ver a las personas. Traiga a las hermanas acá y podré decirle algo.

El miserable las trajo al fundo y las paseó durante todo el día. Lo que vi me horrorizó. Entre la menor de ellas y mi patrón caminaba mi madrina. Lo entendí todo de inmediato, pero no sabía cómo podría decirlo sin ser castigada.

En la noche me indicó que nos juntáramos en el establo. Los caballos nos miraban sin sorpresa, acostumbrados como estaban a la gente.

—¿Y bien?

Yo me mantuve callada. Ni siquiera eligiendo las mejores palabras podría evitar su ira.

—¿No dices nada?

—No puedo, patrón.

—¿Por qué no puedes?

—No puedo decirle lo que vi.

Olía a vino. Su presencia me daba arcadas, pero intentaba mantenerme erguida.

—Sí puedes —dijo él—. Y me lo vas a decir. Seguro que detrás de esa boca tan bonita hay palabras para tu patrón.

Yo conocía el olor que estaba empezando a salir de él. Era el olor de los hombres que se acercaban a mi cama en las noches. Me tomó la mano y la llevó hasta el centro de su pantalón. Estaba duro como una roca. Lo miré a los ojos con tranquilidad, pero él estaba mucho más ebrio de lo que había notado al principio y era incapaz de fijarse en mis ojos.

—Yo soy el patrón y vas a hacer lo que te diga —dijo él.

Cerré los ojos y llamé a mi madrina. Pero ella ya estaba ahí, detrás de él. Por eso el miserable no la notaba.

De pronto se olvidó de lo que había venido a pedirme y metió sus manos por debajo de mis ropas. Mi madrina estaba detrás, se lo iba a llevar, confiaba. Le dejé hacer sin emitir ni un ruido. Me tocó en todas partes, como no había hecho ningún hombre conmigo desde hacía muchos años atrás. Quise gritar y escupir, pero no salían palabras de mi boca. Mi madrina parecía decirme que confiara, que confiara, que ya pasaría. Cerré los ojos y quise ser otra, quise ser otra cuando sentí que me subía la falda y arremetía contra mí, deseé con todas mis fuerzas que mi madrina se lo llevara o al menos me llevara a mí mientras sentía el ir y venir jadeante de ese hombre.

Entonces lo logré. Me convertí en otra. Por eso no recuerdo ninguna sensación. Puedo verme a mí misma en esa escena, como si estuviera fuera de ella, pero no soy yo la que está ahí. Mi madrina y yo vemos al cerdo encima de una pobre mujer, y queremos hacer algo para ayudarla pero no podemos hacer nada, porque pertenecemos a otro mundo, porque somos otras. Nos abrazamos y lloramos juntas por la suerte de esa mujer, hasta que al fin el hombre acaba y se sube su

pantalón y se ríe y le dice a ella que van a tener que repetirlo otra noche, que no se preocupe porque él no dirá nada y que ya va siendo hora de que le diga con qué hermana debe casarse.

Y ahora sí estoy frente a él, y mi madrina sigue atrás suyo. Y aunque había dejado de anunciar las muertes de los hombres la voz se me escapa.

—Mañana le toca a usted.

El patrón se quedó un momento en silencio, como si la borrachera se le hubiera espantado. Quería soltar una carcajada, pero era incapaz. Luego escupió al suelo y dijo que era mentira.

—Yo no te pregunté por mí, te pregunté por las hermanas.

—Olvídese de las hermanas. No se va a casar con ninguna porque mañana va a estar muerto.

Ahora sí se rio. Su carcajada fue estridente y los caballos bufaron.

—Lo que va a pasar mañana es que nos vamos a juntar de nuevo aquí, tú y yo, y si no me dices nada de las hermanas ya sabes qué cosa vamos a hacer. O tal vez la hagamos de todos modos. A ti te gusta y a mí no me desagrada.

Luego el patrón se fue y yo me quedé sola entre los caballos. Mi madrina se

quedó conmigo, y parecía querer abrazarme. Ya no podía: yo estaba de nuevo en el mundo de los vivos. Quería pedirle que cumpliera su palabra, que se lo llevara, pero entonces algo dentro de mí me obligó a recordar que había aprendido a pedir, y ese algo era una voz que podía ser la de mamá Yanara o de mi propia madre a quien no recordaba, o de las tantas mujeres de mi sangre desconocida, y me sentí mareada, como incapaz de contener tanta sangre y tanta historia dentro de mí, así que dejé que fueran esas voces las que pidieran algo que nunca supe exactamente qué era, pero que sabía con certeza que era justo y también sabía que mi madrina sí entendía. Ella no dijo nada, porque ella nunca dice nada. En cambio, desapareció para poder ir a pararse con toda su silente autoridad junto a la cama del patrón, mientras los queltehues gritaban en el cielo más fuerte que nunca.

Varias semanas después supe de la muerte de Juan de Dios Elizalde. Según se dijo, el que lo mató fue un campesino que estaba enamorado de la menor de las hermanas. Tuvo el descaro de presentarse en el velorio (para evitar las sospechas, supongo), pero se escapó en la madrugada como una rata. Lo salieron persiguiendo a caballo entre varios, mientras el patrón y uno de sus inquilinos intentaban alcanzar Las Nalcas para ponerse a salvo. El campesino le disparó desde el caballo y le voló la cabeza.

A mí no me interesaba la muerte de Juan de Dios Elizalde. Lo que me encogió el alma fue saber que él había matado a la menor de las hermanas, porque yo ya sabía que él la asesinaría: mi madrina se había puesto en medio de los dos en esa tarde lejana y me lo había advertido. Pero yo no pude advertirla a ella, porque de nada sirve ponerse en el camino de mi madrina. Y eso me pesa todos los días, porque ni siquiera hice el intento. Y quizá por eso, por eso mismo es que intenté engañarla hoy día, y por eso esta espera es tan terrible, porque no sé qué esperar. Y las horas pasan y ya es más de medianoche y sigo aquí, esperando al Cholo o esperando a mi madrina o esperando a todos los muertos de mi tierra.

Yo seguía en el establo, acurrucada sobre mí misma, cuando entendí que debía irme del fundo. Mi madrina me seguiría protegiendo. Podía haber otra vida allá

afuera. Entonces tomé una yegua y monté en ella, pero antes de salir me preocupé de soltar también a Fausto, el caballo del patrón, para que nunca más una criatura tan noble y hermosa tuviera que llevar encima tanta miseria. Fausto parecía haber estado esperando ese momento durante toda su vida, porque antes de que pudiera acariciarlo por última vez ya se había perdido entre los bosques con su galopar elegante. Lo miré alejarse y emprendí mi propio camino, en la dirección contraria. Por primera vez crucé las cercas más lejanas del fundo, y cuando traspasé ese umbral sentí que una parte de mí se quedaba allá, muerta, y otra parte, la más importante, la que tenía también mi corazón, nacía por primera vez. Cabalgué con la cordillera a mis espaldas: sabía que así podría llegar al mar.

Una hora después descubrí en la oscuridad de la noche a un hombre dormido sobre un caballo. El animal seguía un camino ya conocido y no le prestaba atención al bulto que traía encima. Pensé que el hombre estaría muerto. Cuando me acerqué hacia el extraño jinete reconocí a aquel caballo: era la Bruja, la yegua que don Aliro había perdido un año atrás, en el mismo viaje que enfermó para siempre a don Octavio.

Golpeé suavemente al hombre y se despertó. Lo primero que hizo al verme fue llevarse la mano al cinto donde tenía enfundada una pistola.

—¿De dónde vienes? —le pregunté sin temor, por pura curiosidad.

El hombre no respondió. Me miró atentamente y se fijó en que no estaba armada. Eso pareció tranquilizarlo.

—De lejos.

—¿Eres bueno o eres malo?

Pareció sobresaltarse con mi pregunta. Muchos meses después entendería lo difícil que era para él responder algo así.

—He tenido muy mala suerte —me dijo. Luego agregó—: Tengo hambre.

—No tengo nada que darte. Vengo escapando.

—¿De dónde vienes escapando?

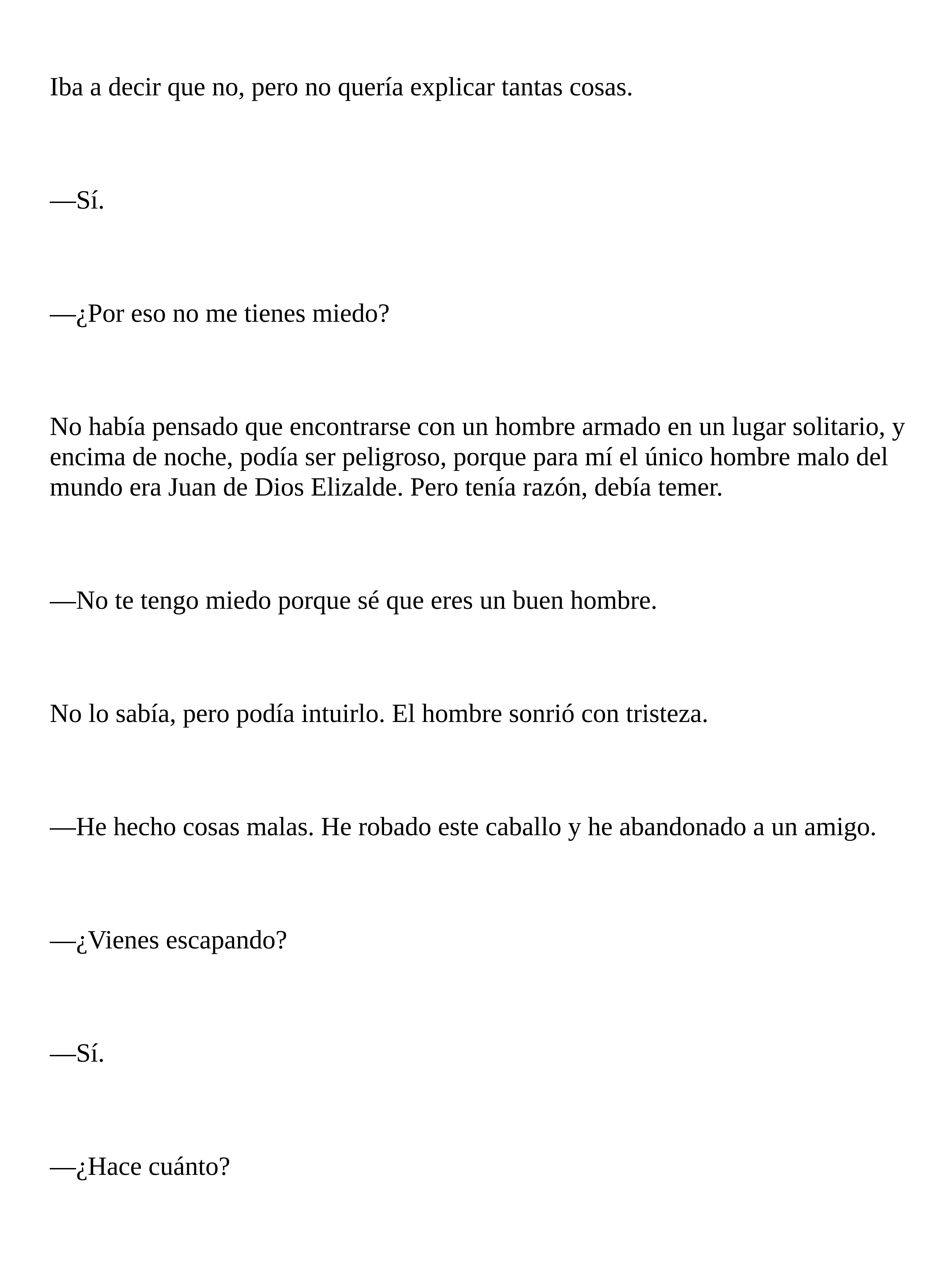
—Del lugar hacia el que quiere ir tu caballo.

—¿Cómo sabes hacia dónde quiere ir?

—Todos los caballos quieren volver a sus hogares. Y ese caballo no es tuyo.

El hombre me miró impresionado.

—¿Eres una adivina?



Iba a decir que no, pero no quería explicar tantas cosas.

—Sí.

—¿Por eso no me tienes miedo?

No había pensado que encontrarse con un hombre armado en un lugar solitario, y encima de noche, podía ser peligroso, porque para mí el único hombre malo del mundo era Juan de Dios Elizalde. Pero tenía razón, debía temer.

—No te tengo miedo porque sé que eres un buen hombre.

No lo sabía, pero podía intuirlo. El hombre sonrió con tristeza.

—He hecho cosas malas. He robado este caballo y he abandonado a un amigo.

—¿Vienes escapando?

—Sí.

—¿Hace cuánto?

—Por lo menos un año. Pero ya no quiero seguir escapando. Por eso dejo que esta yegua elija el camino que quiera. Lo que venga me lo tendré merecido.

Estaba muy flaco y la barba le llegaba hasta el pecho. Podía adivinar que en todo ese tiempo había estado solo, que había pasado mucha, mucha hambre, y que, como yo, no tenía adónde ir.

—¿Y de qué te escapabas?

—De todo.

Pensé que yo también me escapaba de todo. Entonces le propuse que fuéramos juntos.

—¿Adónde?

—A dejar de escapar —le sonreí.

Con el tiempo me confesaría que le había pedido a los espíritus del bosque que alguien lo salvara de su destino. Ese alguien resulté ser yo, que también buscaba que alguien me salvara de mi destino. Nuestros caballos caminaban uno al lado del otro, y nosotros íbamos arriba de ellos, en silencio. Antes de que amaneciera llegamos al mar, a este pueblo que nos vio llegar juntos y que no sabe nada de nosotros. Solo somos la Negra y el Cholo, los vecinos que llegaron una madrugada a la caleta y se instalaron en la casa que había dejado vacía un anciano a quien se había llevado mi madrina. El Cholo aprendió a pescar y yo

aprendí a tejer. No nos enamoramos de inmediato. Aunque vivíamos juntos, pasaron varios meses hasta que nos dimos un beso. Ese beso valió por todos los meses de espera contenida, de miedo a dar un paso, de miedo a que el otro lo diera. El Cholo me respetó como no me había respetado ningún hombre, y me ayudó a ser yo misma de nuevo: a renacer. Y yo lo ayudé a él a renacer. Y aunque yo pensaba que a mi edad nunca iba a encontrar el amor, y aunque pensara que no me interesaban los hombres, aprendí que tan intensa puede ser la pasión de una adolescente que hierve por dentro como la de una mujer que ha visto pasar la vida y quiere detenerla un segundo para sentirla, y para olerla, y para tocarla.

No sé cuántos años tengo, pero sé que he vivido mucho más en los últimos que durante todo el tiempo hacia atrás. Mi madrina ya no tuvo que protegerme porque este pueblo es humilde pero libre. Y yo no conocía la libertad hasta llegar aquí cabalgando junto al Cholo.

Fui tan feliz los primeros años que jamás volví a pensar en el fundo, ni en los patrones, ni siquiera en mamá Yanara. Lo olvidé todo porque eso no pertenecía a la vida alegre que tenía ahora. Porque yo era otra. Porque yo había aprendido a pedir.

Una tarde se ahogó uno de los pescadores, y mientras corría la noticia de boca en boca yo me di cuenta de que mi madrina no me lo había advertido. Aunque estaba preocupada por el vecino, cuyo cuerpo no querían devolver las olas, me sentí feliz porque creí que ya no era necesario que mi madrina me indicara nada. Ya nadie venía a pedirme yerbas ni consejos. Yo era solamente la Negra, la vecina que llegó una madrugada a la caleta trayendo consigo a un hombre algo más joven. Mi madrina me protegió hasta donde fue necesario y ahora me dejaba vivir mi propia vida.

No era del todo cierto. Algunas semanas después encontraron el cuerpo del vecino y lo fuimos a enterrar al cementerio. Y mientras el cura hablaba y los

demás mirábamos la tierra y el cielo pensando en la vida y la muerte, descubrí a mi madrina cerca del cajón, deambulando con su andar sin pasos. Me hizo una seña que podía ser un saludo. Parecía triste, parecía no querer hacerlo, pero me indicó que mirara hacia cierto punto, y hacia allá miré, y descubrí que apuntaba al Cholo, que como pocas veces se había sacado el gorro de lana para presentar sus respetos a los muertos.

Estuve muy callada en los días siguientes, tanto que el Cholo, que también es un hombre silencioso, me preguntó si me pasaba algo. Y yo miré su rostro como de niño que ha sufrido mucho, pero de niño que es capaz de amar, de niño golpeado y hambriento que encontró al fin algo parecido a la paz en esta caleta tranquila, frente al mar, y que me encontró a mí, y hablé bajito para que no me escuchara mi madrina, como si aquello fuera posible: —Mi madrina te va a venir a buscar durante un entierro —le dije en un susurro.

Pensaba que preguntaría muchas cosas. Al menos, quién era mi madrina. Pero el Cholo es un hombre mucho más inteligente de lo que parece. Asintió en silencio y después salió a fumar un cigarro bajo la noche. Nunca volvió a poner los pies en el cementerio. Se ganó fama de insensible entre algunos, pero los hombres de mar, como don Florencio, respetaban su decisión porque decían que nadie se puede andar metiendo en lo que hace o deja de hacer la gente.

Anoche oí a los queltehues como no los oía desde la noche en que salí de Las Nalcas. Pensé que llegaban con retraso a anunciar la muerte del viejo Florencio, que había ocurrido tres días antes. Pero esta mañana, cuando pasaron los vecinos avisando que hoy día sí que enterrarían al viejo, lo entendí todo. Los queltehues cantaban y habría un entierro. Intenté convencer al Cholo de que viniera conmigo al cementerio: estaba segura de poder suplicar a mi madrina, de pedir, como solo yo sé pedir, que no se lo llevara. El Cholo no me hizo caso. Ya está acostumbrado a perderse los entierros, y tal vez no le tiene miedo a la muerte. Quise quedarme con él, pero se negó.

—Anda tú, Negra, y le dices a doña Eulalia que vas de parte de los dos.

Quería estar con él. No podía estar con él. Lo vi partir a la taberna de Julián. Cuando mi madrina lo buscara en el entierro, le explicaría de alguna forma que no estaba ahí y que sí, que era mi culpa, que yo se lo había advertido, pero que por favor no se lo llevara.

Sin embargo, mi madrina no fue al cementerio. Y yo regresé a la casa buscándola por todas partes, y buscando también a mi Cholo que no sé dónde se metió. Julián dijo que vino alguien a buscarlo a la taberna y que luego no regresó más. Y yo no sé si fue mi madrina o quién fue, pero sí sé que ella va a la siga de él, que quizá lo abraza de parte mía, o que tal vez está enojada porque la quise engañar escondiéndole al que debía de partir.

Ahora espero como toda mi vida algo que no sé qué es ni si llegará. Y también espero al Cholo, pero no sé si va a venir. Y espero a mis muertos y a los muertos de mi tierra, y tal vez me espera mi madre porque si no vuelve el Cholo voy a partir también yo. Y yo soy todas las esperas humanas en esta noche que ya deja de serlo. Y yo soy la espera cierta de todos los días.

Por la ventana viene entrando el amanecer.

Flor y truco, forastero

A los viejos los veía prácticamente todas las tardes, cuando cruzaba la plaza principal arriba de la bicicleta, buscando la diagonal para acortar camino de regreso a su casa. Siempre cuatro, siempre los mismos, con un termo de agua caliente y un mate corriendo de boca en boca, bien abrigados y bajo el techo de una de las cuatro pérgolas dispuestas en los cuatro puntos cardinales de la plaza, jugando truco a veces en silencio, a veces muertos de la risa.

Nunca había reparado especialmente en ellos: eran parte de su rutina como lo era la señora cruzada de brazos afuera del bazar donde nunca vio entrar a nadie, o los cinco perros que lo perseguían cuando tomaba la calle que bordeaba el río, o el único semáforo de la pequeña ciudad que siempre le tocaba a él en rojo y que él jamás respetaba porque jamás venía ningún auto. Con el paso de los meses se había acostumbrado tanto a todo lo que era inamovible que si hubiera visto alguna vez a alguien entrando al bazar podría haberse caído de la bicicleta del puro asombro.

Eso fue casi exactamente lo que pasó cuando una tarde vio que eran tres y no cuatro los viejos en la pérgola, y que no jugaban truco sino que estaban en silencio, cebando el mate y sumidos en lo que no parecía ser tristeza sino más bien un cavilar profundo sobre la existencia humana. Al frenar de improviso por la sorpresa, sin quererlo realmente, la cadena terminó enredándose y saliendo del disco y se vio obligado a detenerse para arreglarla.

—¿Se le cansó la yegua? —preguntó uno de los viejos desde la pérgola.

—No, se salió la cadena nomás —respondió.

—Venga a tomarse un mate y después la arregla —invitó el mismo viejo.

Lo pensó unos segundos. Nunca le había gustado mucho el mate, pero el viejo sonreía y los otros dos sonreían también, y además comenzaba otra vez a llover y bajo la pérgola al menos estaría a cubierto. Todavía no terminaba de recordar que en el sur la lluvia no significaba nada, que la vida era mojada y lo único que podía hacer era acostumbrarse. Vivir en el sur era eso: acostumbrarse.

Su madre le había pasado botas, una parka y un poncho tejido especialmente para él, aunque no tenía muchas ocasiones de ocuparlo. Nadie le compraría un seguro a un tipo vestido con poncho y oliendo a oveja. Se lo ponía a veces dentro de la casa, pero terminaba incomodándole para cocinar y hasta para encender las luces. Algunas noches se sentaba afuera de la casa a beber un té: entonces sí ocupaba el poncho.

Era cierto que había cambiado rutina por rutina, pero poco a poco le iba agarrando el truco a la nueva, que se le iba arriba de la bicicleta, pedaleando por el costado del río que cruzaba de punta a punta la pequeña ciudad, aquella que eligió para vivir por la distancia precisa que tenía con la caleta donde había crecido: no demasiado cerca, pero lo suficiente como para ir a ver a su madre viuda fin de semana por medio y sentir que se redimía con cada visita.

Un par de veces se encontró con otros como él en la ciudad: aquellos que habían dejado la caleta en cuanto pudieron y entendieron, después de respirar en otros lugares, que aparte de los recuerdos no había nada para ellos ahí.

Cuando recién se fue, tantos años atrás, pareció que él había sido uno de los afortunados: trabajo en el norte, un departamento con terraza, algunos amigos

con mundo y hasta una novia fugaz. La vida pasaba veloz y eso le gustaba, le gustaba no tener que pensar ni recordar tanto el mar helado de su pueblo, los despertares grises que no anunciaban nada distinto, la monotonía de una existencia insignificante incluso para él mismo. No podía evitar, sin embargo, que algunas madrugadas le bajaran ganas de adivinar en qué punto del mar se encontraría su padre cuando él recién se lanzaba vestido a la cama, oliendo a cigarrillo y a cerveza, sin otro plan que pasar el fin de semana entero durmiendo hasta que llegara el lunes.

En la caleta seguirían creyendo, tal vez para siempre, que había sido de los afortunados, y él mismo se encargaba de mantener las apariencias poniendo voz entusiasta y satisfecha cuando lo llamaba la madre preguntándole cómo estaba y cuándo pensaba ir a verlos. Iba poco, una vez cada par de años, porque lo angustiaba comprobar que el tiempo no pasaba en aquella caleta perdida.

Un día su madre lo llamó para avisarle que el viejo se quería morir. Salió pronto, pero no llegó al funeral de su padre. Tampoco regresó al norte. Deambuló varios días por los pueblos del sur, con el alma en penumbras, hasta que sin pensarlo demasiado se instaló en aquella ciudad que era en realidad un pueblo grande.

—¿Viene o no? Mal no le va a hacer —dijo otro de los viejos, que tenía la barba tan blanca y abultada que parecía que nunca había sido joven.

—No, claro —sonrió, y se puso a resguardo de la lluvia bajo la pérgola.

Recibió el mate y chupó un poco. Le pareció mejor que los que preparaba su madre, que hervía el agua hasta que se le evaporaba la mitad de la tetera y no había quién pudiera sorber sin quemarse ni sufrir un colapso nervioso por las tres cucharadas colmadas de azúcar con que lo endulzaba.

—Lo tomamos amargo, nosotros, porque ya somos dulces —dijo el tercer viejo, redondo y rojo como una manzana, y se echó a reír como si hubiera dicho un chiste fenomenal.

Los otros dos viejos lo acompañaron hasta donde pudieron, pero el tercer viejo siguió riéndose varios segundos más, hasta disminuir las risas con unos suspiros que terminaron con un ayayay calmo y quedo.

—Lo prefiero sin azúcar, gracias —dijo intentando pillar el chiste.

Dio un par de chupadas más y cuando la bombilla empezó a hacer ruido lo pasó al primer viejo, que era el que estaba cebando.

El de barba y el que cebaba estaban sentados sobre una de las bancas de cemento. En la banca de enfrente, el hombre rojo de la risa incomprendida. Al medio, una mesa también de cemento anclada para siempre al suelo de la pérgola, con una pintura de tablero de ajedrez totalmente desteñida. No podía recordar el rostro del cuarto viejo, pero su ausencia era tan notoria que era casi como si estuviera ahí.

—¿Anda apurado? —preguntó el cebador, que tenía un bigotito a lo Charles Chaplin y la mirada inteligente de los hombres que saben siempre cuándo hablar y cuándo callar.

Lo pensó unos segundos. No estaba apurado, pero confesarlo podía significar que, como tantas otras veces, luego no supiera cuándo irse, y la tarde se le pasara

entera con esos viejos desconocidos.

—Es que nos está faltando uno —dijo el viejo de barba mostrándole un mazo de baraja española—. ¿Sabe jugar truco?

Sabía, sí, pero había jugado muy poco. Era el padre el que jugaba.

—Pero si se puede jugar de a tres también —murmuró, evitando responder la pregunta.

—Ah, entonces sabe —dijo el de barba—. Siéntese, que a don Miguel le está faltando pareja.

Don Miguel era el cebador de la mirada inteligente, que le sonrió indicándole que tomara asiento al lado del hombre colorado, frente a él. No supo qué decir, así que se sentó, dejando la bicicleta al lado suyo.

—Este es don Ananías —hizo las presentaciones don Miguel, poniendo la mano sobre el hombro del viejo de barba, que se tocó la boina en señal de saludo—. Y a su lado tiene a don José.

—Pero todos me dicen Pochito —explicó el mencionado, y pareció que iba a largarse a reír otra vez, pero se limitó a esbozar una sonrisa al tiempo que le estiraba una mano gorda y pequeña.

—Un gustazo —dijo, lamentando no tener boina para tocarla y parecer un curtido hombre del sur.

—¿El señor es?

—Me llamo Martín.

—Bienvenido, don Martín. ¡Bueno! Termina el saludo, empieza lo rudo —dijo don Miguel repartiendo tres cartas para cada uno—. ¿A quince o a treinta?

—A treinta —dijeron don Ananías y Pochito al mismo tiempo.

Martín hubiese preferido jugar a quince puntos, para terminar rápido, pero sonrió intentando aparentar que estaba de acuerdo. Miró la bicicleta y la atrajo un poco más hacia la banca de cemento.

—Ah, don Martín. Ya que vamos a ser pareja, una sola cosa le quiero decir —le dijo don Miguel—. El truco es de a cuatro. Lo demás son inventos de los argentinos. Se juega en pareja o no se juega.

Don Ananías y Pochito asintieron con la cabeza. En efecto, él no había visto jamás a su padre jugar de a tres. Martín evaluó si ese sería un buen momento para preguntar qué había pasado con el cuarto viejo, pero prefirió callarse y mirar las cartas.

As de espadas, as de bastos, siete de espadas. No pudo sino arquear las cejas y parpadear, sorprendido de que le tocara el mejor juego posible en la primera mano. Entonces los tres viejos se echaron a reír.

—¡Tiene que ser más disimulado, don Martín! —lo retó don Miguel con una sonrisa—. Venga, devuelva las cartas que lo estábamos probando nomás.

Las señas, lo había olvidado: levantar las cejas si tenía el «macho», el as de espadas. Cerrar un ojo si tenía la «hembra», el as de bastos. Mover la boca a la derecha si tenía el siete de espadas y a la izquierda si era de oro. Y que lo viera solo su pareja. Y él había arqueado las cejas de pura sorpresa. Ahora entendía que las cartas se las habían puesto a propósito.

—No se preocupe, al pajarito nuevo siempre le toca la misma broma de don Ananías —se rió Pochito— Ya pues, ¿jugamos?

Volvieron a repartirse las cartas y Martín se concentró. Otra vez el macho y la hembra, acompañados de un cuatro de oro, pero ahora los viejos no lo miraban. Ya no había bromas. Estaba de suerte.

—Truco —dijo don Ananías.

Y entonces a Martín le llegó un olor a mar y a vino, y a hombres de mar fatigados y sonrientes, y vio en la taberna a su padre sentado y colorado, y se vio a él mismo caminando a oscuras por la caleta dormida, sin más lumbre que la luna si la noche estaba clara, y tropezar, y maldecir, hasta llegar a la taberna y entonces ver al viejo lobo de mar sentado, colorado y feliz con su cañita fiel, y se recordó pequeño y solitario parado en la puerta sin atreverse a acercarse,

agotadas todas las maldiciones que repartió por el camino, y oyó a su padre dentro de sí mismo y esperó que la voz no le saliera quebrada cuando le respondió a don Ananías: Con las cartas que yo tengo tampoco me asusta el cuco, y si es que no me detengo le digo quiero y retruco.

Don Miguel soltó una carcajada y pegó tres veces a la mesa y luego palmoteó a don Ananías otras tres veces y siguió riendo, contagiando a Pochito que parecía que en cualquier momento se moría de un ahogo, y Pochito le apretó el hombro con su mano gorda y pequeña y a Martín le pareció que aquella era la bienvenida más hermosa del mundo. Y cuando las risas descendieron hasta llegar al ayayay, don Ananías sonrió por debajo de la barba y comentó, con una indefinible mezcla de alegría y tristeza, que parecía ser que don Liborio les había mandado un reemplazante.

Y aunque no tenían copas, los tres viejos hicieron el gesto de levantarlas y Martín, que tenía el mate en la mano, lo levantó también, a la salud de aquel cuarto viejo que nunca llegó a conocer.

***

—Sin azúcar para mí, mamá.

Su madre lo miró pasmada.

—Y sin yuyitos —agregó.

—¿Sin nada?

—Así lo tomo.

La madre murmuró algo incomprensible y rebuscó entre los cacharros de la cocina hasta encontrar otro mate y otra bombilla.

—Si toma el mate sin yuyos, mejor cada cual con el suyo.

—¿Y ese verso? —preguntó Martín recibiendo el mate.

La vieja levantó rápido la mano izquierda mientras hacía una mueca con el ojo y la boca: su seña para restar importancia a los asuntos.

—En eso me entretengo a veces —explicó de todos modos.

Esperó a que Martín terminara de echar la yerba en el mate y se acercó con la tetera hirviendo.

—Espérese un poquito, que no lo tomo hirviendo. A setenta grados tiene que ser.

—¡Que anda mañoso usted, oiga!

—No es maña, es que aprendí a tomar el mate.

—Claro, en el norte le iban a enseñar.

—No, fue acá en el sur. Me explicaron unos amigos.

—Al menos tiene amigos —suspiró la madre.

—Piensa demasiado fuerte, mamá.

Eulalia lo miró.

—Es que yo no entiendo, Martín. Si ya dejó su trabajo en el norte, debería haberse venido acá, a su casa. ¿Para qué va a andar pagando un arriendo allá, donde nadie lo conoce?

—Tengo amigos, como le dije. Y un trabajo.

—Pero si estamos a cuarenta minutos. Cosa de tomar la micro desde acá e ir a trabajar. Lo poco que perdería de tiempo lo ganaría ahorrando. Pero bueno, yo no soy una vieja metida. Usted haga lo que quiera.

En la micro de regreso, mientras veía los campos verdes a través de las gotas pegadas en la ventana, Martín hubo de confesarse a sí mismo que esos viejos no eran realmente sus amigos. Todavía más: no estaba seguro de haber tenido jamás en la vida alguien a quien pudiera considerar un amigo.

Tal vez su madre tenía razón: no tenía sentido haber dejado el norte, y menos lo tenía vivir en una ciudad cuando podía estar con su madre en la caleta. Había salido sin salir y ahora volvía sin volver. Se negaba a ser un pescador como todos los hombres del pueblo, pero al final había cambiado bote por bicicleta y peces por personas que mordían el anzuelo de un seguro que no necesitaban.

En el fondo la vida era igual en todas partes.

***

Había pasado un año ya desde que Martín completara el cuarteto. La dinámica, como todas las cosas en esa pequeña ciudad, era inamovible: se encontraban de lunes a viernes a las cuatro de la tarde, para alcanzar a jugar antes de que se fuera toda la luz. La pareja que perdía invitaba luego a una cañita en el bar de don Braulio. Solo una, que hacían durar por alrededor de media hora, mientras hablaban de cualquier cosa. Martín tenía casi treinta años menos que ellos, pero se sentía como uno más. De eso se habían encargado los viejos desde el primer día, llamándolo don Martín. No era una ironía, como pensó entonces: era una forma de igualarlo.

Los tres habían nacido en la ciudad, los tres siguieron los oficios de sus padres: carpintero don Miguel, soldador don Ananías y feriante el bueno de Pochito. Seguían trabajando en las mañanas, porque la única pensión que recibían era la de indigencia. Jamás tuvieron un contrato y jamás los oyó quejarse por ello. Martín quiso saber si habían aspirado a algo más, pero nunca supo cómo

formular la pregunta sin que pareciera ofensiva. Al final, lo único que le quedaba claro era que los hijos se les habían ido a otras ciudades más grandes y que esperaban que fueran más que ellos en la vida. Pochito y don Miguel eran viudos. Don Ananías todavía tenía viva a su esposa, y esa era la razón por la que no jugaban ni sábados ni domingos.

Lo que sí se animó a preguntarles era desde cuándo jugaban los tres, junto al finado don Liborio. Los viejos se miraron esa tarde, con sus cañas en la mano. Don Miguel tomó la palabra, pero lo hizo en verso: Un día que yo jugaba con un gaucho muy matero vuelta a vuelta me decía flor y truco, forastero.

El ñire está en el mallín el pino está en tierra firme.

La flor que tengo en mi mano me sobra pa despedirme Aquí vengo porque he venido porque he venido aquí estoy.

Flor y truco aquí les traigo y si no les gusta, me voy.

—¿Usted podría decirme quién inventó esos versos? —preguntó don Miguel clavándole los ojos.

Martín no lo sabía. Los había escuchado en la caleta y ahora se los escuchaba a ellos cada tarde, pero nunca supo de alguien que dijera que los había inventado. Eran cientos y cientos de versos, de modo que era imposible que un jugador los supiera todos. Saber los versos no significaba ser un mejor jugador: tanto daba responder «quiero» o declarar el «envido» a secas que decirlo rimando. Martín pensó en su madre, con esos versos que sacaba de repente como la sal del bolsillo de su delantal. Tal vez se trataba de eso. Sal y pimienta para las vidas

pequeñas, para las tardes iguales, para los amaneceres grises.

—Exacto, no lo sabe —dijo don Miguel ante el silencio de Martín—. Y no lo sabe porque estos versos no los inventó nadie: existen desde siempre, desde antes de que nosotros naciéramos, y van a permanecer en la boca de la gente cuando todos nosotros, y lo incluyo a usted, seamos un puro puñado de huesos.

Martín creyó que don Miguel diría algo más, porque no estaba seguro de que hubiera contestado su pregunta, pero el viejo guardó silencio, apuró la caña y lo quedó mirando con una sonrisa divertida. Entonces Pochito se largó a reír, y don Ananías rio también. Martín sonrió y se dijo que a lo mejor algún día iba a ser un viejo de palabra y mirada inteligente como don Miguel.

***

Martín entró al bar de don Braulio de buen ánimo. Había vendido cinco seguros esa mañana, su récord personal desde que llegara a la ciudad tres años atrás. El frío y la lluvia arreciaban con fuerza, aunque aún no llegaba el invierno, pero había logrado convencer a los tres viejos de que cambiaran la locación al interior del bar. Recordó cómo se habían resistido.

—Acá nacimos, acá morimos —había dicho don Ananías pisando el cemento de la pérgola, pero Martín no entendió si se refería a la tradición de jugar truco en la plaza o a la vida misma. Al cabo podía ser la misma cosa.

Sin embargo, era evidente que a Pochito la risa se le convertía en tos cada vez más seguido y que el mismo don Ananías temblaba a veces pese a todo el abrigo que se ponía. Don Miguel, que a todas luces era el jefe de la cuadrilla, terminó

cediendo.

—Pochito ya no está para aguantar estos fríos —escuchó Martín que le decía a don Ananías una tarde oscura, a la salida del bar—. Podemos cambiar el mate por la cañita, a ver si calentamos los cuerpos.

Esta iba a ser la primera vez que se juntaban directamente donde don Braulio, que advertido por Martín les había reservado una mesa alejada del ruido, y hasta se había esmerado en cubrirla con un paño verde y dejar cuatro posavasos de madera. Como nunca antes, Martín era el primero en llegar. Decidió esperar unos minutos, sospechando que la inercia habría llevado a los viejos a la pérgola. Don Braulio se acercó a la mesa con una botella de buen vino y la dejó frente a Martín.

—Regalito de la casa, para que empiecen bien.

—Muchas gracias, don Braulio. No hacía falta.

—Lo que hacía falta era que se vinieran a jugar aquí hace años. No sé cuántas veces se lo he dicho a don Miguel. Cómo van a estar helándose en la pérgola si acá tienen su bar.

—Ahora hicieron caso, pero parece que se olvidaron porque siempre llegan antes que yo.

—Ahí vienen, mire.

Don Ananías y don Miguel entraron al bar a paso lento. Don Braulio les indicó la mesa en que estaba Martín, que les hizo señas alegres. Los dos viejos se sentaron frente a él, saludando a Martín con un toque ligero de boina. Entendió que el cambio era difícil para los viejos, así que se esforzó en ponderar las ventajas de jugar ahí.

—Don Braulio nos regaló esta botella, miren —dijo llenando los vasos—. Para que empecemos como la gente.

Los dos viejos levantaron los vasos y despacharon al seco el contenido. Martín dio cuenta de su vino también.

—¿Se habrá perdido Pochito? —preguntó.

Los dos viejos miraron el paño verde de la mesa, sumidos en lo que no parecía ser tristeza sino un cavilar profundo sobre los destinos humanos. Martín recordaba demasiado bien esa expresión en los rostros de los viejos como para que le hiciera falta decir algo, preguntar algo. Solamente se sumó a aquel cavilar sereno y silencioso, mientras las imágenes de Pochito y de su padre se mezclaban en su cabeza.

Don Braulio se acercó al rato a preguntar si les hacía falta algo más. Martín se acordó de sí mismo arreglando la bicicleta en la plaza, tres años atrás, y adivinó con exactitud lo que iba a pasar.

—¿Sabe jugar truco? —preguntó don Miguel al dueño del bar.

***

Martín no asistió al funeral de Pochito y los viejos, en su ley, no hicieron ninguna observación sobre su ausencia. Don Braulio había resultado ser un excelente jugador y la pareja que conformó con don Ananías obligó a Martín y a don Miguel, acostumbrados a ganar en el último tiempo, a redoblar los esfuerzos y la concentración. El bar pasó a ser la locación definitiva del cuarteto y las cañas reemplazaron con mayor frecuencia al mate. Solamente regresaban a la pérgola cuando había buen clima, lo que ocurría apenas en algunos días de los meses de verano. Por lo demás, todo seguía igual. En ocasiones, algunos hombres que entraban al bar, atendido entre cuatro y cinco de la tarde por Javier, el hijo de don Braulio, se quedaban mirando el juego, sin comentar nada como era menester.

Su madre seguía haciendo ponchos, pero en la práctica vivía con lo que Martín le dejaba religiosamente fin de semana por medio.

—¿Lo sigue tomando amargo? —preguntó su madre una tarde como todas las tardes, como si quisiera hacerse parte a la fuerza de las cosas inamovibles.

Martín iba a responder que sí, pero se interrumpió a medio camino y ensayó una respuesta distinta, recordando a Pochito.

—No necesito azúcar, porque yo ya soy muy dulce.

Eulalia trastabilló ligeramente, justo como Martín sabía que iba a pasar. Le

ocurría cada vez más seguido: como el tiempo parecía dar vueltas en círculos, adivinaba las cosas un segundo antes de que ocurrieran. Y cuando, en cambio, algo se introducía en el tiempo y en las rutinas y ese algo desviaba ligeramente la trayectoria de lo inamovible, podía intuir la sorpresa, el paso en falso, el silencio breve para buscar palabras nuevas.

—¿De dónde saca esas cosas?

—Lo decía un amigo —dijo Martín. Y luego, sin saber por qué, agregó—: Un amigo que se murió.

—¿Se le murió un amigo? —preguntó su madre sentándose a su lado—. ¿Y por qué no me dijo nada?

—No sé, como usted no lo conocía… —Lo siento mucho, hijo.

—Fue hace dos años, mamá.

—¡Dos años! ¡Y recién me viene a contar que se le murió un amigo!

Martín sorbió lentamente el mate.

—Se llamaba Pochito y era un pan de Dios. Era uno de los amigos del truco.

—Ah, ¿sigue jugando truco? Ya le he dicho que es un vicio. No me gusta que se ponga vicioso. Seguro que se tomará unas cañas también con los amigotes.

—¿No ha pensado que si me hubiera venido a vivir acá también habría terminado jugando truco como todos los pescadores?

—Eso dependería de usted.

Martín quiso explicarle que no, que no dependía de él, que tenía la frente marcada por haber nacido en esa caleta perdida y que desde hace algún tiempo había decidido dejarse llevar por la vida según la vida misma fuera proponiendo, porque había entendido que no importaba lo que decidiera, que siempre iría por la vida llevando olor a mar y a lluvia y a humo. Pero en vez de eso dijo que se le hacía tarde y apuró el mate.

***

Pasaron algunos años más. La cabeza de Martín se teñía de blanco y las de sus viejos amigos se iban quedando cada vez más calvas. Una tarde como cualquiera llegó la ausencia, el silencio, y una expresión compartida que no era tristeza sino solamente un profundo cavilar sobre las vidas humanas. Luego don Miguel preguntó a don Braulio si su hijo Javier sabía jugar truco.

Y entonces, el cuarteto otra vez.

Don Miguel y don Braulio no le preguntaron por qué se había ausentado del

funeral de don Ananías, y Martín lo agradeció. Lo que más extrañaba Martín del viejo barbón eran los versos que soltaba en cada jugada, de modo que él mismo se esforzaba en ponerle sal y pimienta al truco con los que se sabía. Javier jugaba en silencio, concentrado, y solo echaba rienda suelta a la risa cuando terminaba la partida. Por lo demás, todo era igual.

Una tarde en que se levantó para retirarse, don Miguel se ofreció a acompañarlo hasta su casa.

—Diez años jugando y todavía no sé dónde vive —sonrió el viejo.

Martín caminó junto a don Miguel, llevando la bicicleta. Estaba oscuro hace rato y el humo de las salamandras se confundía en la neblina.

—Usted ya sabe, don Martín, que en el sur el que quiere hablar habla y el que quiere callar calla.

Martín lo miró. Caminaba lento, algo encorvado, pero las palabras seguían saliéndole justas. Guardó silencio y esperó que don Miguel continuara hablando.

—Usted nunca nos ha contado por qué se vino a esta ciudad, ni por qué la eligió en vez de su pueblo, y ni siquiera entendemos bien de qué se trata su trabajo. ¡Si ni siquiera sé dónde vive! Pero el silencio se respeta, don Martín, así que yo nunca le voy a preguntar nada de lo que usted no quiera hablar. ¿Sabe por qué? No es solo por lo que le digo del sur. Es porque usted, don Martín, es mi amigo. Y a los amigos uno los tiene cerca porque le hacen bien, y las orejas siempre están abiertas para escucharlos, pero también lo están los ojos para verlos callar. Uno acompaña, solamente. Uno acompaña.

Martín quiso decir algo, pero no le salieron las palabras. Tal vez no sabía qué decir. De modo que siguieron caminando en silencio hasta que llegaron a su casa.

—Aquí es.

—Linda su casa —comentó don Miguel echando una mirada—. Acá lo dejo entonces.

—¿Y usted dónde vive?

—Al otro lado del estadio.

—Lo acompaño.

—¿Por qué? Si ya vinimos hasta acá.

—No tengo apuro —respondió Martín quitándole importancia. Luego agregó—: Porque eso hacen los amigos.

***

Martín estuvo más callado que de costumbre durante el almuerzo. Escuchó sin mucha concentración cómo su madre se quejaba del cura nuevo, que no era tan cercano como el anterior y que se ponía a dar órdenes como si en vez de capilla estuviera en un fundo. La reineta estaba perfecta, como siempre, pero Martín no pudo terminarla. No podía dejar de pensar en don Miguel, internado en el hospital hace dos semanas. El truco estaba suspendido por primera vez desde que Martín empezó a jugar. Todavía no iba a ver al viejo, y no estaba seguro de si sería capaz de hacerlo.

Después de comer la fruta, su madre guardó silencio.

—Cuénteme algo usted, hijo, que me tiene hablando sola —dijo Eulalia mientras iba a buscar la tetera.

—Mamá. Le tengo que pedir disculpas —dijo de pronto Martín, y su propia voz le sorprendió.

—¿Por qué?

—Por no haberla acompañado en el funeral del papá.

—Bueno, hijo, qué le iba a hacer si las rutas estaban cortadas. Nadie está obligado a lo imposible.

—Es que no era verdad. Las micros sí estaban saliendo.

—¿Cómo? ¿Y entonces por qué no llegó?

Martín se puso de pie y caminó por la casa. La madera rechinaba con cada paso, mientras afuera el mar y la lluvia se medían las fuerzas.

—No pude.

—Mire Martín, a mí me tiene que hablar claro porque estoy cada vez más vieja y no me da el ánimo de ponerme a adivinar. ¿Por qué no llegó al funeral de Florencio?

Su hijo la miró. La cara llena de arrugas, las manos temblorosas, los ojos vidriosos. Sabía que estaba llegando el momento de llevársela a vivir con él. Pero se resistiría. A diferencia de su marido, ella había nacido en la caleta. Ahí estaban enterrados sus padres, los abuelos de Martín. No se iría jamás a una ciudad, por pequeña que fuera. Una vida circular, pensó Martín, que en el fondo no se diferenciaba en nada de la suya.

—No sé cómo explicárselo.

—Entonces no se ponga a pedir disculpas.

Martín hizo un esfuerzo.

—Desde que tengo memoria mi papá se levantó a las cuatro de la mañana para

salir a pescar. Muerto de frío. Subió al mismo bote todas las madrugadas de su vida, atrapó con la red los mismos peces, los vendió por el mismo precio y se gastó la mitad en nosotros y la otra mitad en cañas y puchos. Nunca hizo nada distinto. ¿Entiende, mamá?

Eulalia lo miró achicando los ojos, como si así pudiera ver el interior de su único hijo.

—Ni jota. ¿Qué tiene que ver eso con que no haya venido al funeral de Florencio?

—¡Que no pude! —gritó Martín—. No me dio el coraje para llegar hasta aquí y ver cómo le echaban tierra encima al viejo, y luego ver cómo cada uno regresaba a su casa, y en la noche alojar aquí, con usted, y al otro día mirar cómo todos esos hombres que lo habían llorado estaban igual, como si no hubiera pasado nada: que la pesca, que la caña, que el truco, que las mismas historias que jamás ocurrieron. ¿Qué fue la vida del papá? Lo mismo una y otra vez. Y la suya. Y la mía. Y la de todos los humanos. Y de pronto llega la muerte y listo. ¿Quién se va a acordar de mi papá en cincuenta años? ¿Qué fue mi papá entre todos los hombres del mundo?

Eulalia hizo un esfuerzo para levantarse de la mesa y acercarse hasta su hijo. No parecía enojada.

—Yo no entiendo mucho de estas cosas, hijo, ¿sabe? Pero alguito le voy a decir. Mire, venimos al mundo una sola vez, la misma Biblia lo dice. Y bueno, usted tiene razón, en esta caleta nadie hizo nunca una cosa de la que la gente se vaya a acordar después. ¿Pero qué importa? La vida es así. Es como una oportunidad.

—¿Una oportunidad para qué? —preguntó Martín.

Eulalia lo miró con sus ojos vidriosos y sonrió, arrugándose entera.

—Venga, vamos a tomar el mate afuera.

—No debería salir usted, mamá, con estos fríos.

—Si salgo siempre —dijo Eulalia moviendo la mano izquierda y haciendo una mueca con la boca.

Martín la siguió. Se sentaron en sendas sillas bajo el techito carcomido de la entrada. Algunos cientos de metros más allá, el mar y la lluvia parecían acordar una tregua.

—Yo sé que mi vida no ha sido nada del otro mundo, hijo —dijo la vieja después de un rato—. Lo mismo todos los días: que la cocina, que el telar, que la preocupación por el viejo que iba a volver curado y tenía que levantarse temprano, y luego por usted que no llamaba nunca del norte. Todos los días lo mismo. Pero esta ha sido mi vida y ha tenido cosas bonitas. Un día fui madre: usted me hizo madre. Y ese día tuve en mis brazos a una cosita que había salido de mí misma y que tenía un corazón que latía. Y cuando pequeña escuché historias de mis abuelos acurrucada cerca del brasero, y aprendí el oficio de tejedora de mi propia madre. Y ahora de vieja salgo todavía a caminar y a mirar el mar, y a veces me hago una agüita de boldo con harta azúcar. Y los sábados me levanto a preparar un almuerzo rico porque viene usted, y cuando le oigo los pasos el corazón se me acelera de la emoción. Y es verdad: ya tengo más de ochenta años y sé que me voy a morir en un tiempito más. Y cuando estos viejos

de la caleta se mueran también, y cuando se muera usted, nadie se va a acordar de mí, así como poco a poco a mí misma me va siendo cada vez más difícil recordar la cara de Florencio, y la de Rubén, y también la del padre Jerónimo, y hasta me olvido de cómo era mi pobre vecina Jimena, que en paz descanse, tan joven que partió. Pero a mí eso no me preocupa, no me preocupa que cuando yo muera a usted mismo le cueste recordar mi cara y mi voz. ¿Sabe por qué? Porque lo tuve a usted en mis brazos, y porque aprendí a tejer con mi madre, y porque me he tomado miles de agüitas mirando el mar. Eso nadie lo sabe y a nadie le importa y por lo mismo está claro que nadie lo va a recordar, pero yo lo tengo acá adentro, y cuando venga la muerte la podré mirar y preguntarle cuántos hijos tuvo ella, cuántas cucharadas de azúcar le puso a sus tecitos, cuántas veces vio una gaviota lanzarse en picada al mar y salir de vuelta hacia el cielo con un pescado. Y la muerte no me va a poder decir nada, porque la muerte es eso: la muerte. La muerte es la envidiosa de los que tuvimos una vida. Y no sabe la envidia que le da cuando ve que otra gente va a despedirse del que se está llevando, cuando escucha a esa gente hablar y decir cosas bonitas del muerto; no sabe usted, Martín, toda la rabia que siente la muerte por cada lágrima que se derrama por un finado, porque nunca nadie va a derramar una lágrima por ella.

Durante todo el tiempo en que su madre habló, Martín no le soltó en ningún momento la mano, como hacía de pequeño. Escuchaba y se preguntaba de dónde sacaría tanta sabiduría una señora tan simple, que ni siquiera sabía leer. Quería preguntárselo, pero como tantas otras veces lo que realmente quería saber no salía de su boca porque no encontraba las palabras justas.

Cuando la lluvia cesó del todo y el mar recuperó la calma, escuchó cantar a Eulalia: Ha empezado una partida en la mesa de la suerte.

A un lado juega la Muerte y en el otro está la Vida. / Las cartas son repartidas y la Vida canta el truco. / La Muerte dice retruco, la Vida devuelve un quiero. / Mientras tanto el forastero observando se hace astuto. / Martín miró a su madre asombrado.

—¿Ahora hace décimas?

—No —dijo la Eulalia—. Esa la inventó Florencio.

Martín levantó las cejas. Luego le pidió a su madre que cantara otra vez. Eulalia volvió a entonar la melodía y las palabras aprovecharon los surcos que ya habían abierto para terminar de alcanzar el corazón de Martín.

—¿Y qué más hizo? —preguntó con un hilo de voz cuando su madre dejó de cantar.

—No le entiendo, mijo.

—¿Qué otras cosas dejó mi taita en el mundo? Eso quiero saber. No tenía idea de que sabía hacer versos.

Eulalia echó una mirada hacia la casa vecina y luego miró a su hijo. Entonces botó un suspiro tan largo que pareció convertirse en viento, viento que llegó hasta el mar y levantó graciosamente una ola, ola que creció y se desplomó sobre la arena y soltó una brisa salada que voló con el viento de regreso hasta la pequeña casa de madera, casa en la que una anciana miraba a su hijo con los ojos cubiertos como por una fina tela, ojos que hubo de restregarse porque parecía que la sal había entrado en ellos.

Y entonces habló.

***

El cementerio de la caleta era pequeño, pero todavía tenía espacio suficiente como para enterrar, cuando les llegara su hora, a los habitantes actuales. Las piedras y las cruces estaban corroídas por la sal del aire y la lluvia de todos los días. Algunos molinillos pálidos giraban sobre las tumbas de los que habían partido demasiado pronto.

Todas las inscripciones miraban hacia el mar, como para alertar de las marejadas, como para que iluminaran los entierros a los botes perdidos en las noches más oscuras. Tres centenares de tumbas protegiendo a los pescadores. Entre ellas la de su propio padre. Sería una de las más recientes, aunque hubieran pasado ya más de quince años. Martín se preguntó cuál sería la tumba más antigua. En qué momento los primeros habitantes habían decidido enterrar a alguien en ese lugar, y ponerle una lápida con su nombre para recordarle. Porque hubo un tiempo en que en la caleta todavía no moría nadie. Un pueblo sin muertos.

Había una historia sobre los orígenes, alguna vez escuchó a su abuela referirla. Un volcán en erupción, unas cuantas familias errantes, la costa desierta y la posibilidad de empezar otra vez. Los años de esfuerzo, la comunidad alegre. Y luego las disputas. La fuerza y la violencia. Los mentados hijos de la señora Eliza, las nuevas tierras, los nuevos dueños que daban trabajo a sus antiguos hermanos. Su padre trabajó para ellos, los Elizalde, cuando era un niño; no tenía claras las fechas, pero seguramente ya serían los bisnietos de la señora Eliza. ¿Sería su tumba la más antigua?

No conocía otros nombres de esa lejana época en que se poblara la caleta.

No la buscó, en todo caso, porque se encontró de pronto con la tumba que había venido a ver. Musitó unas palabras de permiso y se sentó sobre la piedra blanca

de otra tumba, para quedar frente a la de su padre. Habían pasado más de cuarenta años desde la última vez que entró al cementerio. El viento le movía ahora los cabellos cada vez más lacios y canos, y hasta la barba que se había dejado en el último lustro. Ahí estaban, pues, los huesos de su taita. Un puro puñado de huesos de lo que fuera un hombre que, sin embargo, había dejado algo en su paso por la tierra.

Entendió que los hijos no siempre deben conocer todo lo que los padres hacen o dejan de hacer en su vida. Le habría bastado con escuchar los versos, pero él preguntó y su madre contestó. ¿Panchito, el niño bruto? Hizo memoria. Era verdad que Florencio lo había querido: le enseñó a pescar, lo llevaba a la taberna, había logrado enseñarle a jugar truco, se preocupaba por él. ¿Sabía desde siempre que era su hijo? ¿O solamente lo sospechaba? Ahora Panchito podía sobrevivir solo, porque su padre, el padre de ambos, le había enseñado a vivir. ¿Se lo había enseñado también a él, a Martín? Lo intentó, por supuesto, pero él había abandonado a su padre para aprender a vivir de otra forma.

Y ahora era demasiado tarde.

O tal vez todavía no lo era, pensó de pronto.

Se puso de pie y se limpió el barro de los pantalones. Mientras echaba una última mirada a la tumba de Florencio y se despedía de él con los ojos, pensó que en esa caleta no habría de nuevo hermanos que desconocieran a los hermanos ni hijos que desconocieran a los padres.

Tal vez no era demasiado tarde.

***

Aquella tarde, cuatro jugadores de truco estaban sentados ante una mesa cubierta con un paño verde, con cuatro posavasos de madera y una botella de vino recién abierta. Estaban en silencio, compartiendo en los rostros una expresión que no era realmente de tristeza, sino que más bien parecía ser un profundo cavilar sobre la vida y la muerte.

—Ya pues. ¿Jugamos? —preguntó de pronto uno de ellos.

Se repartieron las cartas, se jugaba en silencio, se musitaban los quieros, los envidos y los trucos. En una de las últimas rondas, cuando parecía que la ventaja de don Braulio y su hijo Javier era irremontable, la pareja de Martín, que hasta ese momento había estado en completo silencio, sacó una voz quedita y vacilante para tartamudear: Un día que yo jugaba con un gaucho muy matero vuelta y vuelta le decía: ¡Flor y truco, forastero!

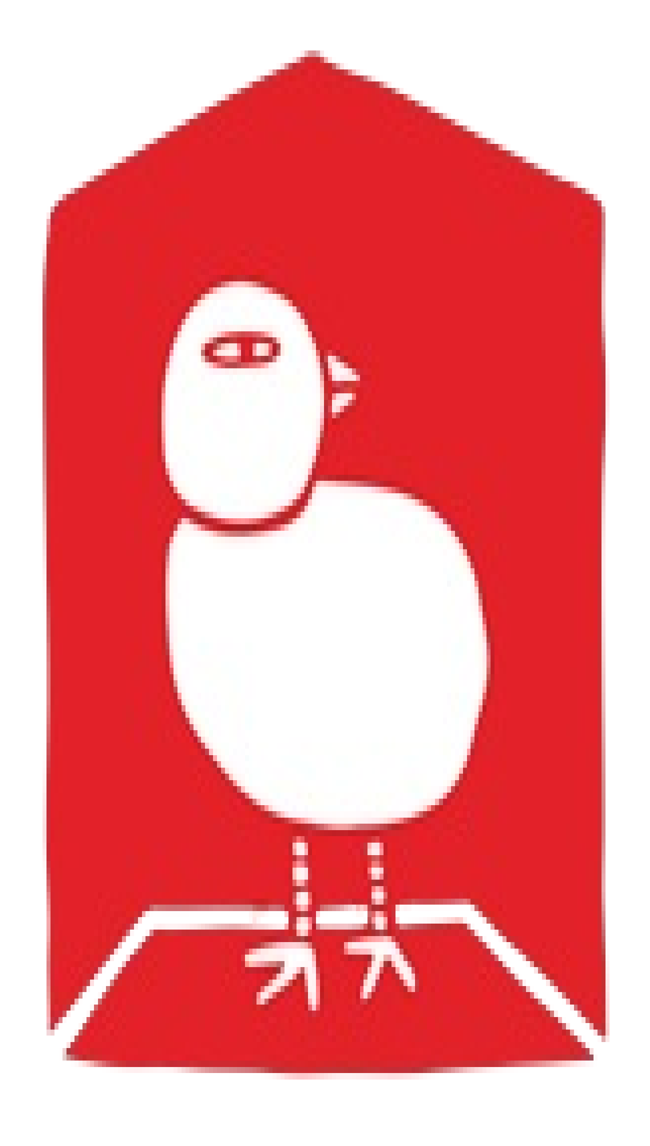
Los otros tres jugadores se echaron a reír, y aplaudieron y golpearon a la mesa, y Martín miró a Panchito a los ojos como si quisiera representar en ese gesto que le estaba dando la bienvenida más hermosa del mundo.

—¡Parece que don Miguel nos mandó un reemplazante! —dijo alegre don Braulio.

Entonces los tres hombres levantaron sus copas a la salud de aquel cuarto viejo que acababan de ir a despedir al cementerio, vestidos con sus mejores ropas y sacando del fondo de sí mismos sus palabras más sinceras y profundas.

Y en aquel camposanto helado y gris, mucho más grande que el de su pueblo aunque de todas formas muy pequeño, mientras un montón de desconocidos lamentaban la partida del bueno de don Miguel, Martín lloró todas las lágrimas que tenía guardadas para sus tres viejos amigos y también para su propio padre. Nadie sabía que era tan cercano al finado, pero a Martín no le importaba que lo miraran sorprendidos porque estaba intentando darle una envidia grande a la muerte, y porque en sus lágrimas esperaba que don Miguel, aquel viejo sabio del decir preciso, no pudiera dejar de sentir, allá donde estuviera, que aquella era la despedida más hermosa de este mundo.

Porque del otro mundo, del mundo sin inicio y sin final de la tradiciones, no era necesario despedirse: bastaba con hacer un homenaje, con las tres copas bien levantadas y un abrazo imaginario a lo inamovible, para que el espíritu de los que habían partido siguiera vivo eternamente a través de las palabras, de las rimas y los naipes, en la pesca y los telares, en el sorbo de un mate colmado de azúcar, en la observación tranquila del vuelo de los pájaros, del hundimiento definitivo del sol en el Pacífico, pero también en los hijos, en los hermanos que recién se reconocían como hermanos; y seguiría vivo el espíritu de los que habían partido en la espera del amanecer y de la noche, y ahí seguiría, dando compañía, cuando un día los de aquí vieran venir a la muerte estilando por los senderos verdes y oscuros del final de la tierra.



LA POLLERA

ISBN: 978-956-6087-28-1